



BIBLIOTECA DE "LA NACION"

ANA SEWELL

AZABACHE



VOLU 377 MEN

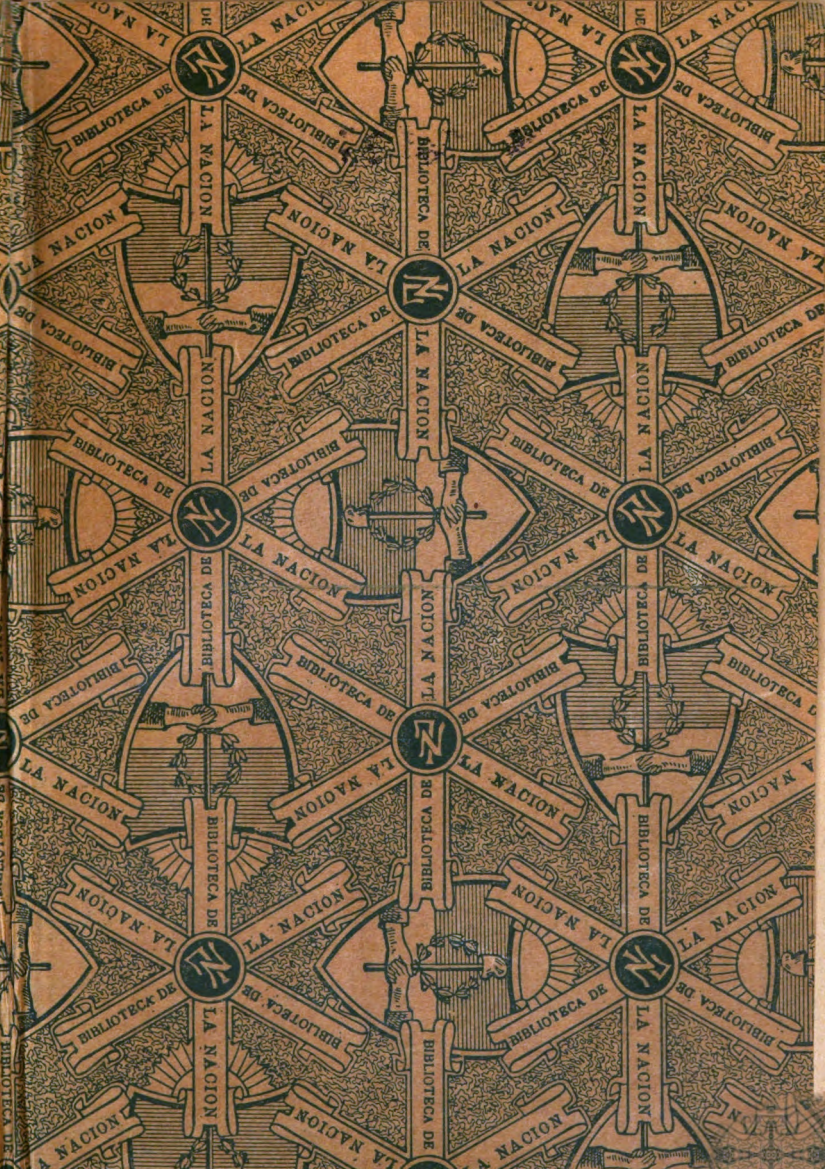
[REDACTED]

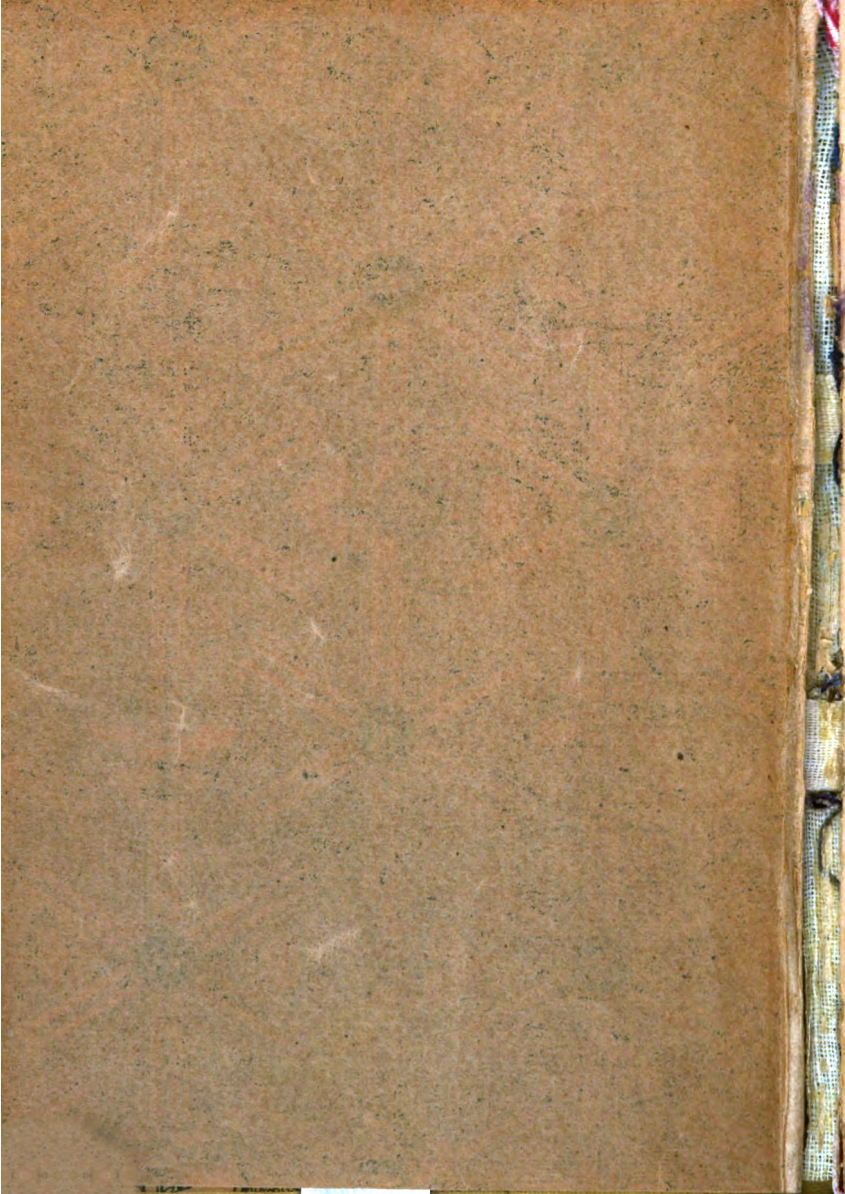
G813 SE89BTS LAC



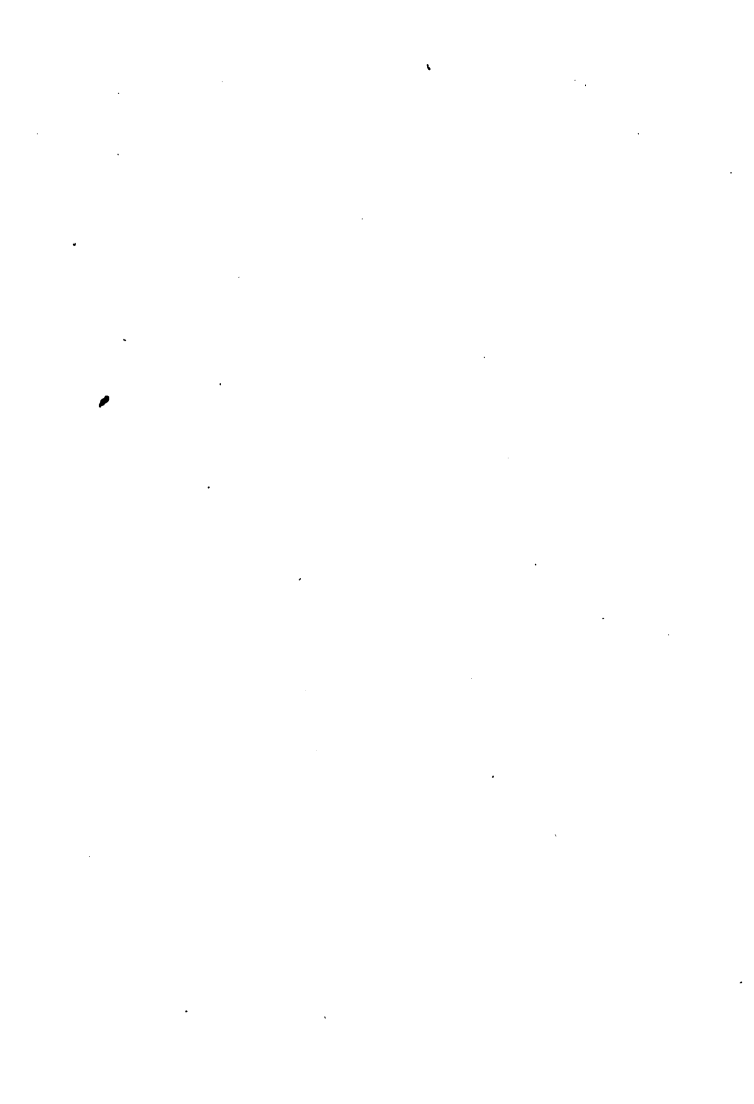
THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G813
Se89bts





AZABACHE



BIBLIOTECA DE «LA NACION»

ANA SEWELL

AZABACHE



BUENOS AIRES
1909

THE UNIVERSITY
OF TEXAS

AUG 12 1947

THE LIBRARY

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

INDICE

PARTE PRIMERA

	PÁGS
I.—Mi primer hogar.....	7
II.—La cacería.....	12
III.—Mi doma.....	18
IV.—El parque de Buenavista.....	25
V.—Jengibre.....	38
VI.—Alegría.....	52
VII.—Un rato de conversación en la huerta.....	57
VIII.—Sucesos varios.....	67
IX.—Jaime Durango.....	81
X.—José Contreras.....	96
XI.—La partida.....	115

PARTE SEGUNDA

XII.—La casa del Conde.....	120
XIII.—Pascual Buitrago.....	142
XIV.—Arruinado y cuesta abajo.....	153
XV.—El caballo de alquiler y el de campo.....	158
XVI.—Un ladrón.....	174
XVII.—Un farsante.....	179

PARTE TERCERA

XVIII.—Una feria de caballos.....	184
XIX.—Un coche de alquiler en Londres.....	190
XX.—Un viejo caballo de guerra.....	197
XXI.—Pedro Segovia.....	205
XXII.—¡Pobre Jengibre!.....	224
XXIII.—El carnicero.....	228
XXIV.—La elección.....	233
XXV.—El viejo Capitán y su sucesor.....	242
XXVI.—El Año Nuevo de Perico.....	249

PARTE CUARTA

XXVII.—Blas y la señora.....	259
XXVIII.—Tiempos duros.....	265
XXIX.—El señor Valladares y su nieto.....	272
XXX.—Mi último hogar.....	279

562736

AUG 1 1 1947 - Jordan Coll.

PARTE PRIMERA

I

MI PRIMER HOGAR

El primer sitio que puedo recordar distintamente, era una extensa y deliciosa pradera en la que había una pequeña laguna de aguas cristalinas, rodeada de árboles frondosos, y á cuya orilla crecían esbeltos juncos y azulados lirios. A un extremo de la pradera, y detrás de la cerca, se veía el campo labrado, y al otro, el portillo que conducía á la casa de nuestro amo, la cual daba frente á un camino inmediato. No lejos de la laguna había una arboleda de pinos, por cuyo centro cruzaba un arroyo entre pendientes y escarpadas orillas.

Durante mi tierna infancia, y mientras no podía aún comer hierba, mi madre no tenía otra

obligación que amamantarme. Corría yo á su lado durante el día, y por la noche me acurrucaba tan cerca de ella como podía, para dormir.

En los días calurosos nuestro sitio eran las inmediaciones del agua, á la sombra de los árboles, y si hacía frío ó llovía nos guarecíamos bajo un cobertizo que había cerca de la arboleda de pinos.

Tan luego como fuí capaz de comer hierba, mi madre iba á trabajar durante el día y regresaba por la noche.

Había en la pradera otros seis potros, todos mayores que yo, y algunos casi tan grandes como caballos. Yo corría con ellos, lo cual constituía mi mayor delicia ; galopábamos todos juntos por la llanura, sucediendo á veces que el juego solía traspasar los límites de lo razonable, pues mis compañeros, con frecuencia mordían y daban coces á la par que galopaban.

Cierto día que nos hallábamos en uno de estos ejercicios, y que las coces menudeaban más que de costumbre, mi madre me llamó á su lado con un relincho, y me dijo :

—Quiero que prestes atención á lo que te voy á decir : esos potros con quienes te reunes son unos buenos potros, pero, como destinados al tiro de carros, carecen de buenos modales. Tu nacimiento y educación son diferentes ; el nombre

de tu padre es conocido en todas partes ; tu abuelo ganó la copa de oro dos años en las carreras de los Campos Elíseos ; tu abuela tenía el carácter más dulce que caballo alguno puede tener ; y en cuanto á mí, creo que nunca me has visto morder ni tirar coces. Espero de ti que harás honor á tu raza, siendo manso y bueno y no aprendiendo feas maneras ; cumple siempre tus obligaciones con buena voluntad, levanta bien los pies cuando trotes, y no muerdas ni cocees, ni aun jugando.

Nunca he olvidado el consejo de mi madre, que yo sabía era muy buena é inteligente, y que gozaba por lo mismo de gran cariño por parte de nuestro amo. Su nombre era Duquesa, pero aquél solía casi siempre llamarle Chiquita.

Nuestro amo era un excelente y bondadoso hombre. Nos daba buen alimento, buen alojamiento, y nos hablaba con el mismo cariño que á sus pequeños hijos. Todos lo queríamos por lo tanto, y mi madre particularmente. Cuando ella lo veía cruzar la puerta del cercado, relinchaba de placer y corría á su encuentro ; él la acariciaba y le decía : «Bueno, Chiquita, ¿ cómo está tu pequeño Negrito? » Mi pelo era negro, y por eso él me llamaba así. Solía darme entonces un pedazo de pan, que me gustaba mucho, y á mi madre una zanahoria. Todos los caballos se le

acercaban, pero yo creo que nosotros éramos sus predilectos. Mi madre era la que lo conducía al pueblo en un ligero tílburí todos los días de mercado.

En la granja había un muchacho trabajador, llamado Guillermo, que algunas veces venía á nuestra pradera á coger zarzamoras en las cercas, y que, cuando se hartaba de comer cuantas tenía por conveniente, solía proceder á lo que él llamaba tener un rato de gusto con los potros, arrojándonos piedras y palos para hacernos galopar. No nos importaba mucho aquello, puesto que podíamos correr hasta ponernos lejos de él ; pero era el caso que á veces nos alcanzaba alguna de las piedras y no nos hacía ningún provecho.

Un día que Guillermo se hallaba entregado á aquella diversión, muy ajeno de sospechar que el amo lo estaba observando desde el otro lado de la cerca, sucedió que éste la brincó rápidamente, y acercándosele sin ser visto, le administró tan solemne bofetón entre una oreja y el pesquezo, que le hizo dar un grito de dolor y de sorpresa. Nosotros nos aproximamos para ver en qué paraba aquello.

—¿ No te da vergüenza, pícaro—le dijo,—entretenerte en mortificar á estos animales? No es la primera, ni la segunda vez, pero te prometo

que será la última ; toma tu cuenta y lárgate, pues no quiero verte más en la granja.

Y en efecto, nunca más volvimos á ver á Guillermo.

El viejo Daniel, que era el mozo que tenía á su cargo el cuidado de los caballos, era tan bondadoso, como el amo, de modo que no teníamos nada que pedir.

II

LA CACERÍA

Antes de haber cumplido los dos años, presencié una cosa que nunca he podido olvidar. Era una mañana de primavera, había helado un poco durante la noche anterior, y una ligera niebla envolvía los árboles y se dilataba por la pradera. Yo me hallaba con los otros potros, pastando en la parte baja de la campiña, cuando oímos á lo lejos un ruido que parecía el ladrido de perros. El más viejo de los potros levantó la cabeza, enderezó las orejas y dijo :

—¡ Ahí están los galgos !—é inmediatamente galopó, seguido de todos nosotros, en dirección á la parte alta del cercado, desde donde podíamos divisar una larga distancia. Mi madre y un viejo caballo de silla se hallaban allí, y parecía que sabían lo que era aquello.

—Han levantado una liebre—dijo mi madre.

—y si toman esta dirección podremos ver la carcería.

A los pocos minutos, una trailla de perros corría como una exhalación por sobre un campo de tierno trigo, inmediato á nuestro cercado. En mi vida había oído un ruido semejante. No ladraban, ni aullaban, ni se quejaban, sino que gritaban todos á la vez ¡yo! ¡yo... o... o...! ¡yo... o... o...!, con toda la fuerza de sus pulmones. Detrás de ellos venía un pelotón de hombres á caballo, algunos con chaquetas verdes, corriendo con tanta velocidad como los perros. El viejo caballo dió un resoplido, siguiéndolos anhelosamente con la vista; nosotros los potros hubiéramos deseado correr con ellos, y en breves momentos se precipitaron en la parte baja del terreno. Me pareció como que había sucedido algo extraordinario; la gritería de los perros cesó, y todos se desparramaron, con las narices pegadas al suelo.

—Han perdido el rastro—dijo el caballo,—y tal vez la liebre logre escaparse.

—¿Qué liebre?—pregunté yo.

—¡Oh! no sé cuál será; lo probable es que sea una de las nuestras, que se crían en el pinar; cualquiera que se ponga al alcance de la vista de los perros es perseguida por ellos y por sus amos.

Al poco rato oímos de nuevo los gritos ¡ yo ! ¡ yo... o... o... !, y el tropel volvía á toda velocidad en dirección á nuestra pradera, precisamente por la parte donde eran más altas las orillas de la vertiente del arroyo.

—Ahora vamos á ver la liebre—dijo mi madre ; y no bien había acabado de pronunciar estas palabras, la vimos cruzar como un relámpago, toda asustada, buscando refugio en el pinar. Detrás venían los perros, y al llegar á la orilla del arroyo, una y otros lo saltaron, continuando su vertiginosa carrera, á través de los sembrados, y seguidos por los cazadores. Seis ú ocho de éstos habían hecho á sus caballos brincar el arroyo inmediatamente detrás de los perros. La liebre trató de cruzar la cerca de nuestra pradera, pero era demasiado espesa, y no encontrando paso, volvió en redondo para tomar la dirección del camino. Era ya tarde para ella ; los perros la seguían muy de cerca con sus feroces gritos ; oímos de pronto un chillido agudo, y todo acabó. Uno de los cazadores espantó con el látigo á los perros, que pronto hubieran hecho mil pedazos á la pobre liebre, la levantó por una pierna, toda lacerada y sangrando, y todos aquellos caballeros dieron muestras de la mayor complacencia.

Yo estaba tan sorprendido, que por el pron-

to no vi lo que había pasado en el arroyo ; pero cuando miré allí vi un espectáculo bien triste. Dos hermosos caballos yacían tendidos en el fondo, el uno luchando con la corriente, y el otro tendido en la hierba, gimiendo lastimosamente. Uno de los jinetes salía del agua cubierto de lodo, mientras el otro yacía inmóvil.

—Se ha desnucado—dijo mi madre.

—Y lo tiene merecido—añadió uno de los potros.

Yo pensé lo mismo ; pero mi madre era, al parecer, de diferente opinión.

—No, hijos míos — dijo, — no digan ustedes eso, por más que, aunque soy vieja y he visto y oído mucho en este mundo, nunca he podido explicarme el placer de los hombres en esa clase de diversiones, en la que unas veces se lastiman ellos, y otras inutilizan hermosos caballos, y destruyen los sembrados, todo por una liebre, ó una zorra, ó un ciervo, que con tanta facilidad podrían adquirir de otro modo ; pero nosotros somos caballos, y no entendemos de eso.

Mientras mi madre hablaba, todos mirábamos con atención á lo que estaba pasando. Muchos de los jinetes habían corrido adonde se hallaba el que yacía tendido en el suelo, pero nuestro amo, que lo había presenciado todo, fué el primero en llegar y levantarlo. Su cabeza estaba

caída hacia atrás, los brazos le colgaban, y todos los que lo rodeaban parecían muy serios. No se oía entonces el menor ruido ; hasta los perros estaban silenciosos, como si comprendiesen que algo grave sucedía. El pobre cazador fué conducido á la casa de nuestro amo. Después oí decir que era Jorge Gordon, hijo único del caballero del mismo apellido, joven hermoso, y orgullo de su familia.

Empezaron entonces las carreras en todas direcciones, unos á llamar un doctor, otros en busca del veterinario, y otros, sin duda, á decirle al caballero Gordon lo que había ocurrido á su infortunado hijo. Cuando llegó el veterinario se dirigió adonde estaba el caballo tendido en la hierba, y después de reconocerlo minuciosamente, movió la cabeza como en señal de desagrado. Un criado fué entonces á casa de nuestro amo, volviendo con una pistola en la mano ; al poco rato se oyó una detonación y un lastimero grito, y todo quedó tranquilo ; el caballo no se movió más.

Mi madre pareció muy conturbada ; dijo que conocía á aquel caballo, que su nombre era Favorito, y que era un excelente animal, sin resabio alguno. Nunca más volvió mi madre á aquella parte del cercado.

Algunos días después, oímos las campanas de

la iglesia que tocaban tristemente ; y mirando á través del portillo vimos un extraño carruaje negro, todo enlutado, y tirado por caballos negros también ; detrás de él iban otros varios, todos enlutados, mientras las campanas seguían tocando. Conducían al cementerio al pobre joven Gordon, que nunca más volvería á montar á caballo. ¡ Lo que hicieron con Favorito nunca lo supe ; y todo por una triste liebre !

III

MI DOMA

Empezaba yo á ser un hermoso potro ; mi pelo era fino y suave, y de un negro brillante como el azabache. Era calzado de una mano, y tenía una pequeña estrella en la frente. Mi amo estaba orgulloso de mí, y no pensaba venderme hasta que tuviera cuatro años, pues decía que así como los muchachos no deben trabajar como los hombres, los potros no deben trabajar como los caballos, hasta que estén bien desarrollados.

Cuando cumplí los cuatro años, el caballero Gordon vino un día á verme ; examinó detenidamente mis ojos, mi boca y mis patas ; me hizo marchar al paso, trotar y galopar en su presencia, y pareció quedar complacido de mí.

—Cuando esté bien domado—dijo,—será un hermoso animal.

Mi amo le dijo que pensaba domarme él mis-

mo, pues no quería que en la doma me lastimasen, ó adquiriese algún resabio ; y no perdió tiempo, pues á la mañana siguiente puso manos á la obra.

No todos saben lo que es la doma de un caballo, y voy, por lo tanto á decirlo : es enseñarle á llevar una brida y una silla, y sobre su lomo un hombre, mujer, ó niño, yendo adonde el jinete lo mande, y de una manera tranquila. Además, ha de aprender á usar una collera, un sillín y una baticola, y estarse quieto mientras se le pone todo esto ; después, aguantar un coche ó un carro, adherido detrás de sí, de manera que no pueda andar sin llevarlo consigo ; y debe ir aprisa ó despacio, á voluntad de su conductor. No debe espantarse por nada que vea, ni hablar con los demás caballos, morder, cocear, ni hacer, en una palabra, nada que sea su voluntad propia, sino siempre la de su amo, aunque se halle cansado, ó tenga hambre ó sed ; y, por supuesto, una vez con los arneses encima, no hay ni que pensar en brincar de gusto, ni en acostarse aunque el cansancio le rinda. Puede verse por lo dicho, que la doma no es cosa de poca importancia.

Me acostumbré á la cabezada de cuadra, á la sogá, y á ser conducido del diestro por campos y caminos ; pero ahora tenía que saber lo que

era un freno y una brida. Mi amo me trajo, como de costumbre, un puñado de avena, y después de muchas caricias y mucha conversación, me introdujo el bocado, con las bridas unidas á él. Preciso me es confesar que aquello fué para mí una cosa desagradabilísima. El que no haya probado un bocado no puede formarse idea de lo mal que sabe ; figúrense un pedazo de frío y duro acero, grueso como el dedo de un hombre, metido dentro de la boca, entre los dientes y sobre la lengua, con sus extremos salientes y unidos á unas correas que se multiplican luego pasando por sobre la cabeza, por debajo de la garganta, por encima de las narices y alrededor de la barba, de una manera que no hay medio de verse libre de él. Aquello es una cosa muy mala, ó al menos así me lo pareció ; pero yo veía que mi madre lo usaba siempre que salía, y que todos los demás caballos domados lo usaban también ; y entre el puñado de avena, las caricias de mi amo, y sus bondadosas palabras y maneras, transigí con el bocado y la brida.

Inmediatamente después vino la silla, que no es ni con mucho, tan desagradable. Mi amo la colocó, con el mayor cuidado, sobre mi lomo, mientras el viejo Daniel me sujetaba la cabeza ; éste me apretó las cinchas bajo la barriga, acariciándome y hablándome siempre. Una vez así

equipado, me dieron otro puñado de avena, y me hicieron dar un paseo alrededor del sitio donde nos hallábamos, y esta misma operación se repitió por varios días, hasta que casi deseaba el puñado de avena y la silla. Por último, una mañana mi amo se encaramó sobre mí y me hizo dar una vuelta por la pradera, buscando los sitios en que la hierba hacía el piso más suave y blando. Me sentí un poco en ridículo, pero, al mismo tiempo, orgulloso de conducir á mi dueño ; y continuando este ejercicio, un poco cada día, llegué pronto á acostumbrarme.

El inmediato desagradable asunto fué el de ponerme las herraduras, que al principio me molestaban mucho. Mi amo en persona me condujo á casa del herrador, á fin de cuidar de que no me asustasen ni lastimasen. El herrador fué levantando sucesivamente mis patas, teniendo yo que permanecer en tres mientras cortaba una parte del casco ; pero no me lastimó, y me estuve quieto. Tomó un pedazo de hierro, de la misma forma que el casco, lo batió con un martillo, y lo sujetó firmemente á aquél, con clavos. Sentí mis patas como entumecidas y muy pesadas, pero al cabo me acostumbré á las herraduras.

Una vez á esta altura, mi amo procedió á darme para el tiro, y allí empezó una nueva se-

rie de cosas que usar. En primer lugar una dura y pesada collera, y una cabezada con dos pedazos de cuero á los lados de mis ojos, llamados anteojeras, y que mejor pudieran llamarse cegadoras, pues me incapacitaban de mirar á los lados, teniendo que hacerlo sólo de frente; vino luego el sillín, con una correa larga que, partiendo del extremo posterior de aquél, iba á pasar por debajo de mi cola, y á la cual llaman la baticola, accesorio odioso para mí, que me fué muy duro tolerar, y que considero casi tan malo como el bocado. Nunca he sentido deseos de cocear como entonces; pero no había que pensar en semejante cosa, siendo mi amo tan bueno, y así, tuve paciencia, y en breve tiempo transigí con todo, haciendo mi trabajo tan bien como mi madre.

Voy á referir un detalle que formó parte de mi doma y que considero de gran importancia. Mi amo me envió á pasar quince días en la granja de un amigo suyo, en la que había un cercado por cuya inmediación cruzaba una línea de ferrocarril. Allí encontré algunos carneros y vacas.

Nunca podré olvidar el primer tren que pasó. Hallábame yo pastando tranquilamente cerca de la empalizada que separaba el prado de la línea férrea, cuando oí á cierta distancia un extraño

rumor ; y antes de poder darme cuenta de lo que pudiera ser, cruzó por delante de mí, como volando, y haciendo un ruido espantoso, un tren larguísimo, soltando grandes bocanadas de humo, desapareciendo en el instante, y dejándome por el pronto casi sin respiración. Me volví y corrí con toda la fuerza de mis patas en dirección al extremo opuesto de la pradera, donde me detuve resoplando de sorpresa y de terror. Durante el día cruzaron otros muchos trenes, algunos de ellos más despacio, que se detenían en la estación inmediata dando antes unos bramidos tremendos. Por el pronto consideré aquello peligrosísimo ; pero observé al mismo tiempo que las vacas no le daban importancia alguna y que continuaban pastando como si nada sucediese, levantando apenas la cabeza cuando cruzaba aquel monstruo amenazador. No me fué posible, sin embargo, pacer con tranquilidad los primeros días ; pero al fin me desengañé de que aquella terrible criatura no entraba nunca en nuestro cercado, ni me hacía daño alguno, y empecé á perderle el miedo, concluyendo por hacer de ello el mismo caso que las vacas y los carneros.

Después he tenido ocasión de ver muchos caballos alarmados é intranquilos al sentir acercarse una locomotora ; pero yo, gracias á mi

buen amo, me encuentro tan seguro, y libre de todo miedo en la estación de un ferrocarril, como en mi propia cuadra.

De la manera dicha es como se doma bien un potro.

Mi amo solía con frecuencia engancharme en pareja con mi madre, porque ésta era tranquila y segura y podía enseñarme mucho mejor que un caballo extraño. Ella me decía que cuanto mejor fuese mi comportamiento, mejor sería el trato que recibiría, y que lo más conveniente para mí era procurar complacer á mi amo por cuantos medios estuviesen á mi alcance.

—Pero—añadía,—son muchas las clases de hombres con quienes probablemente tendrás que tratar ; los hay buenos y razonables, como nuestro amo, á quienes cualquier caballo debe sentirse orgulloso de servir, y los hay malos, crueles, ignorantes y descuidados, que jamás se ocupan de lo que puede ser conveniente ó perjudicial para un caballo ; estos últimos son casi peores que ningún otro, por su falta de sentido, por más que lo hagan sin mala intención. Deseo que caigas en buenas manos, pues un caballo nunca sabe quién lo comprará, ni quién lo guiará ó montará ; todo es cuestión de suerte ; y por lo tanto, sólo te digo que te portes siempre lo mejor que puedas, y que cuides de tu buen nombre.

IV

EL PARQUE DE BUENAVISTA

En la época á que me voy á referir, me encontraba ya en caballeriza, y diariamente era aseado todo mi cuerpo con almohaza y cepillo hasta que el pelo relucía como las alas de un cuervo. Una mañana, á principios de mayo, vino á la granja un criado del caballero Gordon y me llevó á casa de aquel señor, á quien había sido vendido. Mi antiguo amo me despidió diciéndome :

—Adiós, Negrito ; sé bueno, y pórtate lo mejor que puedas.

Yo no le pude decir «adiós», pero aproximé mi hocico á su mano ; me acarició bondadosamente, y de este modo abandoné mi primer hogar. Como viví algunos años en poder del caballero Gordon, voy á decir algo acerca de aquella casa.

El parque de dicho caballero se hallaba en las inmediaciones del pueblo de Buenavista. A él se entraba por una gran puerta de hierro, cerca de la cual había una casita ; se continuaba luego por un camino suave y bien cuidado, entre corpulentos árboles, al fin del cual había otra casa para el guarda, y otra puerta que conducía á la habitación principal de los amos, y á los jardines. Detrás de éstos estaba el parque, la arboleda de frutales, y las caballerizas y cocheras, en las que se albergaban varios caballos y carruajes ; pero sólo voy á ocuparme de la caballeriza en que me pusieron. Era muy espaciosa, con cuatro grandes cuadras, á las que comunicaba luz y ventilación una extensa ventana que daba á un patio.

La primera pieza era mayor que las demás, cuadrada, y cerrada por detrás con una verja de madera ; las otras tres eran buenas, pero no tan espaciosas ; aquélla tenía su correspondiente reja para el heno, y pesebre para el grano ; le llamaban la cuadra suelta, porque el caballo que la ocupaba estaba suelto y enteramente á su placer, lo cual es una cosa excelente.

En esta bonita cuadra, limpia, agradable y ventilada, fué donde me puso el mozo que me había conducido. Nunca me he visto en un sitio tan bueno ; las paredes divisorias eran de una

altura que me permitía ver lo que ocurría en las cuadras inmediatas, á través de la reja de hierro que todas tenían en la parte superior.

El mozo me dió un puñado de avena, me acarició, y se retiró.

Lo primero que hice fué comer el pienso que había en el pesebre, y después miré á mi alrededor. En la cuadra inmediata á la mía había un caballito pequeño, pelo de rata, muy gordo, de abundante crin y cola, diminuta cabeza, y ojos vivos y simpáticos. Aproximé mi hocico á la reja cuanto pude, y le dije :

—¿Cómo está usted, amigo? ¿Cómo se llama usted?

Se volvió tanto como le permitió el ronزال de su cabecada, levantó la cabecita para mirarme, y contestó :

—Mi nombre es Alegría ; soy, como usted ve, muy bonito, mi ocupación es conducir á mis señoritas cuando desean montar, y á mi señora algunas veces, en un pequeño carruaje. Todos me quieren mucho, incluso Jaime. ¿Va usted á vir en esa cuadra?

—Así lo creo.

—Bueno — dijo, — pues entonces, deseo que tenga usted buen carácter ; no me gusta tener por vecino á un compañero que muerda.

En aquel momento otro caballo asomó la ca-

beza por la reja de la cuadra inmediata ; sus orejas estaban inclinadas hacia atrás, y su mirada parecía como de mal genio. Era una yegua alta, castaña, con el cuello largo y hermoso ; me miró fijamente, y me dijo :

—Por lo que veo, es usted el que me ha desalojado de mi cuadra ; no deja de ser extraño que un potro como usted venga á echar á una señora de su propia habitación.

—Perdone—le contesté,—yo no he echado á nadie ; el hombre que me condujo me puso aquí, y nada tengo que ver con ello ; y en cuanto á lo de ser un potro, diré á usted que he cumplido ya cuatro años, y que soy por lo tanto un caballo hecho y derecho. Jamás he tenido palabra alguna con mis compañeros, sean hembras ó varones, y mi único deseo es vivir en paz con todo el mundo.

—Bueno — dijo, — veremos ; por de contado que yo tampoco deseo tener palabras con un mozalbate como usted.

Después no le contesté.

Por la tarde, cuando aquélla salió, Alegría me contó lo que había en el particular del cambio de cuadras.

—Es el caso—me dijo,—que Jengibre tiene la mala costumbre de morder y patear ; por eso le han puesto ese nombre. Cuando estaba suel-

ta en la cuadra que usted ocupa, pateaba muchísimo. Un día mordió á Jaime en un brazo, hasta hacerle sangre, y desde entonces, las señoritas Flora y Josefina, que me quieren mucho, cogieron miedo á venir á las caballerizas. Acostumbraban traerme siempre alguna cosa buena que comer, ya una manzana, una zanahoria, ó un pedazo de pan ; pero desde aquel suceso no se atrevieron á volver, y las echo mucho de menos. Espero que ahora volverán de nuevo, si usted no muerde ni patea.

Le dije que no acostumbraba morder más que la hierba, el heno y el grano, y que no podía explicarme el placer de Jengibre en portarse tan mal.

—Yo no creo que halle placer en ello—me contestó Alegría,—y sí que es sólo un mal hábito adquirido ; dice que nadie ha sido bueno nunca con ella, y en ese caso, ¿ cómo no ha de morder ? Por de contado que es una mala costumbre ; pero, si es verdad todo lo que ella cuenta, debe haber sido muy maltratada, antes de venir aquí. Juan hace cuanto está en su mano por complacerla, y Jaime lo mismo ; el amo, por su parte, jamás usa el látigo, mientras un caballo se porta bien ; de modo que creo que aquí cambiará su genio. ¿ No cree usted lo mismo ?—y añadió con una mirada inteligente,—yo tengo doce años de

edad, he visto mucho, y puedo asegurar á usted que no hay en todo el país un lugar en donde se trate mejor á los caballos que aquí. Juan, que es la bondad personificada, lleva catorce años en la casa ; y en cuanto á Jaime, no es posible encontrar un muchacho mejor ; de modo que si Jengibre no se halla en esa cuadra, ella sola se tiene la culpa.

Juan Carrasco era el nombre del cochero de la casa, el cual vivía, con su mujer y un pequeño niño, en las habitaciones destinadas á la servidumbre, y muy cerca de las caballerizas.

A la mañana siguiente me sacó al patio y me hizo una limpieza general, y cuando volví á mi cuadra, el caballero Gordon vino á verme y pareció estar muy satisfecho de mí.

—Juan—dijo al cochero,—pensaba probar el caballo esta mañana, pero tengo otras cosas que hacer. Puede usted sacarlo y darle una vuelta después de almorzar ; vaya usted por el camino real hasta el pinar, y vuelva por los molinos y el camino del río ; con esto probará su paso.

—Está bien, señor—contestó Juan.

Después del almuerzo vino y me puso el freno. Mostró un especial cuidado en alargar y acortar las correas, á fin de que no sintiera ninguna molestia ; trajo un galápago que era un poco chico para mi lomo, lo cual vió al instante, y fué á

buscar otro que se amoldaba perfectamente. Montó, y al principio me condujo despacio, luego al trote, después á un pequeño galope, y por último, cuando nos hallamos á alguna distancia en el camino real, me tocó ligeramente con el látigo y dimos una espléndida carrera.

—¡Alto, muchacho!—dijo al cabo de un rato, conteniéndome con las riendas;—parece que no te disgustaría correr con los perros.

Al cruzar el parque, á nuestra vuelta, encontramos al éballero Gordon con su señora; nos detuvieron, y Juan brincó al suelo.

—¿Qué hay, Juan, qué tal se ha portado?

—De primera clase, señor—contestó aquél;—es tan ligero como un gamo, dócil y alegre, y con la boca suave como la seda. Allá en lo hondo del camino real encontramos una carreta cargada de canastas y otros efectos voluminosos que la hacían parecer un mundo. Usted sabe, señor, que muchos caballos no pasan con tranquilidad por el lado de esas carretas; pero éste no hizo más que mirarla con fijeza y en seguida pasó por su lado tan tranquilo como si le fuera bien conocida. En el pinar, y cerca del camino, estaban cazando conejos, y un tiro sonó inmediato á nosotros; lo sujeté un poco y lo observé, pero no hizo el más pequeño movimiento á derecha ni á izquierda. Me afirmé en las riendas y no le

hice apresurar el paso. Opino, señor, que nunca ha sido asustado ni maltratado en su juventud.

—Está bien—dijo el caballero ;—yo lo probaré mañana.

Al día siguiente me montó, en efecto. Tuve presente los consejos de mi madre y de mi antiguo dueño, y procuré hacer exactamente todo lo que éste deseó que hiciera. Observé que era un buen jinete, y cuidadoso del caballo. Cuando regresamos y desmontó, su señora salió á recibirlo.

—¿Qué tal, querido—le dijo,—te gusta?

—Es, en un todo, lo que Juan ha dicho—contestó,—y no puede pedirse nada mejor. ¿Qué nombre le pondremos?

—¿Le llamaremos Pájaro negro, como al viejo caballo de tu tío?

—No ; éste es mucho más bonito que aquél.

—Llamémosle pues, Azabache. ¿Te parece bien?

—Muy bien ; le cuadra perfectamente ; desde hoy se llamará Azabache.

Y así fué. Cuando Juan me llevó á la caballeriza, dijo á Jaime que los amos me habían puesto un nombre muy bonito, y aquél le contestó :

—Si no fuese porque nos traería recuerdos tristes del pasado, yo le hubiera llamado Favori-

to, pues no he visto dos caballos más parecidos.

—Ya lo creo—dijo Juan,—como que ambos son hijos de la vieja yegua Duquesa, del señor Grey.

Nunca había yo oído aquello hasta entonces. Según eso, el pobre Favorito, que fué muerto en la cacería, era mi hermano. Entonces me expliqué por qué mi madre se conmovió tanto, aunque dicen que los caballos no tenemos parientes, ó al menos, no nos reconocemos después que hemos sido vendidos y separados. Juan se mostraba orgulloso de mí ; me peinaba la crin y la cola hasta ponerlas suaves como el cabello de una señora, y me hablaba constantemente. Yo, por supuesto, no lo entendía todo, pero me esforzaba en adivinar lo que quería decir y lo que deseaba que hiciese. Le tomé gran cariño, porque era muy bondadoso, y parecía como que hasta sabía lo que un caballo piensa. Cuando me pasaba la almohaza y el cepillo sabía cuáles eran las partes delicadas, ó más sensibles á las cosquillas ; cuando me cepillaba la cabeza tenía tanto cuidado con mis ojos como si fueran los suyos propios ; y nunca lo vi irritado.

Jaime, el mozo de cuadra, era, á su modo, muy bondadoso también, y por lo tanto me encontraba perfectamente. Había otro mozo que

ayudaba al cuidado de los caballos, pero tenía muy poco que ver con Jengibre y conmigo.

Algunos días después de esto, me engancharon en pareja con Jengibre en el carruaje. Al principio desconfiaba yo de cómo nos avendríamos los dos en aquel trabajo ; pero, á excepción de agachar las orejas cuando me aproximaron á ella, se portó muy bien. Hizo su parte con toda conciencia, hasta el extremo de que yo nunca desearía un compañero mejor. Cuando llegábamos á una cuesta, en vez de acortar el paso, se afianzaba con energía en la collera y partía de frente. Los dos teníamos la misma buena voluntad para el trabajo, y con frecuencia Juan tenía que contenernos en lugar de animarnos. Jamás tuvo que usar el látigo para ninguno de los dos. Nuestro paso era muy semejante, siéndome muy fácil trotar con ella al mismo compás, lo cual era muy agradable al amo y á Juan. Después de dos ó tres salidas juntos, nos hicimos amigos, y esto contribuyó á aumentar mi bienestar en aquella casa. En cuanto á Alegría, nuestra amistad fué mucho mayor. Era un excelente compañero, alegre, resuelto y de buen humor siempre, lo que le hacía ser querido de todos, y más particularmente de las señoritas Josefina y Flora, que acostumbraban montarlo, y jugar con él y con el pequeño perro Frisco.

Nuestro amo tenía dos caballos más, que ocupaban otra caballeriza. Uno era Justicia, una jaca baya, destinada á la silla y al carretón de los mandados, y el otro un viejo caballo oscuro, que había sido de carrera de liebres, y cuyo nombre era Oliveros ; estaba ya fuera de combate, pero el amo le conservaba gran afecto, y gozaba del privilegio de estar suelto en el parque casi siempre ; algunas veces hacía un pequeño trabajo de acarreo dentro de la misma finca, ó conducía á una de las señoritas cuando montaban y paseaban con su padre, pues era sumamente manso, y se le podía confiar un niño, lo mismo que á Alegría. La jaca baya era fuerte, bien formada y de buen carácter ; algunas veces teníamos nuestros ratos de conversación en la arboleda, pero mi amistad no podía ser tan íntima como con Jengibre, con quien vivía bajo el mismo techo.

Me consideraba feliz en mi nueva casa, y si bien es verdad que echaba de menos una cosa, no tenía motivo para quejarme de mi suerte ; el trabajo era moderado, la comida excelente, y la cuadra clara, ventilada y limpia ; ¿ qué más podía apetecer?... ¡ Ah ! ¡ la libertad ! Durante los primeros tres años de mi vida pude hacer cuanto se me antojó, mientras que ahora, semana tras semana, mes tras mes, y sin duda año tras año,

tenía que estar encerrado en una cuadra día y noche, á excepción de cuando me sacaban para el trabajo, y aun entonces tenía que permanecer tranquilo como un caballo viejo, con correas, por aquí, correas por allá, un bocado puesto, y unas anteojeeras á los lados de mis ojos. No es esto quejarme, pues comprendo que así debe ser ; pero sólo quiero decir que para un caballo joven, lleno de vigor y de fuego, que ha estado acostumbrado á la libertad de una extensa pradera donde podía levantar la cabeza, enderezar la cola y galopar á todo su placer, resoplando con sus compañeros, es muy dura la esclavitud del pesebre. Algunas veces, cuando había hecho menos ejercicio que el de costumbre, me sentía tan lleno de vida y tan deseoso de saltar, que al sacarme para dar un paseo, apenas podía permanecer quieto ; á haber podido hacer lo que quisiera, habría brincado y hecho mil cabriolas, y reconozco que más de una sacudida di á Juan, sin poderlo remediar, sobre todo á la salida ; pero él era siempre bueno y sufrido.

—Quietos, muchachos—me decía ;—espera un poco y daremos una carrerita para que se te quiten las cosquillas de las piernas.

Y en efecto, tan luego como salíamos del pueblo, me ponía al trote largo y me hacía volver fresco y libre de la intranquilidad con que había

salido. Los caballos de sangre, cuando carecen del ejercicio conveniente, suelen ser llamados caprichosos por lo que es sólo juego y exceso de vida en ellos ; algunos cocheros suelen entonces castigarlos, con la mayor injusticia, pero Juan nunca lo hizo. Además, se hacía comprender por el tono de su voz y por el toque de las riendas ; y si se ponía serio, yo lo conocía en su voz, que tenía un absoluto dominio sobre mí, porque lo quería de veras.

Algunas veces teníamos nuestros ratos de libertad, y esto era en los domingos, en el verano, días en que nunca se enganchaba el carruaje. Era una gran cosa para nosotros, vernos sueltos entonces en la arboleda de los frutales, pisando aquella hierba fresca y suave, respirando el aire puro, y con toda la libertad que podíamos apetecer, para galopar, acostarnos, revolcarnos, ó pacer la dulce hierba. Entonces era cuando teníamos los grandes ratos de conversación unos con otros, al ponernos á la sombra de un corpulento nogal que allí había, y de una de estas conversaciones me voy á ocupar en el capítulo siguiente.

V

JENGIBRE

Un día que Jengibre y yo nos hallábamos solos á la sombra del nogal, tuvimos ocasión de hablar muchísimo. Deseaba ella saber las circunstancias de mi nacimiento y doma y se lo conté todo.

—Bueno—me dijo ;—yo no soy inferior á ti en nacimiento y pude haber tenido tan buen carácter como tú ; pero no creo que ya lo tendré nunca.

—¿Por qué no?—le pregunté.

—Porque todos se han portado conmigo de muy diferente manera. Nunca he tropezado con caballo ú hombre que haya sido bueno para mí, ó á quien tuviera interés en complacer ; pues, en primer lugar, fuí separada de mi madre tan luego como me destetaron, y colocada entre otros potros, ninguno de los cuales me quería, ni yo

á ellos. Para mí no hubo un amo bondadoso como el tuyo, que me hablase y me mimase. Jamás oímos una palabra de cariño del hombre á cuyo cuidado estábamos. No quiere esto decir que nos maltratara, pero todo en él se limitaba á que no nos faltase qué comer y un abrigado alojamiento en el invierno. Inmediato á la cerca de nuestra pradera cruzaba un camino, y, con mucha frecuencia, los muchachos que pasaban nos arrojaban piedras para hacernos correr. A mí nunca me alcanzó ninguna, pero un joven potrero fué gravemente herido en la frente, donde creo que conservará una cicatriz mientras viva. Aquello nos hacía más bravíos, y desde luego se nos metió en la cabeza la idea de que los muchachos eran nuestros enemigos. Pasábamos muy buenos ratos en aquellos campos, retozando unos con otros, galopando arriba y abajo, ó descansando á la sombra de los árboles ; pero, cuando llegó el tiempo de mi doma, la cosa cambió de aspecto, y empezó una época muy dura para mí. Varios hombres se me acercaron una mañana, hostigándome hasta acorralarme en una esquina del cercado ; uno de ellos me agarró por las crines, otro por las narices, oprimiéndomelas hasta no dejarme respirar apenas, y otro me echó ambas manos á las quijadas, forcejeando hasta que me hizo abrir la boca, y de este modo me pu-

sieron la cabezada y el bocado ; hecho esto, uno de ellos echó á andar por delante, arrastrándome materialmente por la cabezada, mientras otro me apaleaba por detrás. Esta fué la primera prueba que recibí de la bondad de los hombres. Todo fué violencia y crueldad. No me dieron tiempo ni para pensar siquiera lo que deseaban de mí. Yo era una yegua de sangre, de muchos bríos, y hasta puedo decir que un poco brava, de modo que les di muchísimo que hacer. Era muy duro para mí verme amarrada á un pesebre día y noche, encerrada en una cuadra, en vez de gozar de la libertad que hasta entonces había disfrutado, y en su consecuencia luché hasta lastimarme y desfallecerme en mi ansia por soltarme. Sabes, por experiencia, que, aun teniendo un buen amo y sus caricias, aquello es muy duro ; calcula cuánto más no lo sería para mí que carecía en absoluto de semejantes cosas.

—Entre aquellos hombres había uno, mi viejo amo el señor Ramos, que creo hubiera hecho de mí cuanto hubiese querido ; pero encargó á un hijo suyo y á otro hombre experimentado, la parte dura del trabajo, y él sólo venía de cuando en cuando á ver cómo iba mi doma. Su hijo era un hombre alto, vigoroso y atrevido, á quien llamaban Sansón, y que se vanagloriaba de que no había caballo que lo pudiera despedir de la

silla. Carecía en absoluto de la bondad que caracterizaba á su padre, y sólo hacía uso del rigor, los gritos, las miradas duras, y la mano más dura aún. Comprendí desde el principio que lo que él pretendía era acabar con todo mi espíritu, y convertirme en un tranquilo, humilde y obediente pedazo de carne de caballo.

Al decir esto, Jengibre dió dos violentas patadas en el suelo, como si sólo el recuerdo de aquel hombre la pusiera fuera de sí, y continuó :

—Si yo no hacía exactamente lo que él quería, se encolerizaba, y poniéndome una soga larga me hacía dar vueltas alrededor de un picadero hasta que me rendía. Creo que Sansón bebía mucho, y cuando estaba un poco borracho, que era con frecuencia, las cosas iban aún peor para mí. Un día me trabajó por cuantos medios se le ocurrieron, y cuando me condujeron á la cuadra me sentí rendida, infeliz y desesperada. A la mañana siguiente vino á buscarme temprano y me puso en el picadero por un rato larguísimo ; me dió una hora escasa de descanso, y volvió otra vez con la silla, la brida y un nuevo bocado mucho más duro. Me cuesta trabajo contar lo que luego sucedió ; apenas me sacó al picadero y me montó, cuando algo que hice, y que no recuerdo, lo irritó, y me dió una fuerte sacudida con las riendas. El nuevo bocado era tan doloroso

que me encabrité, lo cual le exasperó más, y me castigó fuertemente con el látigo. En aquel momento todo mi genio se rebeló contra él ; empecé á cocear, á meter la cabeza y á recular, como nunca lo había hecho, entablándose entre ambos una verdadera lucha ; por largo rato permaneció pegado á la silla, castigándome cruelmente con el látigo y con las espuelas, pero mi sangre estaba toda en efervescencia y nada me importaba del castigo, ni me ocupaba ya de otra cosa que de verme libre de aquel hombre. Por fin, después de una terrible lucha, logré despedirlo, y cayó de espaldas con todo su cuerpo. Oí el pesado golpe de la caída en la arena, y, sin volver la vista, galopé hasta el extremo de la pradera ; allí me detuve, miré hacia atrás, y vi á mi verdugo levantarse con mucho trabajo y dirigirse á la caballeriza. Por largo rato estuve bajo un roble, observando, pero nadie vino á buscarme. Transcurrió el tiempo, y el calor era abrasador ; las moscas zumbaban á mi alrededor y se posaban en mis ensangrentados ijares, donde las espuelas habían hecho una carnicería. Sentí hambre, pues no había comido desde por la mañana temprano, pero en aquel prado no había hierba ni para satisfacer á un ganso. Necesitaba acostarme y descansar, mas con las cinchas fuertemente apretadas, era imposible todo bienestar ; sen-

tí sed, y no había una gota de agua que beber. Avanzó la tarde, se puso el sol, y vi á los demás potros acostarse después de haber tenido un buen alimento.

Por último, ya casi de noche, vi á mi viejo amo aproximarse con una criba en la mano. Era un buen señor, con el pelo completamente blanco y á quien por la voz hubiera yo conocido entre un millar de hombres. Su aspecto era franco y bondadoso, pero cuando daba una orden lo hacía en un tono tan firme y resuelto, que todos sabían, hombres y caballos, que esperaba ser obedecido sin réplica. Vino acercándose tranquilamente, sacudiendo de cuando en cuando la cebada que traía en la criba y hablándome con dulzura y jovialidad :

—Vén acá, muchacha, vén acá. ¿Qué es lo que te ha pasado?

Permanecí quieta hasta que estuvo á mi lado ; entonces me alargó la cebada, que empecé á comer tranquilamente, pues su voz me había quitado todo el miedo. Continuó acariciándome mientras comía, y al ver las manchas de sangre en mis ijares, pareció muy contrariado.

—¡ Pobrecita !—me dijo,—han sido malos contigo.

Me tomó suavemente por las riendas y me condujo hacia la caballeriza, á cuya puerta se

encontraba Sansón. Al verlo, agaché las orejas é hice un movimiento abriendo la boca como para morderlo.

—Retírate de ahí—le dijo el amo,—y ponte donde no te vea ; has dado un mal rato á este animal.

Sansón murmuró algunas palabras, entre las que distinguí las de «vicioso bruto.»

—No hay tal cosa—le dijo su padre ;—es que un hombre de mal carácter nunca podrá lograr que un animal lo tenga bueno. Tú no has aprendido aún tu oficio, Sansón.

Me condujo á la cuadra, me quitó él mismo la montura y el freno, y me amarró al pesebre ; pidió un cubo con agua caliente y una esponja, se quitó la chaqueta, y, mientras el mozo de cuadra le sostenía el cubo, lavó mis costados con el cuidado de quien conocía perfectamente cuán lastimados estaban. Aquel baño me confortó mucho. Tenía además los lados de la boca rotos de tal manera, que me era imposible comer el heno, pues sus tallos me lastimaban. Me los examinó detenidamente, movió la cabeza, y dijo al mozo que me trajese un buen pienso de salvado remojado y que pusiera en él alguna harina ; aquello era delicioso, al mismo tiempo que suave y cicatrizante para mi boca. Permaneció

allí mientras estuve comiendo el pienso, acariándome y hablando con el mozo.

—Si un animal brioso, como es éste, no es domado por medio del cariño y los buenos modos, es de todo punto imposible hacer carrera de él, ni que sirva nunca para nada.

—Con frecuencia venía á verme después, y luego que se curó mi boca, el otro domador, á quien llamaban Job, tomó á su cargo mi doma, y como era de carácter tranquilo y bondadoso, pronto aprendí todo lo que deseaba de mí.

Jengibre dejó en esto interrumpida su historia, que continuó otro día que nos hallamos juntos en la arboleda, diciendo :

—Después de mi doma, me compró un tratante en caballos, para hacer pareja con una compañera del mismo pelo que yo. Durante algunas semanas nos enganchó juntas, y por último nos vendió á un aristocrático caballero, y fuimos conducidas á Londres. El tratante me había manejado con el engallador, cosa que yo aborrecía con toda mi alma, pero en la nueva casa fué peor, pues me lo pusieron aun más tirante, porque tanto el cochero como su amo lo consideraban así más á la moda. Con frecuencia paseábamos por el parque y los demás sitios donde se reunía la gente elegante. Como tú nunca has usado un engallador, no puedes formarte idea

de lo que es ; pero puedo asegurarte que es una cosa detestable. A mí me gusta mover la cabeza y levantarla tanto como el primer caballo ; pero figúrate que levantases la tuya cuanto pudieses y que te vieras obligado á mantenerla en aquella posición por horas enteras, incapacitado de moverla en absoluto, como no fuera para elevarla más, con el pescuezo adolorido en términos que fuera completamente inaguantable. Agrega á esto que al engallador va unido el filete, y que son, por consiguiente, dos bocados en vez de uno, siendo el mío tan fuerte que me lastimaba la lengua y la boca hasta el punto de que la sangre coloreaba la espuma que salía de mis labios, y me hallaba con tal motivo siempre irritada é intranquila. No digamos nada de cuando teníamos que estar en esta posición durante horas enteras, esperando á nuestros amos que se hallaban en el teatro ó en cualquiera otro entretenimiento ; y si mi impaciencia me impedía en absoluto estarme quieta, el látigo era el consuelo que recibía. Asegúrote que es cosa para volverlo á uno loco.

—¿No se ocupaba de ustedes su amo?— le pregunté.

—No ; él sólo se ocupaba de tener su tren á la moda, como ellos decían, y creo que entendía muy poco de caballos ; estaba entregado por

completo á su cochero, el cual le dijo que yo era de un carácter irritable y que no estaba acostumbrada al engallador, pero que pronto me acostumbraría. No era él el hombre á propósito para semejante cosa, pues cuando me hallaba en la cuadra, triste é irritada, en vez de ser apaciguada por medio de las caricias, no había para mí más que palabras duras y algún que otro golpe. Si él hubiese observado otra conducta conmigo, yo hubiera procurado soportar aquella gran molestia, pues era voluntaria para el trabajo, por duro que fuese ; pero aquello de ser atormentada sin motivo alguno, y sólo por un capricho de la moda, me encolerizaba altamente. ¿ Con qué derecho me hacían sufrir de aquel modo ? Además, las llagas en la boca y los dolores en el pescuezo hacían que mi aparato respiratorio no funcionase con regularidad, y de haber continuado aquel estado de cosas, creo que lo hubieran destruido por completo. Sucedió, como era natural, que fuí haciéndome cada día más intranquila é irritable sin poderlo remediar, y empecé á patear y morder cada vez que venían á ponerme los arneses. Con este motivo el cochero me castigaba sin piedad, hasta que un día, al engancharnos en el carruaje, y cuando aquél estaba poniéndome el engallador bien tirante, me defendí y pateé con todas mis fuerzas, rom-

piendo los arneses, y despachándome á mi gusto. Esta fué mi última prueba en aquella casa. A los pocos días me llevaron al mercado de caballos para ser vendida. Mi hermosa apariencia y buen paso atrajeron pronto la atención de un tratante que me compró ; me probó en su casa de todos modos y con toda clase de bocados, y pronto comprendió cómo debía ser tratada ; prescindió en absoluto del engallador, y me vendió al fin, como un animal completamente tranquilo, á un señor del campo, que era muy buen amo, y con quien me encontraba perfectamente ; pero cambió de cochero y cambió con ello mi bienestar. El nuevo era un hombre de tan mal carácter y tan dura mano como Sansón ; siempre me hablaba de mal modo, y si en la cuadra no me movía con la prontitud que él deseaba, me golpeaba en los jarretes con el palo de la escoba, con la pala, ó con cualquier cosa que tuviera en la mano. Empecé á tomarle odio ; parece que lo que él pretendía era que yo le tuviera miedo, pero era demasiado briosa y noble para semejante cosa. Un día que abusó de mí más que nunca, lo mordí, lo cual, por de contado, le encolerizó, y tomando un látigo de montar, me dió infinitos latigazos en la cabeza y en todas partes ; pero desde entonces no se atrevió á volver á mi cuadra, pues sabía que mis herra-

duras y mis dientes estaban siempre dispuestos para recibirlo. Habló á mi amo, y aunque para éste era yo buena y dócil, le dió la razón, y fui vendida de nuevo. El mismo tratante que había sido mi anterior dueño, dijo que sabía de un lugar donde podía ser comprada, y aquí vine á parar, pocos días antes que tú. «Es una lástima» —decía el tratante,—«que un animal tan fino »no haga bondad, por falta de caer en buenas »manos» ; pero yo me había formado ya la idea de que los hombres eran mis enemigos, y que era preciso defenderme de ellos. Por supuesto, aquí el trato es muy diferente ; pero no sabemos lo que durará. Yo quisiera tener las ideas que tú tienes, mas es imposible después de la experiencia con que cuento.

—Está bien—le dije ;—pero sería una verdadera vergüenza que tú mordieras ó pateases á Juan ó á Jaime.

—No pienso en semejante cosa—me contestó, —mientras se porten bien conmigo. Es verdad que una vez mordí á Jaime, y no suavemente ; pero Juan le dijo : «trátala con dulzura, Jaime» ; y en vez de castigarme como yo esperaba, éste se acercó á mí con un cubo de salvado en una mano, mientras traía el otro brazo en cabestrillo, y me acarició, con lo cual nunca más

lo volví á morder, ni lo haré tampoco en adelante.

Yo sentía pena por Jengibre, y desde luego, como poco conocedor del mundo aún, opinaba que su comportamiento no era bueno. Observé con gusto, que al cabo de algunas semanas se fué haciendo más mansa y alegre, desechando aquellas miradas de desconfianza con que solía recibir á cuantos se le acercaban, y por último oí á Jaime decir un día :

—Me parece que la yegua me va tomando cariño, pues la oí relinchar cuando esta mañana le acaricié le frente.

—¡ Ay! amigo Jaime—le contestó Juan,— eso son las *pildoras de Buenavista*. Jengibre será con el tiempo tan buena como Azabache, pues lo que la pobre necesita es sólo cariño.

Nuestro amo notó el cambio también, y cuando un día se apeó del carruaje y vino á acariciarnos, como con frecuencia hacía, dijo, pasando la mano por el hermoso cuello de Jengibre :

—Vamos, Chiquita, ¿ cómo van las cosas para tí ahora? Parece que eres más feliz que cuando viniste á esta casa.

Ella aproximó á él su hocico, de un modo confiado y amistoso, y él la acarició de nuevo.

—Creo que la vamos á curar, Juan—dijo el amo.

—Sí, señor ; ya ha adelantado hasta el extremo de ser otra que cuando vino. Eso son las *píldoras de Buenavista*—añadió riendo.

Dichas píldoras, según Juan, eran infalibles para curar el caballo más resabioso : se componían de paciencia, bondad, firmeza y caricias, una libra de cada cosa, disueltas en medio cuartillo de sentido común, y administradas al caballo todos los días.

VI

ALEGRÍA

El señor de Campoflorido tenía una larga familia de muchachos y muchachas que eran amigos de las señoritas Josefina y Flora, con quienes venían á jugar algunos días. Una de las muchachas era de la misma edad que la señorita Josefina ; dos de los muchachos eran mayores, y los demás eran más pequeños. Cuando venían había faena larga para Alegría, pues su mayor gusto era el montarlo todos alternativamente, y dar grandes paseos en la arboleda.

Una tarde que la había pasado entera con ellos, al traerlo Jaime á la cuadra, oí que le decía, mientras le ponía la cabezada :

—¡ Ah, bribón ! como no veas lo que haces, presumo que vamos á tener un disgusto.

—¿ Qué es lo que ha pasado, Alegría ?—le pregunté cuando nos quedamos solos.

—Nada—me contestó, moviendo su pequeña cabeza ;—es sólo que he estado dando una lección á esos jovencitos, que parece no saben cuándo es bastante para ellos y para mí, y he tratado de hacérselo comprender, poniéndolos varias veces en el santo suelo.

—¿Qué dices?—le pregunté admirado ;—¿te has atrevido á despedir á las señoritas Josefina y Flora? Nunca pude esperar semejante cosa de ti.

Me miró como altamente ofendido, y prosiguió :

—Nada de eso ; no lo haría por el mejor pienso de avena que pudieran ofrecirme ; soy tan cuidadoso de mis señoritas como puede serlo nuestro amo, y en cuanto á las otras niñas, yo soy quien las estoy enseñando á montar, deteniéndome cuando veo que se hallan inseguras ó asustadas sobre mí, y marchando con tanta suavidad y cuidado como un gato viejo al ir cazando un pájaro, acelerando otra vez el paso cuando las veo seguras en la montura, á fin de que se vayan acostumbrando. No se moleste usted en predicarme sobre el particular, pues soy el mejor amigo y el mejor maestro de equitación que esas niñas y niños pequeños pueden tener ; pero en cuanto á los mayores, esos zagalones—añadió sacudiendo su crin,—la cosa varía de especie ; necesitan ser domados, lo mismo que lo hemos

sido nosotros cuando éramos potros, y hay que enseñarles lo que está en el orden, y lo que deben abstenerse de hacer. Habían paseado sobre mí los pequeños por cerca de dos horas, cuando llegó el turno á los mayores, lo cual era justo, y no puse á ello la menor objeción. Montaron alternando, y galopé arriba y abajo por la arboleda y por el campo más de una hora. Cada uno se había provisto de una gruesa vara de avellano, á guisa de látigo, que dejaban caer sobre mi cuerpo con más dureza de la necesaria, lo cual no llevé á mal al principio, pero por último pensé que ya había sido bastante, y me detuve dos ó tres veces, como por vía de aviso. Los muchachos creen que un caballo es como una máquina de vapor, que ni se cansa, ni siente ni padece, y que pueden correr en él por todo el tiempo que les plazca, y con la velocidad que tengan por conveniente, sin pensar en otra cosa que en darse gusto ; por consiguiente, á fin de dar una lección al que estaba montado sobre mí y que me castigaba con la vara, me encabrité y le hice deslizarse suavemente por detrás. Esto fué todo. Volvió á montar, y volví á hacer lo mismo. Entonces, el otro muchacho montó, y tan luego como empezó á hacer uso de la vara, di dos ó tres respingos y lo puse en el suelo, y así sucesivamente hasta que se desengañaron de

que ya tenían bastante. No son malos muchachos, ni se gozan en ser crueles ; yo les tengo afecto ; pero tú comprenderás que necesitaba darles una lección. Cuando me trajeron adonde estaba Jaime, y le contaron lo ocurrido, éste manifestó gran disgusto al ver aquellas gruesas varas, diciéndoles que parecían más propias de boyeros ó de gitanos, que de jóvenes caballeros.

—Si yo hubiera estado en tu lugar—dijo Jengibre,— la lección hubiera sido un poco más dura.

—No lo dudo—contestó Alegría ; — pero yo no soy tan tonto, para dar un disgusto á mi amo, ó hacer que Jaime se avergonzase de mí. Precisamente el otro día oí que el primero decía á la señora de Campoflorido : «Señora mía, esté usted completamente tranquila respecto á sus hijos, pues mi vieja jaca Alegría cuida de ellos tan bien como pudiéramos hacerlo usted ó yo ; es un animal de tan buen carácter, y tan digno de mi confianza, que no lo vendería por ningún dinero.» ¿ Crees que puedo ser ingrato hasta el punto de olvidar el buen trato que he recibido en esta casa durante cinco años, y la confianza que tienen depositada en mí, volviéndome falso, sólo porque un par de muchachos ignorantes me traten mal ? De ninguna manera ; tú no sabes lo que es una buena casa, porque nunca te

ha tocado en suerte, y lo siento por ti ; pero puedo asegurarte que las casas buenas hacen á los caballos buenos. Yo quiero á mis amos, y por nada del mundo les daría un disgusto. Además— prosiguió ;—supónte' que me dedicara ahora á dar coces, ¿qué sería de mí? Me venderían inmediatamente, y tal vez iría á parar en ser el esclavo de algún muchacho de carnicería, ó á una plaza de alquiler donde no se ocupasen más que de hacerme correr á todo escape, ó tirar de un carricoche arrastrando á tres ó cuatro hombres grandes en sus orgías de los domingos, como tuve ocasión de ver en la casa donde estuve antes de venir á ésta. No—dijo por último ;—no es ese mi modo de pensar, ni espero que lo sea nunca.

VII

UN RATO DE CONVERSACIÓN EN LA HUERTA

Jengibre y yo no éramos de la raza de los caballos grandes de tiro, sino que más bien teníamos sangre de los de carrera. Medíamos unas siete cuartas y media, y éramos por lo tanto, á propósito así para la silla como para el carruaje. Nuestro amo solía decir que no le gustaba hombre ó caballo que sirviese para una sola cosa, y como por otra parte no era afecto á lucir sus trenes en los parques de Londres, prefería más bien caballos útiles y ligeros. Nuestro gran placer estaba en los días en que hacían alguna excursión montando en todos nosotros: el amo en Jengibre, la señora en mí, y las dos señoritas en Oliveros y en Alegría. Trotábamos alegres todos juntos y esto nos levantaba el espíritu. Yo era el mejor librado, porque la señora pesaba poco, y su mano era tan suave que ape-

nas me hacía sentir las riendas. Si todos supieran el bienestar que una mano suave proporciona á un caballo, y lo que conserva en él su boca, su comodidad y su gusto para el trabajo, es seguro que se abstendrían de esos tirones de las riendas y llamadas repentinas con que frecuentemente los martirizan. Nuestra boca es tan sensible que, cuando no ha sido endurecida ó arruinada por un mal tratamiento, hijo de la ignorancia ó de la maldad, siente el más ligero toque de la mano del jinete ó cochero, é instantáneamente conocemos lo que se desea de nosotros. La mía estaba muy bien conservada, y creo que esa era la razón porque la señora me prefería á Jengibre, aunque su paso era tan suave como el mío. Esta envidiaba mi boca, y decía que la culpa de que la suya no fuese tan suave, estaba en su defectuosa doma y en los duros bocados que le habían obligado á usar cuando estuvo en Londres. El viejo Oliveros solía decir entonces :

—Vamos, Jengibre, no te quejes, que no deja de ser honroso para una yegua llevar sobre su lomo un caballero tan corpulento como nuestro amo, con el donaire con que tú lo haces, y no hay motivo para que te disgustes por no conducir á la señora ; nosotros los caballos debemos tomar las cosas según vienen, y mostrarnos sa-

tisfechos y dispuestos para el trabajo, siempre que seamos bien tratados.

Con frecuencia me había llamado la atención la cola tan corta que tenía Oliveros, que no pasaría de seis ó siete pulgadas de largo, y en uno de nuestros días de asueto en la arboleda me atreví á preguntarle qué accidente había sido causa de que la perdiera.

—¡ Accidente ! — dijo dando un resoplido, y despidiendo fuego por los ojos, — ¡ no fué accidente ! ; fué un vergonzoso y premeditado acto de crueldad ! Cuando era joven, me llevaron á un lugar donde se practicaba esa iniquidad, me amarraron fuertemente, de modo que no pudiera moverme, y cortaron mi hermosa cola con carne y hueso, dejándome en este estado.

— ¡ Pero eso es horrible ! — exclamé yo.

— ¡ Horrible, sí ! y no sólo fué el dolor, muy grande y que me duró por mucho tiempo ; no fué sólo una iniquidad privarme de mi mejor ornamento ; sino que me privaron para siempre de poder espantarme las moscas que atormentan mis ijares y mis piernas. Ustedes, los que tienen cola, las espantan sin pensar en ello, y no pueden calcular lo penoso que es tener que aguantarlas picando y picando, sin tener con qué ahuyentarlas. Créanme si les digo que es

una pérdida grande é irreparable, que celebros mucho no hayan ustedes experimentado.

—¿Y por qué hacen eso?—preguntó Jengibre.

—¡Por moda!—contestó el viejo Oliveros, dando una patada en el suelo;—sólo por moda, si sabes lo que esto quiere decir. En mis tiempos no había caballo joven de buena casta, que no tuviese cortada la cola de esta vergonzosa manera, como si la Naturaleza no supiese mejor que el hombre nuestras necesidades y lo que mejor nos sienta.

—Supongo que la misma moda será también lo que les hace obligarnos á levantar la cabeza con esos detestables engalladores con que me torturaban en Londres—dijo Jengibre.

—Por supuesto que sí—contestó Oliveros.—En mi concepto la moda es una de las manías más perniciosas que aquejan á la humanidad. Vean ustedes, por ejemplo, cómo cortan la cola y las orejas á los pobres perros, para hacerlos parecer más vivos y listos. Yo tenía una amiga, inteligente perra de caza, á quien llamaban Estrella, y que me quería tanto, que dormía siempre debajo de mi pesebre. Allí dió á luz cinco hermosos cachorritos, ninguno de los cuales mataron, porque eran de una casta apreciadísima. Su madre estaba loca con ellos. Cuando abrieron

los ojos y empezaron á arrastrarse por entre la paja, era un espectáculo digno de verse. Un día vino el hombre que me cuidaba, y se los llevó ; creí que sería por temor de que los pisara y los lastimase ; pero no fué esa la causa. Por la tarde, la pobre Estrella los trajo otra vez, uno por uno, en su boca, no los felices animalitos de por la mañana, sino sangrando y quejándose de una manera lastimera ; á todos les habían cortado un pedazo de la cola, y las orejas por completo. La pobre madre estaba inconsolable, y yo nunca he podido olvidar aquella escena. Se curaron al cabo de algunos días y cesaron de quejarse, pero sus hermosas orejitas, destinadas á proteger la parte delicada del oído contra el polvo y cualquiera otro perjuicio, habían desaparecido para siempre. ¿Qué derecho tiene el hombre para atormentar y desfigurar á las criaturas, obra de la Naturaleza?

Oliveros, aunque sumamente manso, era un viejo lleno de fuego y energía ; lo que había dicho era tan nuevo para mí y lo consideré tan abominable, que por primera vez se apoderó de mí un sentimiento de hostilidad hacia el hombre. Jengibre, por de contado, estaba excitadísima ; levantando la cabeza, con los ojos centelleantes y las narices dilatadas, declaró que los

hombres no sólo eran unos brutos, sino unos estúpidos.

—¿Quién habla aquí de estúpidos?—dijo Alegría, que llegaba después de haber estado ras-cándose contra las ramas bajas de un viejo man-zano.—¿Quién habla aquí de estúpidos? Consi-dero esa palabra demasiado dura.

—Las palabras duras se han hecho para cali-ficar las acciones duras—contestó Jengibre ; y le contó á Alegría lo que Oliveros nos había re-ferido.

—Todo eso es verdad—dijo Alegría, quedán-dose pensativo ;—he visto practicar esa crueldad con los perros muchas veces, en la casa de mi primer dueño ; pero opino que no debemos ha-blar de ello aquí, donde tanto el amo como Juan y Jaime son buenos para nosotros ; censurar á los hombres en general en semejante sitio, no es un acto noble de nuestra parte. Ustedes saben que hay otros que son buenos también, aunque no tanto como éstos, que son los mejores.

El acertado discurso del pequeño Alegría, que no podíamos dejar de reconocer que decía la verdad, nos tranquilizó, especialmente á Olive-ros que adoraba á su amo ; y con objeto de va-riar la conversación, dije yo :

—¿Puede alguno de ustedes decirme para qué sirven las anteojeeras?

—Para nada absolutamente—contestó Oliveros con prontitud.

—Algunos suponen—dijo la jaca baya Justicia, con su calma de siempre,—que las anteojeras sirven para evitar que los caballos se recelen ó se espanten en términos de poder causar algún accidente.

—Pues entonces, ¿cuál es la razón de que no se las pongan á los caballos de silla?—pregunté.

—No hay razón alguna para ello—contestó él con la misma tranquilidad, — como no sea la moda. Dicen que el caballo se asustaría de tal modo, si viera las ruedas del carro ó coche á que va enganchado, que con seguridad se desbocaría ; argumento que queda destruido al considerar que ese mismo caballo ve las ruedas de todos los carruajes que pasan por su lado, algunos bien cerca de él, cuando las calles están excesivamente concurridas, y no se asusta ni se desboca. Nos acostumbramos á ello, comprendiendo lo que es, y si en la doma nos enseñasen á trabajar sin ellas, es seguro que para nada las necesitaríamos. Podríamos ver bien todo lo que nos rodea, y enterarnos de lo que es, asustándonos mucho menos que viendo sólo una pequeña parte de los objetos y no comprendiéndolos por lo tanto. No dudo que puede haber algunos caballos nerviosos, que hayan sido lastimados ó asus-

tados en la doma, que tal vez las necesiten ; pero como yo no soy de esos, no puedo juzgar con acierto.

—Yo creo—dijo Oliveros,—que las anteojereras son más bien un motivo de peligro, sobre todo durante la noche. Nosotros los caballos podemos ver en la obscuridad, mucho mejor que los hombres, y se hubiera evitado un gran número de accidentes, si los caballos hubiesen podido hacer siempre un completo uso de sus ojos. Recuerdo que una vez, hace algunos años, en una noche oscura, una pareja de caballos volvía del cementerio, enganchada á un carro fúnebre, por el camino que pasa frente á la granja del señor Cifuentes, y á cuyo borde hay una gran laguna : el carro se aproximó demasiado y volcó, cayendo en aquélla, donde se ahogaron los dos caballos, escapando el cochero como por milagro. Por supuesto, después del accidente pusieron una gran cerca, pintada de blanco, que puede verse bien ; pero estoy seguro de que si aquéllos no hubieran estado parcialmente ciegos, ellos mismos se hubieran apartado del peligro, y no hubiera ocurrido el accidente. Cuando volcó el carruaje de nuestro amo, antes de que ustedes vieran aquí, se dijo que si el farol de la izquierda no se hubiera apagado, Juan habría podido ver un gran hoyo que los trabajadores que estaban

reparando el camino habían dejado sin cubrir, lo cual no dudo ; pero si el viejo Colín no hubiese llevado anteojeras, hubiera visto el hoyo, con farol ó sin farol, pues era un caballo demasiado inteligente para no saber evitar un peligro. El resultado fué que se lastimó seriamente, que el carruaje se hizo pedazos, y que Juan escapó ileso, nadie sabe cómo.

—Esos hombres, que se creen tan sabios—dijo Jengibre con ironía,—deberían disponer que en lo sucesivo todos los potros naciesen con los ojos en medio de la frente, en vez de á los costados, puesto que su afán es siempre enmendar lo que la Naturaleza ha hecho.

La cuestión empezaba á agriarse de nuevo, y Alegría volvió á tratar de apaciguarla, diciendo :
— Voy á hacer á ustedes una observación : creo que Juan no aprueba las ateojeras, pues le he oído hablar de ello un día con el amo. Este decía, que cuando los caballos se han acostumbrado á usarlas, puede ser peligroso en algunos casos quitárselas, y Juan opinaba que sería muy conveniente que todos los potros fuesen domados sin ellas, como sucede en algunos países. Dejemos, pues, esta cuestión, y demos una carrera por la arboleda del otro extremo de la huerta, pues creo que el viento ha derribado al-

gunas manzanas, y no es justo que se las coman todas los gusanos.

La invitación de Alegría no podía ser desairada, y así, dimos por terminada nuestra larga conversación, y vivificamos nuestros espíritus comiendo las dulces manzanas que se hallaban desparramadas sobre la hierba.

VIII

SUCESOS VARIOS

Cuanto más tiempo pasaba, más satisfecho y feliz me encontraba en la casa de Buenavista. Nuestros amos eran queridos y respetados por cuantos los conocían, y bondadosos con cuantos dependían de ellos, ya fuesen hombres ó mujeres, caballos ó mulos, perros, gatos, vacas, carneros ó pájaros. Toda criatura oprimida ó maltratada podía contar con un amigo en ellos, y los criados imitaban su humanitario proceder. Si llegaba á sus oídos que alguno de los muchachos del pueblo maltrataba á un animal, pronto recibía una reconvención de los señores de Buenavista.

El caballero Gordon y el labrador Grey habían trabajado por más de veinte años, según se decía, por desterrar en todos los contornos el uso del engallador en los caballos de tiro, y habían

logrado que muy pocos lo usasen al fin ; y si por casualidad la señora, en sus acostumbrados paseos, se encontraba con algún carro pesadamente cargado, cuyo caballo llevase la cabeza suspendida por tan incómoda correa, hacía detener su carruaje, se apeaba, y en los términos más afectuosos razonaba con el conductor, á fin de persuadirle de lo inconveniente y cruel que era semejante práctica. Nuestro amo, por su parte, nunca cesaba en su obra de ser el protector de los animales. Recuerdo que una mañana iba montado en mí en dirección á casa, cuando encontramos un fornido y corpulento hombre, en un pequeño carruaje tirado por un precioso caballito de delgadas patas y cabeza fina é inteligente. Al llegar á la puerta que daba entrada al parque, el animalito torció hacia ella, y el hombre, sin una palabra de aviso, le dió un tirón de las riendas, tan fuerte y repentino, que casi lo hizo sentarse sobre los corvejones ; se enderezó y siguió andando, pero el hombre entonces empezó á castigarlo con el látigo de una manera terrible ; el animal procuraba correr para huir del castigo, mas la poderosa mano de su dueño lo sujetaba con fuerza casi suficiente para romperle las quijadas, mientras seguía castigándolo con el látigo. Era un espectáculo tristísimo para mí, que comprendía el dolor de aquella deli-

cada y pequeña boca ; mi amo me indicó con la brida y las piernas que partiese hacia aquel punto, y no me hice repetir la orden, hallándonos allí en menos de tres segundos.

—¡ Saravia !—gritó con voz de trueno,—¿ cree usted que ese animal no está hecho de carne y hueso ?

—Sí, señor—contestó aquél,—y también sé que tiene una voluntad demasiado firme, y á la que no me acomodo.

Hablaba como si estuviese fuera de sí. Era un maestro albañil que varias veces había ido á nuestra casa á negocios.

—¿ Y cree usted—añadió mi amo con mucha seriedad,—que con ese trato logrará que le obedezca gustoso ?

—Nadie le mandó que volviese en aquella dirección ; su camino es el derecho—contestó el hombre ásperamente.

—Pero usted olvida que con frecuencia ha ido á mi casa con ese mismo caballo, y él, con su movimiento, sólo ha demostrado su memoria y su inteligencia. ¿ Sabía él acaso que hoy no se dirigía usted á aquel punto ? Le aseguro, señor Saravia, que hasta ahora nunca había tenido el sentimiento de presenciar un trato tan inhumano y brutal en animal alguno, y que con se-

mejante proceder, lastima usted su propio carácter más que al pobre animalito.

Dicho ésto se separó sin despedirse, y comprendí en su voz lo que aquello le había mortificado.

No era menos explícito y claro para dirigirse á los que eran iguales á él en posición social, que para los que se hallaban por debajo, pues en otra ocasión nos encontramos al capitán Lanzagorta, amigo de mi amo, que iba guiando una magnífica pareja de caballos tordos en una especie de faetón, y después de saludarse mutuamente, dijo el capitán :

—¿Qué le parece á usted mi nueva pareja, señor Gordon? Usted es el juez más inteligente en estos contornos, y me gustaría saber su opinión.

Mi amo me hizo retroceder un poco para poder verlos bien, y contestó :

—Son un par de caballos extraordinariamente hermosos, y si sus hechos corresponden á la apariencia, no hay nada que pedir ; pero veo que continúa usted en la manía de aburrir á sus caballos, aminorando su poder.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—preguntó el capitán.—¿Se refiere usted al engallador? Ya sé que esa es su pesadilla ; pero el hecho es que á mí me gusta ver mis caballos con la cabeza bien levantada.

—Y á mí también—dijo mi amo,—tanto como á otro cualquiera ; pero no me gusta verlos *colgados*. Eso les quita todo su lucimiento. Vamos á ver, señor Lanzagorta : Usted que es militar, ¿ le gustaría ver á los soldados de su regimiento con las cabezas bien levantadas, gracias á una correa que les tirase de ella por la espalda? Y menos mal si esto fuese en una parada, donde sólo les produciría aburrimiento y fatiga ; ¿ pero qué me dice usted tratándose de una carga á la bayoneta al frente del enemigo, cuando necesitan el libre ejercicio de todos sus músculos, y toda su fuerza en el avance? No sería yo quien le garantizase á usted la victoria. Pues lo mismo sucede con los caballos ; usted los incapacita de echar el cuerpo hacia adelante, y tienen por lo tanto que emplear un esfuerzo mucho mayor con las coyunturas y los músculos, lo cual los cansa más pronto. El caballo necesita mover libremente su cabeza, lo mismo que el hombre, y si nosotros atendemos un poco más al sentido común que á la moda, facilitaremos el trabajo en muchas cosas. Además, á usted no se le puede ocultar que si un caballo da un mal paso, tiene muchas más probabilidades de recobrase y sostenerse si su cabeza y cuello están libres, que si los lleva amarrados al arnés. Y por último—añadió, sonriendo,— aquí tiene el ejem-

plo en mi caballo, á quien acabo de dar un buen trote, y puede usted con confianza darle otro mayor, seguro de que lo dejará satisfecho.

—Creo que en teoría tiene usted razón— dijo el capitán,—y el ejemplo que me ha puesto de los soldados no carece de fuerza ; pero... en fin, pensaré en ello.

Y con esto se separaron.

En uno de los últimos días del otoño, mi amo hizo conmigo una larga jornada para sus negocios, llevándome enganchado en un pequeño carruaje de dos asientos y dos altas ruedas solamente, llamado *dog-cart*. Juan lo acompañaba, y yo iba tan satisfecho, como siempre que me enganchaba en aquel carruaje, que era mi predilecto, por su ligereza y la facilidad con que lo arrastraba. Había llovido mucho y soplabá un fuerte viento que sembraba el camino de innumerables hojas secas desprendidas de los árboles. Llegamos á la embocadura de un puente de madera sobre un río ; las márgenes de éste eran altas, y así aquél, en vez de elevarse, cruzaba al nivel de ambos lados del camino, con lo que, cuando el río estaba crecido, las aguas casi cubrían los tablones de la parte central del puente ; pero como se hallaba provisto de una fuerte baranda, nadie se preocupaba de aquello.

El hombre que estaba al cuidado del pontazgo

nos dijo que las aguas iban creciendo muy aprisa, y que presagiaba una mala noche. Los campos inmediatos estaban inundados, y en la parte baja del camino el agua me llegaba hasta por encima de los cascos ; pero el fondo era firme, mi amo me conducía con cuidado, y nada había que temer.

Cuando llegamos al pueblo adonde nos dirigáramos tuve un buen descanso, pues los asuntos de mi amo lo detuvieron allí un largo rato, y no emprendimos el regreso hasta muy avanzada la tarde. El viento había arreciado mucho, y oí que mi amo decía á Juan que nunca había estado fuera de casa con tiempo tan tempestuoso, lo cual comprendí perfectamente, pues las grandes ramas de los árboles se movían como si fueran mimbres, produciendo un ruido espantoso.

—Tengo ganas de verme fuera de este arbolado—dijo mi amo.

—Sí, señor — contestó Juan ; — sería poco agradable que una de estas ramas se desprendiera sobre nosotros.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando se oyó un gran crujido como de algo que se desgajaba, y con ruido atronador, rompiendo por entre los árboles, vino al suelo un enorme roble, arrancado de raíz, cayendo atravesado en el camino, precisamente delante de nosotros. No

podré ya decir que nunca me he asustado, pues entonces me asusté, y muy seriamente. Me paré de pronto, y hasta creo que temblé ; pero ni me volví, ni salí despedido, pues mi educación se oponía á hacer semejante cosa. Juan brincó del coche, y en un momento se puso á mi cabeza.

—De buena hemos escapado—dijo mi amo.—
¿Y qué haremos ahora?

—No podemos pasar por encima del árbol, señor, ni rodearlo ; de modo que no nos queda más recurso que volver para atrás hasta el encuentro de los cuatro caminos, y dar un rodeo como de seis millas, antes de poder tomar la embocadura del puente ; un poco tarde se nos hará, pero el caballo está fresco.

Sin más demora dimos vuelta en aquella dirección ; cuando llegamos al puente era casi de noche, y sólo podíamos ver que el agua lo cubría por el centro ; pero como esto sucedía con frecuencia en las crecientes, mi amo no le dió importancia, ni se detuvo. Entramos en él á buen paso, y apenas mis pies tocaron los primeros tablones, comprendí que algo extraordinario ocurría allí. No me atreví á seguir, y me paré en firme.

—Vamos, Azabache—dijo mi amo, tocándome con el látigo ; pero no me moví. Me dió un fuer-

te latigazo, y brinqué ; pero no di un paso adelante.

—Algo ocurre aquí, señor — dijo Juan.—Se apeó, vino á mí, reconoció el piso y mis arneses, y tomándome por la cabezada trató de hacerme andar.

—Vamos, Azabache, ¿qué es lo que te pasa?

Yo no podía decírselo, pero estaba muy cierto de que el puente no ofrecía seguridad.

En aquel momento, el hombre del pontazgo, en el otro extremo del puente, salía de la casa con una antorcha en la mano y nos hacía desesperadas señales.

—¡ Alto ! ¡ alto !—gritaba.

—¿ Qué ocurre ?—preguntó mi amo.

—El puente está roto en el centro, y una parte de él ha sido arrastrada por la corriente ; si avanzan ustedes caerán todos en el fondo.

—Azabache tenía razón, señor—dijo Juan, tomándome suavemente por la brida y haciéndome volver para tomar la orilla del río.—Montó otra vez en el carruaje y seguimos en busca de otro puente que se hallaba á varias millas de distancia. Era completamente de noche ; el viento había amainado, y la obscuridad y la calma eran profundas: Trotaba yo tranquilamente, oyéndose apenas el ruido de las ruedas del carruaje en el blando pavimento. Durante un rato,

ni mi amo ni Juan hablaron una palabra, hasta que al fin el primero rompió el silencio. Yo no entendía bien lo que decía, pero comprendí que se refería á que si le hubiera obedecido, probablemente el coche, caballo, amo y cochero hubiéramos sido precipitados en el río ; y como la creciente era mayor á cada momento, la obscuridad más densa, y no había quien nos socorriese, era casi seguro que nos hubiéramos ahogado los tres. Decía que Dios ha dotado al hombre de razón para investigar las cosas, pero también ha dotado á los animales de un instinto que es independiente de la razón, y mucho más rápido y perfecto en sus manifestaciones, con el cual han salvado muchas veces la vida del hombre. Juan contó varias historias de cosas maravillosas hechas por perros y caballos, añadiendo que el hombre no aprecia á los animales la mitad de lo que se merecen, ni procura hacer de ellos unos verdaderos amigos, como debiera.

Llegamos por fin á las puertas del parque, y encontramos allí al jardinero que nos esperaba sobresaltado. Nos dijo que la señora había estado asustadísima desde que empezó á anochecer, al ver que no llegábamos, y que había enviado á Jaime en busca nuestra, con la jaca baya Justicia, en dirección del puente de madera.

Cuando nos acercamos á la casa, la señora salió á recibirnos, preguntando con ansiedad :

—¿No te ha sucedido nada? He estado sumamente intranquila y llena de temores. ¿Ha habido algún accidente?

—No, hija mía ; pero si tu Azabache no hubiera sido más avisado que nosotros, nos habríamos precipitado en el río, al cruzar el puente de madera.

No oí más, porque entraron en la casa, y Juan me condujo á las caballerizas. Me dió un excelente pienso de cebada y un cubo de salvado remojado, con habas partidas, y me preparó una mullida cama de paja, de que disfruté á todo mi placer, pues me hallaba cansado.

Pocos días después de esto, regresábamos Juan y yo tranquilamente de un pueblecito adonde el amo lo había enviado con un encargo, cuando vimos á cierta distancia un muchacho que montado en un caballejo, trataba de hacerle brincar una cerca ; el caballo se negaba á saltarla, y el muchacho lo castigaba fuertemente con el látigo, sin lograr que aquél hiciese más que volverse á uno y otro lado. El castigo seguía, y también la resistencia del caballo á saltar. Por último, se apeó el muchacho y le dió infinitos latigazos en la cabeza y en todo el cuerpo ; volvió á montar y á tratar de hacerle brincar la cerca,

pero el caballito siguió en su obstinación. Cuando llegamos cerca de ellos vimos que el caballo, metiendo la cabeza entre las manos, levantó las patas y despidió al muchacho con toda limpieza, yendo éste á caer sobre el zarzal de que estaba formada la cerca. El caballito, al verse libre, enderezó las orejas y salió á toda carrera en dirección á su casa. Juan se reía con todas sus fuerzas.

—Bien empleado te está—decía.

—¡ Ay ! ¡ ay ! — gritaba el muchacho, revolviéndose entre las zarzas, cuyas espinas se le clavaban en todo el cuerpo.—Ayúdeme usted á salir de aquí.

—Me parece—contestó Juan,—que estás en el lugar que te mereces, y que esos arañazos te enseñarán que no debes obligar á ese pequeño animal á brincar una cerca que es demasiado alta para él ;—y seguimos nuestro camino.

—Puede que este tunante—iba diciendo Juan en voz baja,—sea tan embustero como es cruel, y no estará de más, Azabache, que nos dirijamos á la granja del señor Pedreño y le hagamos saber la verdad de lo ocurrido.

Volvimos hacia la derecha, y pronto nos encontramos á la vista de la casa de la granja. El señor Pedreño venía corriendo hacia el camino,

y su mujer estaba parada á la puerta de la casa, mirando muy asustada.

—¿Ha visto usted á mi muchacho? — dijo aquél, cuando estuvimos cerca ;—salió hará como una hora con mi caballito negro, y éste acaba de presentarse aquí sin jinete.

—Me parece, señor Pedreño—dijo Juan,— que está mejor así que con el jinete que lo manejaba.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir que he visto á su hijo castigando cruelmente á ese animalito porque se negaba á saltar una cerca que era demasiado alta para él, y que por último éste levantó las patas y puso al caballero á descansar entre las zarzas de la cerca ; el muchacho me pidió que le ayudase á salir de allí, pero usted me perdonará que no me sintiese inclinado á complacerlo. No tiene ningún hueso roto, y todo quedará reducido á unos cuantos arañazos. Amo á los caballos, y no puedo ver que sean maltratados. Es un mal sistema exasperar á un animal hasta obligarle á hacer uso de sus medios de defensa, pues cuando lo hace una vez, suele no ser la última.

Durante este tiempo la madre se nos había aproximado, y decía llorando :

—¡ Pobre hijo mío ! debe haberse lastimado, y voy á buscarlo.

—Usted me hará el favor de volverse á casa —dijo seriamente el señor Pedreño.—Su hijo necesitaba esta lección, que yo he de procurar que le aproveche ; no es la primera vez que ha maltratado á ese animal, y es preciso que eso concluya. Muchas gracias, señor Carrasco. Buenas tardes.

Seguimos nuestro camino, y Juan no cesó de reir hasta que llegamos á casa. Contó el suceso á Jaime, que se rió también y dijo :

—Me alegro mucho de ello ; conozco á ese muchacho desde que íbamos juntos á la escuela, donde constantemente la echaba de matón con los pequeños, aunque no con los mayores, que solían darle alguna que otra lección de comportamiento. Siempre fué cruel con los animales de todas clases, lo cual le valió más de un castigo por parte del maestro.

—Tenía razón tu maestro, Jaime ; el que es cruel con los animales demuestra tener un mal corazón, y no puede ser bueno en ningún concepto.

IX

JAIME DURANGO

Una mañana de diciembre, Juan acababa de hacerme entrar en la cuadra y me estaba echando encima una manta, mientras Jaime me traía el pienso, cuando vimos que el amo se acercaba á las caballerizas ; parecía estar serio, y traía un papel en la mano. Juan cerró por fuera mi cuadra, se quitó la gorra, y esperó órdenes.

—Buenos días, Juan—dijo el amo ;—necesito saber si tienes alguna queja de Jaime.

—¿Queja, señor? Ninguna absolutamente.

—¿Es trabajador, y respetuoso contigo?

—Sí, señor, siempre.

—¿No has notado que descuide su trabajo cuando vuelves la espalda?

—Nunca, señor.

—Está bien ; pero necesito saber otra cosa. ¿Tienes motivos para sospechar que cuando sa-

le con los caballos para pasearlos, ó para algún mandado, se detiene á hablar con sus compañeros, ó entra en casas donde no tenga nada que hacer, dejando al animal á la parte de afuera.

—Ciertamente que no, señor ; y si alguien dice lo contrario, no lo creeré, mientras no se me pruebe claramente ; no puedo explicarme quién sea el que trate de desacreditar á Jaime, y puedo asegurar á usted que nunca ha habido en estas caballerizas un muchacho más formal, trabajador, honrado y listo que él. No titubeo en garantizarlo en todos conceptos ; es bondadoso é inteligente para los caballos, que, por mi parte, confiaría mucho mejor á él, que á la mitad de los mozalbetes que conozco con mucho sombrero galoneado y mucha librea.

El amo escuchó todo aquel discurso con la mayor atención y seriedad ; pero, cuando Juan concluyó, se sonrió bondadosamente y miró á Jaime, que durante todo el tiempo había permanecido cuadrado á la puerta, diciéndole :

—Está bien, Jaime, acércate ; mucho celebro que la opinión de Juan respecto á ti, coincida exactamente con la mía, y vamos al negocio. He recibido una carta de mi cuñado, el señor de Benavides, que desea le proporcione un mozo de cuadra, de veinte á veintiún años de edad, que sepa bien sus obligaciones. Su viejo cochero, que

le ha servido durante treinta años, se va debilitando, y necesita un ayudante de confianza á quien poder instruir en el oficio, y que, cuando aquél sea jubilado, pueda ocupar su puesto en la casa. Ganará por el pronto dieciocho duros al mes, traje de cuadra y para el coche, una cama en la cochera, y tendrá un muchacho que le ayude en el trabajo. El señor Benavides es un buen amo, y si consigues esa plaza será un buen principio para ti. Siento que te separes de nosotros, y comprendo que será también una pérdida para Juan, que tanta confianza tiene en ti.

—Así es, señor—dijo Juan ;—pero por nada del mundo sería yo un obstáculo á su futuro bienestar.

—¿Qué edad tienes, Jaime?—dijo el amo.

—Diecinueve años, señor.

—Un poco joven eres ; ¿qué opinas, Juan?

—Señor, es verdad que es joven ; pero es tan formal como cualquier hombre, fuerte y robusto, y si bien no tiene aún experiencia en el pescante, tiene una mano firme y suave, y una mirada lista, siendo á la par muy cuidadoso, hasta el punto de que estoy seguro que ningún caballo puesto á su cargo carecerá de las atenciones que todo animal necesita.

—Mi cuñado quedará complacido en un todo—dijo el amo,—pues en la postdata de su carta

me dice que si pudiera yo proporcionarle un hombre educado por mi Juan, lo preferiría á cualquiera otro ; de modo que puedes pensarlo, Jaime ; habla con tu madre, y dime lo que resolváis.

A los pocos días quedó convenido que Jaime iría á servir á casa del señor de Benavides al cabo de un mes ó seis semanas, durante cuyo tiempo recibiría toda la práctica de guiar desde el pescante que pudiera dársele.

Desde entonces casi no hubo día en que no se pusiese el carruaje, y si la señora no salía, el amo solo ó con las señoritas, salían, enganchándonos á Jengibre y á mí, y llevando siempre á Jaime de cocheró. Al principio le acompañaba Juan en el pescante, enseñándole lo que había de hacer, pero, por último, Jaime nos guiaba solo.

Era de ver el sin número de lugares diferentes adonde el amo nos hacía ir. Por supuesto, con gran frecuencia íbamos á la estación del ferrocarril á las horas de la llegada de los trenes, cuando los coches de todas clases, carros y ómnibus se aglomeraban para cruzar el puente, y cuando era necesario que caballos y cocheros tuvieran los ojos muy abiertos para no tropezar unos con otros en aquella confusión y estrecheces.

Cierto día, los amos decidieron ir á hacer una

visita á unos amigos que vivían á más de sesenta millas de distancia, y Jaime había de ser el conductor. La primera jornada fué de treinta y dos millas. Tuvimos que subir algunas cuestas pesadas, pero Jaime nos guiaba con tanto cuidado y tan buen juicio, que no sentíamos el cansancio. Nunca olvidaba apretar la retranca en las cuestas abajo, ni aflojarla á su debido tiempo. Nos conducía por donde el camino estaba mejor conservado, y si teníamos que subir una pendiente muy larga, de cuando en cuando cruzaba el carruaje para que no se fuera hacia atrás, y nos daba un pequeño respiro. Todos estos ligeros detalles sirven de gran alivio al caballo, sobre todo si van acompañados de palabras cariñosas.

Nos detuvimos una ó dos veces en el camino, y justamente al ponerse el sol llegamos al pueblo donde habíamos de pasar la noche. Paramos en la posada principal, que era muy grande, en la Plaza del Mercado, cruzando un arco para entrar en un extenso patio, á cuyo extremo estaban las caballerizas y cocheras. Dos mozos vinieron á desengancharnos; el que hacía de jefe era un hombre algo viejo ya, pequeñito, de fisonomía viva y agradable, y con una pierna torcida; vestía una chaqueta rayada de amarillo. En mi vida he visto un mozo más listo para des-

atalajar un caballo ; me acarició y me dijo algunas palabras, conduciéndome á una gran caballeriza donde había seis ú ocho pesebres y dos ó tres caballos. El otro mozo trajo á Jengibre, y Jaime permaneció sin separarse de nosotros mientras nos frotaban y limpiaban.

El viejo me limpió en un momento y con la mayor destreza, y cuando terminó, Jaime se me acercó y me pasó la mano, como sospechando que no estuviera bien limpio, pero me encontró en el más perfecto estado.

—Me tenía por listo para limpiar un caballo —dijo,—y consideraba á Juan más listo aún ; pero ya veo que usted nos gana, y confieso que nunca he visto ni mayor ligereza, ni mayor perfección.

—La práctica lo hace todo—contestó el viejo, —y sería una vergüenza que después de cuarenta años de ejercicio no supiera hacer eso bien. En cuanto á lo de ligereza, es cuestión de hábito ; si usted se acostumbra á hacer las cosas ligero, llega á hacerse tan fácil como hacerlas despacio, ó más, me atrevo á decir. No se amolda á mi temperamento ni á mi salud, emplear más tiempo en hacer una cosa, que el que sea absolutamente preciso. He vivido entre caballos desde que tenía dove años de edad, en establos de carrera, y en establos de caza ; y como soy

tan pequeño como usted ve, fui *jockey* durante varios años, hasta que en el hipódromo de los Campos Elíseos, un día que el piso estaba muy resbaladizo, mi pobre Golondrina cayó, cogiéndome una pierna debajo y rompiéndomela por la rodilla, lo que me inutilizó para aquella clase de trabajo. Pero yo no podía vivir lejos de los caballos, como no podría ahora tampoco, y en consecuencia me dediqué á mozo de cuadra. Puedo asegurar á usted que mi mayor placer está en cuidar un caballo como éste, tan bien educado y tan bien tratado, y que no necesito más que veinte minutos para conocer qué clase de mozo ha estado al cuidado de él. Este, por ejemplo, lo ve usted humilde, tranquilo, volverse en cuantas direcciones se desee, levanta sus patas para dejárselas limpiar, y hacer, en una palabra, todo lo que se le manda ; mientras que encontrará usted otros, inquietos, de mal genio, desobedientes, que suelen huir, ó sacudir la cabeza agachando las orejas al aproximarse usted, como si le tuvieran miedo ; y hasta en ciertos casos enseñarle á uno las herraduras para defenderse. ¡ Pobrecillos ! Yo comprendo en seguida cuál es el trato que han recibido. Si son tímidos, se vuelven espantadizos ó desconfiados ; y si son de pura sangre, se hacen falsos y peligrosos. Su carácter depende, la mayor parte de las veces, de

la educación que reciben cuando son jóvenes. Son como los niños : edúquelos usted en el buen camino y con arreglo á lo que las buenas máximas prescriben, y verá que llegan á la vejez sin apartarse nunca de él, siempre que nuevas circunstancias no les hagan variar.

—Mucho me gusta oír á usted hablar de ese modo—dijo Jaime ;—eso es lo que se practica en casa de nuestro amo.

—¿Quién es su amo?, si la pregunta no es indiscreta. Desde luego aseguro que es bueno, por lo que he visto.

—El caballero Gordon, del parque de Buena-vista, al otro lado de las cuestas del Faro—dijo Jaime.

—¡ Ya ! He oído hablar de él, y celebrarlo como muy inteligente en caballos, y como el primer jinete del país.

—Así es—replicó Jaime ;—pero ahora monta muy poco, desde la muerte de su hijo.

—¡ Ah ! ; pobre muchacho ! ; leí la ocurrencia en los periódicos de aquellos días ; y por cierto que murió también un hermoso caballo ; ¿ no fué así ?

—Sí, señor ; un magnífico animal, hermano de este que usted ve, y exactamente igual á él.

—¡ Qué desgracia !—dijo el viejo ;—el sitio era muy peligroso para saltar, por lo que recuerdo

que leí, y no puede culparse al caballo. Yo estoy por la equitación intrépida, tanto como el que más ; pero no dejo de reconocer que 'hay saltos que sólo un muy inteligente y experimentado cazador puede acometer ; la vida de un hombre y la de un caballo, valen mucho más que el rabo de una zorra ; al menos yo así lo creo.

Durante este tiempo, el otro mozo había terminado con Jengibre, y nos había traído el pienso. Jaime y el viejo salieron juntos de la caballeriza. Tarde en la noche, el segundo mozo dé cuadra entró, trayendo el caballo de un viajero, y mientras lo estaba limpiando, vino á darle conversación un joven con una pipa en la boca.

—Oye, Antonio—le dijo el mozo,—sube en un momento al sobrado y echa un poco de heno en la reja de este caballo ; pero deja aquí la pipa.

—Allá voy—dijo el otro, y se encaramó por la escalera de mano.—Al poco rato oí sus pasos arriba, y echar el heno. Jaime entró para vernos, antes de irse á descansar, y todos salieron, cerrando la puerta de la cuadra.

No puedo decir el tiempo que habría dormido ni qué hora sería, cuando me desperté molesto, sin saber por qué. Me levanté y me pareció que el aire era espeso y sofocante. Oí á Jengibre toser, y uno de los otros caballos parecía muy intranquilo ; como estábamos completamente á

oscurecidas, no pude ver nada, pero la cuadra parecía tan llena de humo que yo apenas podía respirar.

Habían dejado abierta la puerta del sobrado, y sospeché que por allí venía el humo. Escuché y oí un suave ruido, como de algo que crujía. No pude comprender lo que era, pero en aquel ruido noté algo extraño que me hizo estremecer de pies á cabeza. Todos los demás caballos se habían despertado, y algunos pugnaban por saltarse, mientras otros pateaban desesperadamente.

Por último, oí que alguien se acercaba, y á los pocos momentos vi entrar precipitadamente en la cuadra, con una linterna, al mozo que había traído el caballo del viajero, y que empezó á soltarnos á todos y á tratar de sacarnos de allí ; pero parecía tan atolondrado y tan asustado, que me asustó más. El primer caballo se negó á salir ; probó con el segundo y con el tercero, y sucedió lo mismo. Se aproximó á mí y trató de arrastrarme á la fuerza, pero no había que pensar en semejante cosa. Después que probó con todos, sin éxito alguno, salió de la cuadra.

Sin duda fué una tontería por parte de nosotros, pero no había allí nadie á quien conociésemos, ni en quien pudiéramos confiar, y todo era para nosotros extraño é incierto. El aire fresco

que entró por la puerta nos hizo más fácil el respirar, pero el ruido que yo había oído se aumentó, y cuando miré hacia arriba por el cañón por donde bajaba el heno á mi reja, vi rojas llamas reflejarse en las paredes. Entonces oí en la parte de afuera un grito de «fuego», y el mozo de cuadra que me había cuidado entró tranquilamente, se dirigió al caballo que estaba más próximo á la puerta y lo sacó ; volvió á buscar otro, y ya las llamas se habían apoderado de la puerta del sobrado, y el ruido sobre nuestras cabezas era espantoso.

Lo que inmediatamente oí fué la voz de Jaime, tranquila y alegre como siempre, que decía, entrando en la cuadra :

—Vamos, muchachos, que aquí hace mucho calor, vamos para afuera.

Yo me hallaba más cerca de la puerta que Jengibre, y así, se dirigió á mí primero, acariciándome al acercarse.

—Vamos, Azabache, hijo mío, vamos fuera de esta humareda..

Todavía me resistía á salir. Entonces sacó de su bolsillo un pañuelo, lo ató fuertemente sobre mis ojos, y siempre acariciándome y hablándome, me sacó fuera de la cuadra. Una vez en el patio, desató el pañuelo y gritó :

—¡ Uno aquí! Sujeten este caballo mientras voy á buscar el otro.

Se aproximó un hombre alto, que tomó el ronzal de mi cabezada, y Jaime se lanzó otra vez á la caballeriza. Yo, al verlo desaparecer, di un agudo relincho. Jengibre me dijo después, que aquel relincho fué lo mejor que pude hacer en su obsequio, pues si ella no hubiese oído que yo estaba á la parte de afuera, nunca hubiera tenido valor para salir.

En el patio reinaba la mayor confusión ; allí estaban otros varios caballos sacados de las caballerizas, y diferentes coches y tílburis arrastrados de las cocheras, por si llegaban allí las llamas. Yo tenía la vista fija en la puerta de nuestra cuadra, por donde salían bocanadas de humo, más espesas cada vez, é innumerables chispas, cuando, entre todo aquel ruido y alboroto, oí la voz de mi amo, que gritaba :

—¡ Jaime ! ¡ Jaime ! ¿ Dónde está Jaime ?

Nadie le contestó ; pero yo di á los pocos momentos un relincho de gozo, porque después de oír un fuerte ruido, como de algo que se desplomaba en la caballeriza, vi á Jaime cruzar por entre el torbellino de humo y chispas, conduciendo del diestro á Jengibre, que tosía violentamente cuando se acercaron á nosotros.

—¡ Mi bravo muchacho !—dijo el amo, apo-

yando su mano en el hombro de Jaime.—¿Estás herido?

Jaime movió la cabeza haciendo una seña negativa, pues no podía hablar.

—Es, indudablemente, un bravo muchacho—dijo el hombre que me estaba sujetando.

—Ahora—añadió el amo,—así que te refresques un poco, Jaime, salgamos de este sitio tan pronto como podamos.

Al dirigirnos á la puerta de entrada oí en la plaza un gran ruido de herraduras de caballos y ruedas de carruajes.

—¡La bomba de incendios!—gritaron dos ó tres voces,—¡apártense!—y, como dos exhalaciones, entraron en el patio dos caballos, arrastrando una pesada máquina de vapor. Los bomberos saltaron al suelo, y no tuvieron necesidad de preguntar dónde era el fuego, pues las llamas envolvían ya toda la parte alta de la caballeriza.

Salimos á la plaza, tan ligeros como pudimos; brillaban las estrellas, y, á excepción del ruido que dejamos á nuestra espalda, todo era allí silencio y tranquilidad. El amo nos encaminó á otra posada que había al extremo opuesto de la plaza, y tan luego como se presentó el mozo, dijo aquél á Jaime:

—Yo me voy á tranquilizar á la señora; dejo á tu cuidado los caballos, y dispón todo lo que

creas que necesitan ; y se retiró, tan ligero como no lo había visto andar nunca.

Antes de entrar en nuestra cuadra, oímos los tristes lamentos de los pobres caballos que no habían sido sacados de la caballeriza, y que se achicharraban allí... fué una cosa horrible, que tanto á Jengibre como á mí nos conmovió profundamente.

Pasamos el resto de la noche en la nueva posada muy bien cuidados, y por la mañana vino el amo á vernos, y á hablar con Jaime. Yo no pude oirlo bien, porque el mozo me estaba limpiando, pero vi que la cara de Jaime rebosaba felicidad, y comprendí que el amo se mostraba muy satisfecho de él. La señora se había asustado tanto la noche anterior, que hubo que posponer la continuación de nuestro viaje hasta por la tarde, y Jaime, teniendo toda la mañana por suya, fué en primer lugar á revisar nuestros atalajes y el coche, y á adquirir noticias acerca del fuego. Al principio nadie pudo imaginar cuál fué la causa de él, pero luego dijo un hombre, que había visto á Antonio Torres entrar en las caballerizas con una pipa en la boca y salir sin ella, habiendo ido después á la taberna á buscar otra. El segundo mozo de cuadra dijo entonces, que había encargado al dicho Torres subiese al sobrado y echase un poco de heno en la reja de

uno de los caballos, recomendándole que no llevase la pipa consigo. Torres negó haberla llevado, pero nadie lo creyó. Recordé la invariable regla de Juan Carrasco, de no permitir á nadie entrar en las caballerizas con la pipa encendida, y comprendí que aquella regla debería ser observada por todo el mundo.

Jaime vió que los techos y toda la parte alta de las caballerizas habían venido al suelo, quedando sólo las paredes ahumadas; dos pobres caballos que no pudieron ser sacados, murieron quemados entre los escombros.

X

JOSÉ CONTRERAS

En el resto del viaje no ocurrió nada extraordinario, y llegamos con felicidad á casa de los amigos de mis amos, donde me alojaron con Jengibre en una cómoda y limpia cuadra; el cochero de aquella casa era un buen hombre, que se ocupó mucho de nosotros y que hizo los mayores elogios de Jaime, cuando supo lo ocurrido en el incendio.

—Es preciso que sepa usted, amigo—le dijo, —que una de las cosas más difíciles de conseguir, es hacer salir de su cuadra á los caballos en casos de fuego ó inundación; yo no sé en lo que consiste, pero es lo cierto que de veinte no hay dos que se presten á salir; los de usted salieron por la gran confianza que usted les inspiró.

Nos detuvimos dos ó tres días en aquel lugar, y regresamos á casa. Todo fué bien durante el

regreso, alegrándonos mucho al vernos de nuevo en nuestras caballerizas, así como Juan de vernos volver.

Antes de separarse de nosotros aquella noche, dijo Jaime á Juan :

—¿Sabe usted quién va á venir á ocupar mi plaza?

—El pequeño José Contreras, el hijo del jardinero.

—¿El pequeño José Contreras? ¡ Si es casi un niño !

—Tiene catorce años y medio—dijo Juan.

—Sí ; pero es sumamente pequeño de cuerpo.

—Es verdad ; pero es listo, trabajador, y tiene buenos sentimientos ; desea con ansia venir, y su padre tiene gusto en ello. El amo quiere que yo lo experimente durante seis semanas, y dice que si creo que no sirve para el caso, buscaremos otro muchacho mayor.

—¡ Seis semanas !—dijo Jaime, — ni en seis meses estará en disposición de ser útil. Mucho se va á aumentar el trabajo de usted, Juan.

—¿ Y qué le hemos de hacer ? — dijo aquél, sonriendo ;—el trabajo y yo somos amigos.

—Usted es un hombre muy bueno, Juan.

—No me gusta hablar de mí mismo—repuso aquél,—pero como vas á separarte de nosotros

para entrar, como quien dice, en el mundo, y á gobernártelas por tu cuenta, voy á decirte algo que no está de más que sepas. Era yo precisamente de la edad de José ahora, cuando mi padre y mi madre murieron de fiebre maligna, con intervalo de diez días, dejándonos á mí y á mi inválida hermana Irene, solos en el mundo, sin un pariente que se hiciese cargo de nosotros. Yo era hijo de un labrador, incapaz de ganar lo bastante para mantenerme, y mucho menos á los dos ; mi hermana hubiera tenido que ir á parar á un asilo, si no hubiera sido por nuestra ama, á quien Irene llama su ángel tutelar, y con razón. Aquélla alquiló un cuarto para ésta en casa de la vieja viuda Marlot, le proporcionaba trabajo de aguja, que mi hermana hacía cuando podía, le enviaba platitos delicados que comer, y era, en una palabra, como una madre para ella. El amo se hizo cargo de mí y me puso á las órdenes del viejo Hernando, cochero que era entonces en esta casa. Me daban la comida, un traje completo cada año, una cama en el sobrado, y cuatro pesetas cada semana, con lo que podía auxiliar á Irene. Hernando pudo muy bien haber dicho que, á su edad, no estaba para educar á un muchacho rústico como era yo, que no sabía más que arrear los bueyes de un arado ; pero, en vez de eso, fué como un padre para mí, y se tomó

toda clase de cuidados para enseñarme. Cuando murió, algunos años después, ocupé su plaza, y ya ves cómo me encuentro, además de tener hechas algunas economías por si los tiempos cambiasen, y de ver á Irene más feliz que un pájaro. Comprenderás ahora, Jaime, que en manera alguna debo volver la espalda á ese muchacho, contrariando los deseos de nuestro buen amo. De ninguna manera. Es verdad que te echaré mucho de menos, pero se hará lo que se pueda, é iremos adelante, que nada hay tan satisfactorio como hacer un bien cuando se presenta la ocasión.

—Según eso—dijo Jaime.—¿Usted no opina como otros, que el número uno es el primero?

—No, á fe mía—contestó Juan.—¿Qué hubiera sido de mí y de Irene si los amos y el viejo Hernando hubiesen pensado de ese modo? Ella estaría, probablemente, en un asilo, y yo cavando nabos. ¿Y qué hubiera sido de Azabache y de Jengibre, si tú hubieses atendido sólo á tu salvación? Estarían á estas horas convertidos en chicharrones. ¡No, Jaime! el egoísta, en mi concepto, es un ser altamente despreciable.

Jaime lo escuchaba con atención, y noté que su voz le temblaba cuando dijo :

—Usted ha sido mi mejor amigo, después de mi madre, y deseo que no me olvide.

—No, muchacho ; y espero que tú harás lo mismo conmigo.

Al siguiente día vino José por primera vez á la caballeriza á aprender todo lo que pudiese, antes de que Jaime nos abandonara. Empezó por barrer la cuadra, traer el heno, hacer las camas, limpiar los arneses, y ayudar al lavado de los coches. Como por su pequeña estatura no podía limpiarnos ni á Jengibre ni á mí, Jaime le enseñaba con Alegría, de quien se iba á hacer cargo en absoluto, bajo la vigilancia de Juan. Era un muchachito vivo y alegre, que siempre venía cantando ó silbando á su trabajo.

Alegría se disgustó muchísimo al verse «manejado por un chiquillo», según él decía ; pero al fin de la segunda semana, me dijo, en confianza, que el muchacho no se portaba mal.

Llegó por fin el día de la partida de Jaime, y, alegre como era siempre, aquella mañana parecía completamente abatido.

—Ya usted ve todo lo que voy á abandonar—dijo á Juan :—mi madre, usted, nuestros buenos amos y señoritas, los caballos, y mi viejo amigo Alegría. En mi nueva casa no conozco á nadie. Si no fuera porque voy á mejorar de puesto, y que estaré en disposición de ayudar mejor á mi madre, aseguro á usted que nunca saldría de aquí, donde están todas mis afecciones.

—Así lo creo, Jaime ; y no serías digno del concepto que me mereces, si pensases de otro modo. Animo, pues, que pronto harás allí amigos ; y portándote bien, como no dudo te portarás, será un gran consuelo para tu madre, que se sentirá orgullosa de verte en una posición como aquélla.

Juan procuraba animarlo, pero no estaba menos conmovido que Jaime, lo mismo que todos en la casa ; y en cuanto á Alegría, estuvo por varios días inconsolable hasta el punto de perder completamente el apetito. Juan lo sacó algunas mañanas por la rienda, cuando me llevaba á hacer ejercicio, y trotando y galopando á mi lado, fué reanimándose el pobre caballito, hasta que por último volvió á su antiguo estado.

El padre de José venía con frecuencia á prestar alguna ayuda, pues entendía el oficio ; José se aplicó con empeño á aprender, y Juan se prometía mucho de él.

Una noche, pocos días después de haberse ido Jaime, había yo comido mi heno y me hallaba acostado en mi cama de paja, profundamente dormido, cuando fuí despertado súbitamente por la campanilla de la caballeriza que comunicaba con las habitaciones de los señores, y que sonaba con gran fuerza. Oí abrirse la puerta de la casita inmediata donde vivía Juan, y que éste

corría hacia la de los amos. A los cinco minutos estaba de vuelta, abrió la puerta de mi cuadra, y acercándoseme, me dijo :

—Arriba, Azabache, que esta noche tienes que cumplir como bueno ;—y antes de darme tiempo siquiera á pensar, me vi con la silla encima, y la brida puesta. Tomó su abrigo, y, al trote ligero, me llevó á la puerta de la casa del amo. Este se hallaba allí con una luz en la mano.

—Ahora, Juan—dijo,—á correr cuanto puedas, pues se trata de la vida de la señora y no hay que perder un momento. Entrega esta carta al doctor Blanco ; da un descanso al caballo en la posada, y vuelve en seguida.

—Está bien, señor—contestó Juan, brincando sobre mi lomo. El jardinero, que vivía cerca de la puerta exterior, y que había oído la campanilla, estaba listo para abrirla ; por ella pasamos, cruzando á toda carrera el parque, el pueblo y la cuesta inmediata, hasta llegar al portazgo. Juan llamó á voces al hombre, que pronto salió de su garita y abrió la valla que cerraba el camino.

—Vaya el dinero—dijo Juan,—y deje usted abierto para el doctor, que ha de pasar en breve—y salimos disparados otra vez.

Cruzado el puente, había un largo trozo de

camino llano por la orilla del río, y Juan me dijo :

—Ahora, Azabache, haz lo mejor que puedas —y así fué ; por dos millas corrí sin poner apenas los pies en el suelo, hasta el punto de que dudo que mi abuelo, cuando ganó las carreras en los Campos Elíseos, corriera con más velocidad. Cuando llegamos á una cuesta abajo, Juan me sujetó un poco, y me acarició el cuello, diciéndome :

—Bueno, Azabache ; bien por mi bravo muchacho.

Hubiera él deseado llevarme ya algo más despacio, pero mi sangre se había calentado, y arranqué otra vez con la misma velocidad que antes. El aire era frío, y la luna brillaba espléndidamente, resultando una noche deliciosa. Cruzamos un pueblecito, luego un espeso bosque, subimos una cuesta, bajamos otra, y al cabo de ocho millas de carrera, llegamos al pueblo adonde nos dirigíamos, cuyas calles cruzamos hasta llegar á la Plaza Mayor. Reinaba allí un silencio profundo, sin oírse más que el ruido de mis herraduras en las piedras ; todo el mundo dormía. La campana del reloj de la iglesia sonaba las tres cuando Juan se apeaba á la puerta de la casa del doctor. Tiró dos veces de la campanilla, y golpeó fuertemente con las manos. Se abrió una

ventana, y apareció en ella el doctor Blanco, con gorro de dormir ; sacó la cabeza, y preguntó :

—¿Qué se ofrece?

—La señora de Gordon está muy grave, señor ; y el amo me manda á toda prisa á buscar á usted : cree que puede peligrar la vida de la señora si no va inmediatamente. Aquí traigo una carta.

—Espere un momento — contestó el doctor, cerrando la ventana ; y á los pocos minutos vino á la puerta.

—Lo malo es—dijo,—que mi caballo ha estado fuera todo el día y se halla completamente rendido ; y han venido esta noche á buscar á mi hijo, que se ha llevado el otro. ¿Qué hacemos? ¿Puedo ir en el de usted?

—He venido á la carrera casi todo el camino y pensaba darle aquí un descanso ; pero creo que mi amo no se disgustará, puesto que es necesario.

—Corriente—dijo el doctor,—al momento estaré listo.

Entró en la casa, y mientras tanto Juan me pasaba la mano por el cuello que estaba echando fuego, como todo mi cuerpo. Volvió el doctor á los pocos momentos, con un látigo de montar en la mano.

—No necesita usted eso, señor—dijo Juan ;

—Azabache irá hasta que no pueda más. Cuidelo usted; pues me dolería que le sobreviniese accidente alguno.

—No hay cuidado, Juan—contestó el doctor; y al cabo de un minuto estábamos bien lejos.

No me detendré en contar mi viaje de regreso. El doctor era más pesado que Juan, y no tan buen jinete; pero hice cuanto pude. El hombre del portazgo nos tenía el paso franco, y pronto nos encontramos en el parque. José estaba esperándonos en la puerta exterior, y el amo en la de sus habitaciones, pues nos había oído llegar. No habló una palabra; el doctor entró con él en la casa, y José me llevó á las caballerizas. Muy contento me hallé al verme en mi cuadra, pues las piernas me temblaban, y apenas podía sostenerme en pie, ni respirar. No había en mi cuerpo un pelo que no estuviera mojado, y el sudor me corría por todas partes, despidiendo vapor «como un puchero en el fuego», según la expresión de José. ¡Pobre José!; era un niño, y bajo de estatura, con muy pocos conocimientos aún acerca de caballos, y su padre, que hubiera podido cuidarme en aquel momento, había sido enviado al pueblo inmediato con un encargo, de modo que el muchacho hizo conmigo todo lo que le pareció mejor; me frotó las piernas y el pecho con un paño; pero no me abrigó.

con una manta, porque sin duda supuso que no me gustaría, por estar tan acalorado ; me trajo en seguida un cubo de agua que estaba muy fría y que bebí con ansiedad ; me dió un pienso de maíz y heno ; y creyendo que lo había hecho á las mil maravillas, se retiró. Bien pronto empecé á temblar y á sentir un frío intenso ; me dolían las piernas, los lomos y el pecho, y me sentí como todo entumecido. ¡ Cuánto deseé en aquel momento mi gran manta ! ¡ Si Juan hubiera estado allí ! ; pero tenía que andar ocho millas á pie, y así, me resigné á esperar, acostándome en la paja y procurando conciliar el sueño. Después de un largo rato, oí que Juan se acercaba á la puerta. Di un gemido de dolor, y al momento lo vi á mi lado, inclinándose para reconocermé. No pude decirle lo que sentía, pero él pareció comprenderlo al momento ; me cubrió con dos ó tres mantas, y corrió á buscar agua caliente en la que puso un poco de harina, dándomela á beber, y entonces creo que me quedé un poco traspuesto.

Juan parecía completamente fuera de sí, pues le oí decir varias veces :

— ¡ Estúpido muchacho ! ; no abrigarlo con una manta, y darle agua fría á beber ! ; los muchachos no sirven para nada.

José, sin embargo, era bueno.

Me encontré muy enfermo, pues una fuerte inflamación me había atacado los pulmones, y no podía respirar sino con gran dificultad. Juan me cuidaba día y noche, y durante éstas, se levantaba dos ó tres veces para venir á mi lado. El amo venía también con frecuencia á verme.

—¡ Mi pobre Azabache!—dijo un día ; — mi buen caballo, que ha salvado la vida de su ama.

Oír aquello me llenó de alegría. Parece que el doctor dijo que, á no haber acudido tan pronto, hubiera sido demasiado tarde. Juan le contó á mi amo que en su vida había visto á un caballo correr como yo corrí aquella noche, y que no parecía sino que sabía de lo que se trataba. Por supuesto que lo sabía, aunque Juan no lo creyese así ; comprendí por lo menos que Juan y yo teníamos que correr con todas nuestras fuerzas, y que se trataba del bien de la señora.

No puedo decir con certeza cuánto tiempo estuve enfermo. El veterinario venía á verme todos los días, y uno de ellos me sangró. Me sentí tan débil que creí morir, y me parece que lo mismo creyeron todos los demás. Jengibre y Alegría fueron trasladados á otra caballeriza, pues la fiebre aguzó mi oído de tal modo, que el más pequeño ruido me molestaba. Una noche tuvo Juan que administrarme una pócima, y llamó á Tomás Contreras, el padre de José, para que le

ayúdase. Después que la tomé, y que Juan me arregló de la mejor manera que pudo para que pasase bien la noche, dijo que iba á permanecer allí media hora á fin de ver el efecto de la medicina. Tomás manifestó deseos de acompañarlo, y los dos se sentaron en un banco que colocaron en la cuadra de Alegría, poniendo la linterna en el suelo para que su luz no me ofendiese.

Permanecieron durante un rato en silencio, al cabo del cual dijo, en voz baja, Tomás Contreras :

—Quisiera, Juan, que dirigiera usted una palabra de afecto á José. El muchacho está completamente abatido, no come apenas, y no hay quien le haga sonreír. Dice que comprende que toda la culpa es suya, aunque todo lo que hizo fué con el mejor deseo, y que si Azabache se muere, no sabe lo que va á ser de él. Me llega al alma oírlo, y deseara de usted una sola palabra para él, que lo reanimase un poco. El muchacho no es malo.

Juan se quedó pensativo, y dijo al fin :

—Es preciso, Tomás, que no me juzgue usted con dureza. Yo sé que el muchacho no lo hizo con mala intención, y nunca he creído lo contrario ; pero comprenda usted que yo también estoy inconsolable ; este caballo es el orgullo de mi corazón, sin contar con que es el favorito de

los amos ; y pensar que pueda morirse de este modo, es más de lo que puedo soportar. Pero si cree usted que soy duro con el muchacho, procuraré mañana decirle alguna palabra... por supuesto, si Azabache está mejor.

—Muy bien, Juan, muchas gracias. Ya me figuraba que usted no extremaría más su rigor, comprendiendo, como debe comprender, que fué sólo ignorancia por parte del muchacho.

El tono de la voz de Juan, casi me sobresaltó cuando contestó :

—¡ Ignorancia ! ¿ Y no sabe usted que la ignorancia es inmediata á la maldad ? Hay gentes que creen que con decir : « ¡ Oh ! yo no lo sabía, yo no lo hice con mala intención », todo está arreglado ; y causan á veces los mayores males. Perico Linares no tuvo intención de casi matar de miedo á su hermano, cuando se vistió como un fantasma y corrió tras de él en una noche de luna ; pero lo hizo ; y aquel hermoso muchacho, que hubiera podido ser el orgullo de su madre, no es sino un idiota, ni será otra cosa en su vida, aunque viva ochenta años. Y usted mismo, Tomás, recuerdo que bien brincaba cuando, hace como dos semanas, aquellas señoritas dejaron abierta la puerta del invernadero, permitiendo que penetrase el viento frío del Este que sopla-

ba, y que dice usted le mató una porción de plantas.

—¿Una porción?—dijo Tomás;—ni una siquiera, de las tiernas, quedó viva, y tengo que replantarlo todo, siendo lo peor del caso que no sé donde voy á poder encontrar semillero de ellas. Por poco me vuelvo loco, cuando vi lo que había ocurrido.

—Y sin embargo—añadió Juan;—estoy seguro de que aquellas señoritas lo hicieron sin intención, y sólo por ignorancia.

No oí más de aquella conversación, porque la medicina me produjo muy buen efecto y me hizo dormir, sintiéndome mucho mejor por la mañana; pero con frecuencia he pensado en las palabras de Juan, cuando fui conociendo algo más el mundo.

Desde aquel día empezó mi convalecencia, continuando tan rápida, que antes de cumplirse un mes, y gracias á los incesantes cuidados de Juan, me hallaba completamente restablecido.

José Contreras continuó siendo un buen muchacho; aprendía todo con prontitud, y era tan atento y cuidadoso, que Juan empezó á confiar en él para muchas cosas, si bien, como he dicho, era pequeño para su edad, y rara vez le permitía ejercitarse en Jengibre ó en mí; pero sucedió un día que, habiendo salido Juan con Justicia,

en la carreta, y necesitando el amo enviar con urgencia una carta á un caballero que vivía como á tres millas de distancia, ordenó á José que me ensillase y la llevase, encargándole que tuviera el mayor cuidado conmigo y que no corriese.

La carta fué entregada, y regresábamos tranquilamente, cruzando por cerca de un tejár que había en el camino. Allí vimos una carreta, cargada de ladrillos, atascada en el fango hasta cerca del cubo de las ruedas. El carretero bramaba, y castigaba sin piedad á los dos caballos. José me hizo detenerme. El espectáculo era triste por demás. Los pobres caballos forcejeaban con todo su poder para sacar la carreta del atolladero, pero aquélla no se movía ; el sudor les corría por las patas y por los costados, les palpitaban los ijares, y tenían todos los músculos contraídos, mientras el hombre, tirando de la rienda del caballo delantero, juraba y le azotaba con el látigo de una manera brutal.

—Pare usted, hombre—gritó José,—y no castigue de ese modo á los animales. ¿No ve usted que las ruedas están atascadas de modo que es imposible mover la carreta?

El hombre no hizo caso y siguió con el castigo.

—Espere usted—añadió José,—y yo le ayuda-

ré á descargar un poco la carreta, sin lo cual es imposible que la muevan.

—Vaya usted á gobernar sus negocios, mo-
zuelo atrevido, que yo sé gobernar los míos—
contestó el hombre, que parece estaba algo bo-
rracho, y continuó con el látigo.—José me hizo
volver grupa, y me puso á todo galope en di-
rección á la casa donde vivía el dueño del tejar.
Yo no sé si Juan habría aprobado aquella carre-
ra, pero José y yo estábamos de acuerdo, y tan
irritados, que no hubiéramos podido ir más des-
pacio.

La casa se hallaba pegada al camino. José lla-
mó á la puerta, y gritó :

—¡Hola ! ¿Está en casa el señor Clairac ?

Se abrió la puerta, y apareció el señor Clairac
en persona.

—¿Qué se ofrece, muchacho ? Parece que
traes prisa. ¿Es alguna orden del caballero ?

—No, señor ; es que un carretero de los de
usted está allá abajo, castigando cruelmente á
dos caballos. Le dije que no lo hiciera, y no me
hizo caso ; me ofrecí á ayudarle á aligerar de
peso la carreta, y se negó igualmente ; de modo
que he creído lo mejor venir á avisarle.

—Muchas gracias—dijo el hombre, yendo á
buscar su sombrero ;—¿tendrás inconveniente

en dar testimonio de lo que has visto, si cito á ese hombre ante el magistrado del condado?

—Ninguno, señor — respondió José ;—y me alegraré de ello.

El señor Clairac salió en dirección adonde estaba la carreta, y nosotros continuamos nuestro camino para casa, á un trote corto.

—¿Qué te pasa, José? parece que vienes de mal humor — dijo Juan cuando el muchacho brincó de la silla.

—Sí que lo estoy, y diré á usted la causa— contestó José ; y todo excitado le contó á Juan cuanto había ocurrido. José era por lo general tan tranquilo y pacífico, que causaba admiración verlo de aquel modo.

—Muy bien hecho, José ; obraste perfectamente, ya castiguen á aquel hombre, ó no. Otro cualquiera hubiera seguido de largo, diciendo que no era de su incumbencia mezclarse en asuntos ajenos, sin considerar que la crueldad y la opresión incumben á todo el que las presencia ; hiciste muy bien.

José se tranquilizó, y se sentía ufano de la aprobación de Juan ; me limpió las patas y me frotó todo el cuerpo con más firmeza que de costumbre.

Cuando íbamos á comer, vino á la caballeriza

un criado de la casa, diciendo que el amo llamaba á su gabinete privado á José, pues había allí un hombre acusado de haber maltratado á una pareja de caballos, y se necesitaba su testimonio. El muchacho salió como una flecha.

—Espera—le dijo Juan,—y arréglate un poco.—José se arregló la corbata, se estiró la chaqueta y salió otra vez. Nuestro amo era uno de los magistrados del condado, y con frecuencia le traían casos que ventilar, ó en consulta. Cuando, después de comer, entró José en mi cuadra, noté que estaba muy satisfecho; me dió una palmada y me dijo:

—Nosotros no podemos tolerar esas cosas, ¿verdad, mi buen Azabache? .

Después supimos que, como el testimonio fué tan claro y los caballos presentaban tan evidentes muestras del mal trato recibido, se había formado causa criminal al carretero y probablemente sería sentenciado á dos ó tres meses de prisión.

Se operó un asombroso cambio en José, que decía que había crecido una pulgada en aquella semana, lo cual no dudo. Continuaba siendo el mismo bondadoso muchacho de siempre; pero más resuelto y determinado en todo lo que hacía, como si de pronto hubiera pasado de ser un muchacho á ser un hombre.

XI

LA PARTIDA

Había vivido feliz por espacio de tres años en aquella casa, pero tristes cambios iban á sobrevenir para todos nosotros. Desde tiempo hacía, oíamos decir que nuestra ama estaba delicada de salud. El doctor la visitaba con mucha frecuencia, y el amo se mostraba grave y como lleno de ansiedad. Por último, oímos que iban á levantar la casa y á trasladarse por dos ó tres años á un país más templado. La nueva corrió por la servidumbre, como el toque de una campana de agonía. Todos se mostraban taciturnos y el amo empezó á hacer los preparativos para la venta de muebles, carruajes y caballos, y salir de Inglaterra. Con frecuencia oíamos hablar de ello en las caballerizas, pues era la conversación general.

Juan hacía su trabajo, triste y silencioso, y José no silbaba ni cantaba ya apenas. El mo-

vimiento era general, y Jengibre y yo teníamos muy poco descanso.

Los que primero partieron fueron las señoritas Flora y Josefina con sus ayas. Vinieron á decirnos adiós, y abrazaron al pobre Alegría como á un antiguo amigo que indudablemente era. Después supimos lo que el amo había dispuesto respecto á todos. A Jengibre y á mí nos había vendido á su buen amigo el conde del Pino, por considerar que en su poder estaríamos como en Buenavista. Alegría fué regalado al señor de Campoflorido, que necesitaba un caballo de confianza para su señora, con la condición de que no había de ser nunca vendido, y que, cuando se inutilizase para el trabajo, sería muerto de un tiro y enterrado. José lo había de acompañar para cuidarlo y ayudar á otros trabajos de la casa, de modo que consideré que el buen Alegría no lo pasaría mal. A Juan se le ofrecieron varias colocaciones buenas, pero dijo que pensaba esperar algún tiempo, antes de decidirse á aceptar ninguna.

La noche antes de la marcha, él amo vino á las caballerizas á dictar algunas disposiciones y á hacer la última caricia á sus caballos. Conocí en su voz que estaba muy conmovido. Yo creo que los caballos comprendemos las inflexiones de la voz mejor que muchos hombres.

—¿Has resuelto ya lo que piensas hacer, Juan? Veo que no has aceptado ninguno de los ofrecimientos que te han hecho—dijo.

—No, señor—contestó Juan; — he pensado que si pudiera encontrar colocación con algún buen domador de potros ó instructor de caballos, sería lo que más me gustaría. Muchos animales jóvenes se ven arruinados prematuramente, ó adquieren malos vicios, por falta de una buena mano que los dirija en su educación. Yo siempre he sido aficionado á los caballos, y si pudiera encaminar bien á algunos, creería como que había hecho una obra buena. ¿Qué piensa usted de eso, señor?

—Nadie más á propósito que tú para ello—contestó el amo; —pues entiendes á los caballos, y, hasta cierto punto, ellos te entienden. Procuraré ayudarte en cuanto me sea posible, y al efecto hablaré con mi agente en Londres, dándole todos los buenos informes que puedo darle acerca de tus circunstancias.

El amo encargó á Juan que le escribiera, y le expresó su agradecimiento por sus largos y fieles servicios, lo cual fué demasiado para aquél, que contestó todo conmovido:

—Señor, usted y la señora han hecho por mí lo que nunca podré pagar; pero jamás lo olvi-

daré, y quiera el Cielo que algún día volvamos á verlos por aquí.

El amo le tendió la mano, sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra más, y ambos salieron de la caballeriza.

Llegó por fin el triste último día ; un criado había salido anticipadamente con el equipaje, y sólo quedaron el señor con la señora y una doncella de ésta. Jengibre y yo condujimos el carruaje á la puerta de la casa, por última vez. Los criados trajeron almohadones, alfombras y otros bultos pequeños, y cuando todo estuvo arreglado, el amo descendió las escaleras, dando el brazo á la señora. Yo estaba enganchado en la parte del lado de la casa y pude verlo todo. La colocó cuidadosamente en el carruaje, mientras los criados los rodeaban llorando.

—Adiós, otra vez—dijo ;—no olvidaremos á ninguno de ustedes,—y entró en el carruaje.

José saltó al pescante y salimos trotando despacio á través del parque y del pueblo, donde la gente parada á las puertas de las casas los saludaban al pasar, con muestras del mayor afecto.

Cuando llegamos á la estación del ferrocarril, y la señora, encaminándose al salón de descanso, dijo á Juan, con su dulce voz : «Adiós, Juan ; que seas feliz», sentí un movimiento convulsivo en las riendas ; pero Juan no contestó, porque,

sin duda, no podía hablar. Tan pronto como José terminó de sacar del coche todos los objetos, Juan lo llamó y le hizo ponerse á la cabeza de nosotros, mientras él se acercaba á la plataforma. El pobre José se acercó cuanto pudo á nuestras cabezas para ocultar sus lágrimas. Pronto entró en la estación el tren, resoplando, y á los dos ó tres minutos las puertas se cerraron con violencia, el guarda dió un silbido y aquél partió, deslizándose suavemente, dejando por detrás nubes de blanco humo y algunos corazones muy oprimidos.

Cuando se perdió de vista, Juan se nos acercó, diciendo :

—Nunca más la volveremos á ver... ¡ nunca !

Subió al pescante, tomó las riendas y, con José á su lado, nos condujo á la que había dejado ya de ser nuestra antigua y querida casa.

PARTE SEGUNDA

XII

LA CASA DEL CONDE

A la mañana siguiente, después de almorzar, José enganchó á Alegría en el carrujito de la señora, para llevarlo á casa del señor de Campo-florido ; vino primero á despedirse de nosotros y oímos á Alegría relinchar en el patio. Juan puso la silla á Jengibre y una rienda á mí, y nos condujo á casa de los condes del Pino, á unas quince millas de distancia. La casa era magnífica, con extensas caballerizas y cocheras. Entramos en el patio, cruzando un arco de piedra, y Juan preguntó por el señor York. Transcurrió un buen rato antes de que se presentase. Era un hombre de muy buena apariencia y mediana edad, con una voz notablemente imperativa. Se mostró muy atento y político con Juan, y des-

pués de dirigirnos una ligera ojeada, llamó á un mozo de cuadra, encargándole que nos condujese á la que nos estaba destinada, é invitó á Juan á tomar un refresco. La cuadra era hermosa en todos conceptos ; fuimos colocados en dos pesebres, inmediatos el uno al otro, y el mozo nos pasó un paño y nos echó un buen pienso. Al cabo de media hora, Juan y el señor York, que iba á ser nuestro nuevo cochero, vinieron á vernos.

—Ahora, señor Carrasco—dijo aquél, después de examinarnos cuidadosamente, — no encontrando falta alguna en estos caballos, sólo deseo que usted tenga la bondad de decirme las cualidades particulares de cada uno de ellos, que crea dignas de ser mencionadas ; pues usted sabe, como yo, que cada caballo tiene sus peculiaridades, lo mismo que los hombres.

—Voy á serle franco — contestó Juan. — En primer lugar, no creo que haya en todo el país una pareja de animales mejor que ésta, salvo el defecto de no ser iguales. El negro tiene el carácter más bueno que usted pueda imaginar, y no creo que en su vida haya recibido un castigo, ni aun una mala palabra, pues no parece sino que su mayor gusto es complacer á los que le mandan ; pero en cuanto á la yegua, presumo que ha de haber sido muy maltratada en sus pri-

meros años, y así nos lo dió á entender el que nos la vendió. Llegó á nuestro poder desconfiada y con tendencias á morder ; pero luego que se convenció de la clase de casa adonde había venido á parar, todo aquello fué desapareciendo por grados, y en tres años no he visto en ella la más pequeña señal de mal genio, por lo que puedo asegurar que, siendo bien tratada, no hay animal mejor ni más voluntario para el trabajo que ella. Pero es, por naturaleza, de condición más irritable que el otro ; las moscas la molestan más, y cualquier cosa que no esté en orden en el arnés la mortifica, y hasta la lastima, por lo que no dudo que si se pretendiese abusar de ella, ó tratarla de una manera inconveniente, devolvería estocada por cornada. Usted sabe que muchos caballos de sangre hacen lo mismo.

—Por supuesto—contestó York.—Quedo perfectamente enterado ; pero usted comprenderá que no es fácil, en esta clase de caballerizas, contar con mozos como deben ser. Yo hago cuanto está en mi mano hacer, y procuraré tener presente todo lo que usted me ha dicho respecto á la yegua.

Se dirigían á la puerta de la caballeriza para salir, cuando Juan se detuvo, y dijo :

—Creo conveniente decir á usted que nunca hemos usado el engallador con ninguno de estos

dos animales ; el negro no lo ha probado en su vida, y en cuanto á la yegua, su vendedor nos dijo que el filete del engallador fué lo que exasperó su genio.

—Pues, amigo mío—dijo York,—aquí no tendrán más remedio que usarlo. Yo soy opuesto á él, y el señor es siempre muy razonable respecto á los caballos ; pero en cuanto á la señora... eso es otra cosa ; está por la moda, y si los caballos de su carruaje no llevan las cabezas levantadas hasta la mayor exageración, no está satisfecha, de modo que así tendrá que ser, al menos cuando la señora salga en el carruaje.

—Lo siento mucho—dijo Juan.—Y ahora necesito marcharme, para no perder el tren.

Volvió á nuestro lado para acariciarnos por última vez, y su voz era triste.

Yo acerqué á él mi hocico, único modo de decirle adiós ; se marchó, y no he vuelto á verlo desde entonces.

Al siguiente día el señor Conde vino á vernos y pareció estar complacido de nuestra apariencia.

—Mucha confianza tengo en estos caballos—dijo,—por los excelentes informes que me ha dado acerca de ellos mi amigo el señor Gordon. Es sensible que su pelo no sea igual ; pero son buenos para el carruaje, mientras estemos en el

campo. Tengo entendido que el negro es excelente para la silla.

York le contó entonces lo que Juan le había dicho acerca de nosotros.

—Está bien—dijo ;—tén cuidado con la yegua y pónle flojo el engallador. Sé acostumbrarán al fin, teniendo paciencia y subiéndoselo por grados. Hablaré de eso con la señora.

Por la tarde nos engancharon en el carruaje, y, al dar las tres el reloj de la caballeriza, salimos á colocarnos frente á la puerta de la casa. Esta era tres ó cuatro veces más grande que nuestra antigua de Buenavista, pero ni la mitad de agradable, si la opinión de un caballo puede valer algo. Dos lacayos estaban al pie de la escalera, con levita de color de pasa, calzón encarnado y medias blancas. Al poco rato oímos el crujir de un traje de seda, y la señora descendió los tres ó cuatro escalones de piedra. Dió una vuelta alrededor de nosotros, mirándonos con detención ; era una señora alta, de orgullosa mirada, y pareció no quedar satisfecha con alguna cosa que vió en nosotros, pero no dijo una palabra y entró en el carruaje. Era la primera vez que yo usaba un engallador, y debo decir que, si bien me pareció incómodo eso de no poder bajar la cabeza de cuando en cuando, es lo cierto que no puso la mía más alta de lo que estaba acostum-

brado á ponerla voluntariamente. Me sentí intranquilo acerca de Jengibre, pero pareció no tomarlo á mal y no manifestó descontento alguno.

El día siguiente, á la misma hora estábamos otra vez á la puerta, y los mismos lacayos se encontraban allí, como en el anterior. Oímos el crujido del traje de la señora, y á ésta que, bajando las escaleras, dijo con tono imperativo :

—York : haz que esos caballos levanten la cabeza ; están impresentables.

York se apeó y contestó, con el mayor respeto :

—Mi señora me habrá de perdonar si le digo que estos caballos no están acostumbrados al engallador, y que el señor me ha recomendado, para mayor seguridad de usted, que los vaya acostumbrando por grados ; pero si así lo desea, podré elevarlo un poco más.

—Hazlo—contestó ella.

York se nos acercó y acertó los engalladores, creo que un punto ; aunque fué poco, notamos la diferencia, y más aquel día que tuvimos que subir una cuesta. Entonces empecé á comprender lo que había oído acerca del particular, pues necesitando echar hacia adelante mi cabeza para arrastrar el carruaje con decisión, me fué imposible, teniendo que hacer todo el esfuerzo con

el lomo y con las patas, lo cual aminoró todo mi brío. Cuando regresamos, me dijo Jengibre :

—Ahora ya puedes ir sabiendo lo que es esto ; pero aun no es malo del todo, y si no se hace mucho peor, no diré una palabra acerca de ello, pues la casa es buena y estamos bien tratados ; pero si llegan á exagerarlo en demasía, que miren lo que hacen, pues ni puedo tolerarlo ni lo toleraré en manera alguna.

Día tras día fueron acortando puntos, hasta que en vez de esperar con gusto el momento en que me ponían los arneses encima, como me sucedía antes, empecé á tomarles verdadera aversión. Jengibre se manifestaba también intranquila, pero hablaba poco acerca del asunto. Al fin creí que había llegado el límite de lo malo, pues por varios días no hubo más puntos acortados, y me resigné, determinando cumplir con mi deber, aunque era para mí una tortura ; pero pronto me desengañé de que lo peor no había llegado aún.

Un día la señora bajó más tarde que de costumbre, y la seda crujía más que nunca.

—A casa de la duquesa de B...—dijo ; y añadió después de una pausa :—¿no vas á hacer que esos caballos levanten la cabeza nunca, York? Levántasela de una vez, y déjate de más contemplaciones y tonterías.

York vino inmediatamente á mí, mientras el lacayo se puso delante de Jengibre. Levantó mi engallador, y lo sujetó tan tirante que se me hacía casi intolerable ; en seguida se dirigió á Jengibre, que estaba sacudiendo la cabeza de arriba abajo, haciendo sonar el bocado, como acostumbraba hacer ahora. Ella sin duda comprendió de lo que se trataba, y en el momento en que York desprendió del gancho del sillín la correa del engallador para acortarlo, se aprovechó de aquella oportunidad y dió un cabezazo tan repentino, que el sombrero de York salió volando, y sus narices recibieron un severo encuentro, mientras que el lacayo estuvo á punto de medir el suelo. En el acto se le abalanzaron los dos á sujetarle la cabeza, pero ella estaba dispuesta á no dejarse dominar fácilmente, y empezó á recular, á encabritarse y á despedir pares de coces de la manera más desesperada ; en una de aquellas patadas montó sobre la lanza del carruaje y cayó al suelo, después de haberme alcanzado á mí un buen golpe de sus herraduras. No es posible calcular todo el ulterior daño que pudo haber hecho, á no haber sido porque York se le sentó rápidamente y con todo su peso sobre la cabeza, impidiéndole que bregase más, y gritando al mismo tiempo :

— ¡ Desengancha el caballo negro ! Corre á

buscar la llave y destornilla la lanza. Corte uno estas tiraderas, si no las puede soltar.

Uno de los lacayos trajo la llave y otro un cuchillo. Pronto me vi libre de Jengibre y del carruaje, y conducido á mi cuadra. El lacayo que me condujo me dejó tal cual estaba, y corrió á ayudar á York. Yo me hallaba tan excitado que, si hubiera sido capaz de coëear ó encabritarme, lo hubiera hecho entonces ; pero, no estando eso en mis principios, me estuve quieto, disgustado, con fuertes dolores, producidos por las patadas de Jengibre, y con el engallador tan tirante como me lo había puesto York, sin poder verme libre de él. Me sentía tan contrariado, que casi deseaba patear á la primera persona que se me acercase.

Al poco rato, dos mozos de cuadra trajeron á Jengibre, toda golpeada y lastimada. York venía con ellos y dió sus órdenes, después de lo cual se acercó adonde yo estaba. Inmediatamente puso mi cabeza en libertad.

—¡ El diablo confunda á estos engalladores ! —dijo, hablando consigo mismo.—Bien sabía yo que algún día, y pronto, habíamos de tener un contratiempo. El amo se va á poner furioso conmigo ; pero si él, que es su marido, no puede gobernarla, menos puedo hacerlo yo, que soy un criado. Así pues, me lavo las manos, y si esta

tarde se queda sin la fiesta en los jardines de la Duquesa, ella tiene la culpa.

Por supuesto que York no dijo esto de modo que lo pudieran oír los demás, ante quienes siempre hablaba de los amos con el mayor respeto. Me tocó en todas partes, y pronto notó el sitio, sobre el corvejón, donde había sido lastimado por la patada. Estaba hinchado y adolorido. Ordenó que me lo lavasen con agua caliente y que me pusieran sobre aquella parte un paño con cierta loción.

El Conde se molestó efectivamente, cuando se enteró de lo ocurrido. Regañó á York, y éste contestó que en lo sucesivo preferiría recibir órdenes sólo del amo ; pero todo se quedó en nada, pues las cosas continuaron lo mismo que antes. Mi opinión fué que York debió defender mejor á sus caballos, pero tal vez yo no era juez competente.

Jengibre no volvió á ser enganchada en el carruaje, y cuando estuvo bien de sus contusiones, uno de los jóvenes hijos del Conde dijo que la deseaba para sí, pues se prometía hacer de ella un buen animal para las cacerías. En cuanto á mí, fuí obligado á continuar en el carruaje, dándoseme un nuevo compañero llamado Luciente, que estaba acostumbrado á usar siempre

el engallador, y á quien pregunté cómo era que lo podía tolerar.

—¡ Ay ! amigo—me contestó ;—lo tolero porque no me queda otro remedio ; pero está acortando mi vida, como acortará la tuya, si te ves obligado á aguantarlo mucho tiempo.

—¿ Crees tú—le dije,—que nuestros amos conocen lo perjudicial que es para nosotros ?

—No lo puedo decir—me replicó ;—pero los tratantes y los veterinarios lo saben perfectamente. Yo pertenezcía una vez á un tratante, que me estaba enseñando á trabajar en pareja con otro caballo, el cual nos hacía elevar la cabeza un poquito más cada día, según él decía. Un señor le preguntó una vez que por qué hacía eso, á lo cual contestó él : « Porque los parroquianos » no los compran si no lo hacemos. Esta gente » de Londres quiere siempre llevar sus caballos » con las cabezas bien altas, y que levanten las » patas al andar. Por supuesto que es malísimo » para los caballos ; pero bueno para nosotros los » tratantes, pues aquéllos se arruinan pronto, ó » contraen enfermedades, y así podemos vender » otros. »

—Esto—añadió Luciente,—es lo que yo mismo oí ; ahora, juzga lo que te parezca.

Lo que sufrí con aquella rienda, durante cuatro largos meses, en el carruaje de mi ama, no

es para descrito ; pero sí estoy seguro de que, á haber durado algún tiempo más, hubiera acabado con mi salud y con mi genio. Hasta entonces nunca había yo sabido lo que era la espuma en la boca, pero ahora, la acción constante de aquel cortante filete sobre mi lengua y sobre los bordes de mi quijada, más la contraída posición de mi cabeza y cuello, siempre me causaban, más ó menos, aquel efecto. Algunos creen que eso es muy bonito, y que significa brío y espíritu en un caballo ; pero esa espuma es tan completamente contranatural en los caballos, como en los hombres, siendo una señal cierta de mal estar, que no debe ser desatendida. Además, respiraba con dificultad ; cuando regresaba del trabajo, mi garganta y cuello estaban adoloridos, mi lengua y toda la boca, delicadas y sensibles, y me sentía fatigado y abatido.

En mi antigua casa siempre había considerado á Juan y á mi amo como mis amigos ; pero en ésta, aunque en algunos conceptos era bien tratado, no tenía amigo alguno. Estoy seguro de que York comprendía cuánto me aniquilaba aquel engallador ; pero supongo que lo tomaba como cosa que él no podía evitar, y, en resumidas cuentas, nada se hacía por aliviarme de él.

A principios de la primavera, el Conde y parte de su familia se fueron á Londres, llevándo-

se á York. Jengibre, yo y algunos otros caballos quedamos á cargo del mozo de cuadra más antiguo.

La señora Enriquetta, que permaneció en la casa, era una señora inválida, que nunca salía en el carruaje, y la señorita Ana prefería montar á caballo, acompañada de su hermano, ó por alguno de sus primos. Montaba á la perfección, y era tan alegre y gentil como hermosa. Me tomó para su uso, prefiriéndome á todos los demás. Yo gozaba en aquellas excursiones al aire libre, unas veces llevando á mi lado á Jengibre, y otras á Lista. Esta Lista era una viva yegua torda, casi de pura raza, gran favorita de los caballeros, por sus finos movimientos y levantado espíritu ; pero Jengibre, que la conocía mejor que yo, me dijo que le parecía un poco nerviosa.

Estaba parando en la casa un caballero, llamado Valcárcel, que acostumbraba montar siempre á Lista, y la celebraba tanto, que un día la señorita Ana ordenó que la silla en que ella montaba fuese puesta en aquélla, y la otra en mí. Cuando llegamos á la puerta, el caballero pareció muy contrariado.

—¿Qué es eso?—dijo,—¿se ha cansado usted de su Azabache?

—¡ Oh ! no, no hay tal cosa—replicó ella ;—

sino que soy bastante amable para dejar á usted que lo monte una vez, y yo probaré su encantadora Lista. No me negará usted que en cuanto á altura y apariencia, la yegua es más á propósito para una señora que mi querido favorito.

—Voy á permitirme rogar á usted que no la monte—dijo él ;—pues si bien, como usted ha dicho, es un animal encantador, es demasiado nerviosa para una señora. Aseguro á usted que no es completamente de confianza, y permítame, por lo tanto, que haga cambiar otra vez las monturas.

—Querido amigo—contestó la señorita Ana, riendo,—no se intranquilece usted por mí. Soy jinete desde que era una niña, y he corrido liebres infinitas veces, por más que sé que usted no aprueba ese ejercicio en las señoras ; pero es un hecho, y quiero hoy probar esta Lista, que ustedes los hombres celebran tanto ; ayúdeme pues á montar, como buen amigo mío que es.

No se habló más ; Valcárcel la puso cuidadosamente en la silla, reconoció el bocado y la cadenilla barbada, y le entregó las riendas, montando en mí después. Cuando íbamos á ponernos en movimiento, se acercó un lacayo con un papel en la mano, de parte de la señora Enriqueta. La señorita Ana lo leyó en voz alta. Les

suplicaba hiciesen una pregunta al doctor Lasarte, y que trajesen la contestación.

El pueblo estaba como á una milla de distancia, y el doctor vivía al extremo de él. Caminamos á un paso vivo hasta que llegamos á la verja que rodeaba el jardín. De aquélla á la casa había un corto camino cuesta arriba, entre altas matas de siemprevivas. Valcárcel se apeó á la puerta de la verja, y se disponía á abrirla para que pasase la señorita Ana, cuando ella le dijo :

—Esperaré á usted aquí ; ate á la verja la rienda de Azabache.

El la miró, como titubeando, y dijo al fin :

—Antes de cinco minutos estaré de vuelta.

—¡ Oh !, no es preciso que se dé prisa ; Lista y yo no nos escaparemos.

Ató mi rienda á uno de los hierros, y pronto desapareció entre los árboles. Lista estaba tranquila á un lado del camino, á algunos pasos de mí. Mi joven señorita se hallaba sentada descuidadamente, con las riendas sueltas, tarareando una canción. Escuché los pasos de mi jinete, hasta que llegó á la casa, y le oí tocar á la puerta. En la parte opuesta del camino había una pradera cercada, cuyo portillo estaba abierto. De pronto, algunos caballos y potros se acercaron trotando en el mayor desorden, seguidos por un muchacho que chasqueaba un gran látigo. Los

potros eran cerreros y juguetones, y uno de ellos salió de repente al camino y vino á tropezar contra el cuarto trasero de Lista. No sé si debido al súbito encontrón del estúpido potro, ó al ruido del látigo del muchacho, ó á ambas cosas á la vez, es lo cierto que aquélla se asustó, y dando un violento brinco, salió disparada á toda carrera. Fué aquello tan repentino, que cogió á la señorita Ana descuidada y mal sentada en la silla, pero pronto se repuso y afianzó. Di un agudo relincho, como pidiendo auxilio; relinché otra y otra vez, y pateé el suelo con impaciencia, haciendo esfuerzos por soltar mis riendas; pero no tuve que esperar mucho tiempo. El caballero Valcárcel llegó corriendo adonde yo estaba, miró sobresaltado en todas direcciones, y percibió á lo lejos la fugitiva figura de la señorita, muy distante ya de nosotros. En un momento brincó sobre mi silla. No necesité látigo ni espuelas, pues mi ansiedad era tan grande como la de mi jinete, que comprendiéndolo, me aflojó las riendas, inclinó el cuerpo un poco hacia adelante, y volamos en persecución de aquéllos.

En una distancia como de una milla, el camino era recto, torciendo luego hacia la derecha y dividiéndose inmediatamente en dos. Mucho antes de llegar nosotros á la curva los habíamos

perdido de vista. ¿Qué camino habrían tomado? Una mujer estaba parada á la puerta de su huerto, con la mano puesta encima de sus ojos para hacerles sombra, y mirando con ansia hacia el camino. Valcarcel me sujetó ligeramente la rienda y gritó :

—¿Por dónde?

—¡ Por la derecha !—contestó la mujer, señalando con la mano, y en aquella dirección nos lanzamos ; por un momento los divisamos, pero se presentó otra curva que los ocultó de nuevo. Varias veces lográbamos verlos por un instante, y luego desaparecían. Muy poco terreno íbamos ganando, á mi parecer. Encontramos un peón caminero al lado de un montón de piedras, que había dejado caer al suelo su pala y tenía sus manos levantadas. Al aproximarnos á él, hizo señas como de querer hablarnos. Valcárcel me contuvo un poco.

—Hacia el soto, señor, hacia el soto ; por allí van dijo.

Yo conocía perfectamente aquel soto, cuyo terreno era muy desigual en su mayor parte, cubierto de brezos y matorrales ; había también algunos claros cubiertos de fina hierba, con grandes hormigueros y nidos de topos por todas partes ; el peor sitio imaginable para correr un caballo.

Apenas entramos en dicho soto, cuando alcanzamos á ver de nuevo el verde traje de la señorita, que flotaba delante de nosotros. Su sombrero había volado, y sus largas trenzas de cabello obscuro caían sobre su espalda. Su cabeza y cuerpo estaban inclinados hacia atrás, como si fuera tirando de las riendas con todas las fuerzas que le quedaban, y como si esas fuerzas estuvieran próximas á extinguirse. Era indudable que la desigualdad del terreno había acortado mucho la velocidad de Lista, y que había ya alguna probabilidad de que la alcanzásemos. Cuando estábamos en el camino llano, Valcárcel me había dado rienda suelta ; pero ahora, con una mano suavísima, y un ojo experimentado, me guiaba con tal maestría, que apenas tuve que moderar el paso, y decididamente les íbamos ganando terreno.

En el centro del soto habían abierto recientemente una zanja, colocando la tierra á un lado, en altos montones. ¡ Con seguridad se detendrían allí ! Pero no ; haciendo una ligerísima pausa, Lista saltó, mas tropezó en la cúspide del montón de tierra, y cayó. Valcárcel me dijo entonces, todo agitado :

—Ahora, Azabache, veamos cómo te portas—
y me aflojó las riendas.

Me contraje bien, y dando un limpio salto, pasé por encima de la zanja y del terraplén.

Completamente inmóvil entre los brezos, y con la cara contra la tierra, yacía mi pobre señorita. Valcárcel se arrodilló á su lado y la llamó por su nombre ; pero ella no contestó. Le volvió suavemente la cabeza, y pude ver su cara, pálida como la de un cadáver, y con los ojos cerrados.

—¡ Ana ! ¡ mi querida Ana ! ¡ Hábleme usted !

Pero no obtuvo contestación. Le desabrochó el traje, le aflojó el cuello, la pulsó, y se levantó de pronto, mirando ansiosamente á su alrededor en busca de auxilio. A poca distancia había dos hombres cortando hierba, que al ver á Lista correr desatentada y sin jinete, dejaron su trabajo para ir á cogerla.

Las voces de Valcárcel les hicieron pronto acudir adonde estábamos. El más viejo de ellos pareció muy conmovido ante lo que vió, y preguntó qué podía hacer.

—¿ Sabe usted montar ?

—Le diré á usted, señor ; no soy, que digamos, un gran jinete ; pero estoy dispuesto á exponer mis huesos por la señorita Ana, que ha sido un ángel para mi mujer.

—Pues entonces monte usted en ese caballo, corra á casa del doctor, y dígame que venga inmediatamente ; vaya luego á casa del Coude,

diga allí lo que ha visto, y que manden un carruaje con la doncella de la señorita Ana. Aquí estaré yo mientras tanto.

—Muy bien, señor ; haré la diligencia lo mejor que pueda, y quiera Dios que nuestra querida señorita abra los ojos pronto.

Se dirigió al otro hombre, y le dijo :

--Oye, José, corre y trae un poco de agua, y di á mi mujer que venga cuanto antes á ver á la señorita Ana.

Se encaramó como pudo en la silla, y después de un ¡ arre ! y un golpe en mis costados con ambas piernas, emprendió el camino, haciendo un pequeño rodeo para salvar la zanja. No tenía látigo, lo cual parece que le contrarió un poco, pero pronto mi paso resolvió la dificultad, y consideró lo mejor afirmarse en la silla cuanto pudo, y echar una previsora mano á mi crin. Le sacudí todo lo menos posible, pero una ó dos veces, en el terreno desigual, me gritó :

—¡ So ! ¡ más despacio !

En el camino llano fuimos bien ; y desempeñó perfectamente sus encargos. En nuestra casa le ofrecieron un trago ; pero se negó á aceptarlo, diciendo que tenía que regresar inmediatamente, y que se prometía estar otra vez al lado de la señorita Ana, antes que el carruaje, pues iba á ir por un atajo.

Cuando se recibió la noticia en la casa, todo se volvió carreras y confusión. Un mozo me condujo á mi cuadra, me quitó el freno y la silla, y me abrigó con una manta.

Ensilieron á Jengibre, que el joven Jorge, hijo del Conde, montó inmediatamente, y al poco rato oí que el carruaje salía del patio.

Me pareció larguísimo el tiempo que tardó Jengibre en volver y hasta que nos dejaron solos; entonces me contó todo lo que había visto.

—No puedo contarte mucho—me dijo.—Galopamos casi todo el camino, y llegamos al sitio de la ocurrencia en el momento en que llegaba también el doctor. Allí había una mujer; sentada en el suelo, con la cabeza de la señorita sobre su regazo. El doctor le puso alguna cosa en la boca, y todo lo que oí fué: «No está muerta.» Entonces un hombre me condujo á una pequeña distancia aparte. Al cabo de un rato la colocaron en el carruaje, y nos dirigimos todos á casa. Oí que mi amo decía á un caballero que lo detuvo para inquirir, que creía que no había ningún hueso roto, pero que todavía no había hablado.

Dos días después del accidente, el caballero Valcárcel vino á hacerme una visita. Me acarició, é hizo de mí los mayores elogios; dijo al joven Jorge que estaba seguro de que conocí tan

bien como él el peligro que iba corriendo la señorita Ana.

—Aunque yo hubiese querido—añadió,—no hubiera podido sujetarlo. Ella no debe montar jamás otro caballo que éste.

Comprendí por la conversación, que mi joven ama estaba fuera de peligro, y que pronto estaría en disposición de volver á montar. Esta fué una buena noticia para mí, que me hacía confiar en una futura vida feliz.

Cuando el joven Jorge tomó á Jengibre para sus cacerías de liebres, York movió la cabeza, y dijo que para enseñar á un caballo se necesita una mano más firme y segura que la de un jinete inexperto como el joven Jorge.

A Jengibre le gustaba mucho aquella clase de ejercicio, pero algunas veces yo la veía volver extenuada, y la oía toser de cuando en cuando. Era un animal demasiado valiente, para en manera alguna quejarse, pero yo no podía menos de sentir cierta ansiedad por ella.

XIII

PASCUAL BUTRAGO

Preciso es que diga algo acerca de Pascual Buitrago, el hombre que quedó hecho cargo de las caballerizas y cocheras del Conde, durante la ausencia de York en Londres. No era posible encontrar una persona más entendida en el negocio que él, y cuando no estaba bajo la influencia de la bebida, no podía pedirse más en cuanto á lealtad é inteligencia. Era además suave con los caballos, y muy conocedor de ellos, hasta para curarlos en sus enfermedades, pues había vivido dos años con un veterinario. Era un cochero de primera clase, que lo mismo podía gobernar dos parejas, y una tanda, que una pareja sola. Su figura era arrogante, sabía algo de letras y tenía exquisitas maneras. Creo que todo el mundo lo quería, y con seguridad los caballos. Lo único que era de extrañar es que se

hallase ocupando una posición secundaria, y no una plaza de primer cochero, como York ; pero tenía un gran defecto, y este era su afición á la bebida. No era como otros borrachos, que beben constantemente ; solía pasarse semanas, y hasta meses, sin probarlo, pero á lo mejor se desataba, y corría una orgía, según las palabras de York, en que se convertía en una desgracia para sí mismo, el terror de su mujer, y una inconveniencia para todo el que tenía que tratar con él. Era, sin embargo, tan útil, que, dos ó tres veces, York había echado tierra al asunto, evitando que llegara á conocimiento del Conde ; mas una noche que Pascual tuvo que conducir á un baile á varios de la familia, al volver estaba tan borracho, que uno de los caballeros tuvo que subir al pescante y conducir á las señoras á casa. Aquello, por supuesto, no pudo permanecer oculto, y Pascual fué despedido en el acto ; su pobre mujer y pequeños hijos tuvieron que desalojar la bonita casa que ocupaban cerca de la entrada del parque, y guarecerse donde pudieron. El viejo Luciente me contó todo esto, que había sucedido hacía algún tiempo ; pero, poco antes de mi llegada con Jengibre á la casa, Buitrago fué admitido otra vez, gracias á la intercesión de York con el Conde, que tenía muy buen corazón, y á que el hombre prometió formalmente

que nunca más volvería á tomar una gota si quiera, mientras estuviese en la casa. Cumplió tan bien su promesa, que York no titubeó en confiarle su plaza durante su ausencia, pues ningún otro era tan á propósito para el caso.

Nos encontrábamos á principios de abril, y la familia era esperada en todo el mes de mayo. El faetón ligero tenía que ser recompuesto, y necesitando el coronel Valcárcel regresar á su regimiento, se convino que Buitrago le acompañase en él á la estación de ferrocarril más inmediata, dejara allí el carruaje, y regresase á caballo ; al efecto pusieron la montura en el faetón, y yo fuí el elegido para el viaje. Cuando el coronel se despidió de Buitrago en la estación, le dió una moneda y le dijo :

—Cuida á la señorita, Pascual, y no permitas que nadie monte á Azabache ; consévalo en buen estado para ella.

Dejamos el faetón en el taller, y Buitrago me condujo á la posada del León blanco, encargando al mozo que me cuidase bien, y que me tuviera listo para las cuatro de la tarde. En el camino se había desprendido un clavo de una de mis herraduras delanteras, pero el mozo no lo notó hasta que eran cerca de las cuatro. Buitrago no regresó hasta las cinco, y entonces fué para decir que no partiría hasta las seis, pues se

había encontrado con unos antiguos amigos. El mozo le hizo saber lo del clavo, y le preguntó si quería ver lo que era.

—No—contestó Buitrago ;—eso no es nada, cuando lleguemos á casa lo veré.

Hablaba dando voces, y de una manera descompuesta, pareciéndome muy extraño en él, que tan cuidadoso era con respecto á la falta de clavos en nuestras herraduras, y hasta cuando se aflojaban, que no diera importancia á lo que dijo el mozo. No vino á las seis, ni á las siete, ni á las ocho, y cuando, cerca ya de las nueve, se presentó, se me acercó dando gritos y pronunciando palabrotas. Venía, al parecer, de muy mal talante, y ultrajó al mozo, aunque no pude saber por qué.

Cuando salíamos de la posada, el dueño estaba á la puerta, y le dijo :

—Vaya con cuidado, señor Buitrago.

El le contestó de muy mal modo, con un juramento.

Apenas nos hallábamos fuera del pueblo, cuando me puso al galope, y luego al escape, castigándome sin cesar con el látigo, aunque yo iba á toda carrera. La luna no había salido aún, y la noche era oscura. El camino estaba lleno de piedras, por haber sido recompuesto reciente-

mente ; y corriendo yo sobre ellas á aquel paso, mi herradura empezó pronto á aflojarse, y cuando estábamos cerca del portazgo sentí que se desprendió.

Si Buitrago se hubiera hallado en su cabal juicio, habría comprendido en mis movimientos que algo me ocurría ; pero se hallaba demasiado borracho para notar nada.

Pasado el portazgo había un largo trozo de camino en el que las piedras eran tan cortantes, que ningún caballo hubiera podido ser conducido de prisa sin riesgo de lastimarlo. Sobre aquel terreno, con una herradura de menos, me vi obligado á correr cuan veloz podía, recibiendo al mismo tiempo fuertes latigazos de mi jinete, que con gritos é imprecaciones me instigaba á que corriera aún más. Por supuesto, mi pie descalzo sufrió horriblemente ; mi casco se destrozó por completo, y las cortantes piedras me laceraaban la ranilla, produciéndome unos dolores insoportables.

Aquello no podía continuar ; no hay caballo en el mundo que, en semejantes circunstancias pueda correr ; di un traspiés, y caí sobre ambas rodillas. Buitrago voló por encima de mis orejas, y, debido á la velocidad de mi carrera, su caída debió ser violentísima. Me levanté en seguida, y cojeando, me eché fuera del camino, buscando

el sitio que estaba limpio de aquellas piedras. La luna acababa de asomar por encima de las cercas, y á su luz pude ver á Buitrago tendido en el suelo, á pocas varas de mí. Hizo un ligero esfuerzo para levantarse, pero volvió á caer desplomado, dando un profundo gemido. Yo también debería gemir, pues mis dolores eran intensos, tanto en el casco como en las rodillas; pero los caballos acostumbramos sufrir nuestras penas en silencio. Me estuve quieto, sin hacer el más pequeño ruido, y escuchando. Oí un más profundo gemido de Buitrago; pero, aunque la luna brillaba espléndidamente, y yo podía verlo bien, no observé que hiciera el más ligero movimiento. Nada podía yo hacer por él ni por mí. Escuché con ansiedad por si oía algún ruido de herraduras, de ruedas, ó de pasos, pero, nada. Aquel camino era poco frecuentado, y á semejante hora de la noche era probable que en mucho tiempo no recibiera auxilio alguno. Era una tranquila y apacible noche de abril, y reinaba una calma profunda, interrumpida sólo, de cuando en cuando, por algunas notas bajas de un ruiseñor, y por el ruido de las alas de alguna lechuza que cruzaba rápidamente por encima de la cerca. Pensé en mis noches de verano de otros tiempos, cuando reposaba tranquilo al lado de

mi madre, en la verde y querida pradera de la granja de mi amo el señor Grey.

Debía ser ya cerca de media noche cuando oí á gran distancia el ruido de las herraduras de un caballo. Se apagaba algunas veces, y volvía á oirse más claro de nuevo, y más cerca. El camino que conducía á casa cruzaba á través de terrenos que pertenecían al Conde, y el ruido sonaba en aquella dirección, lo que me hizo abrigar esperanzas de que alguien venía en nuestra busca. Cuando se oyó más claro y más cercano, estuve casi seguro de conocer los pasos de Jengibre ; se aproximó un poco más y conocí que venía enganchada en el *dog-cart*. Relinché fuerte, y fué inmenso mi placer al oír que era contestado por otro relincho de Jengibre y por voces de hombres. Se aproximaron despacio por sobre las piedras, y se detuvieron ante el obscuro bulto que yacía en el suelo. Uno de los hombres saltó del carruaje y se inclinó para reconocerlo.

—¡ Es Pascual !—dijo,—¡ y no se mueve !

El otro se apeó también, y se inclinó igualmente.

—¡ Está muerto !—exclamó ;—¡ mira qué frías tiene las manos !

Lo levantaron y se convencieron de que estaba muerto efectivamente, con todo el cabello empapado en sangre. Lo volvieron á poner en el

suelo, y vinieron adonde yo estaba. Pronto vieron el estado de mis rodillas.

—¡ Cómo ! ¡ el caballo ha caído y lo ha despedido ! ¿ Quién había de creer eso en Azabache ? Y el hecho debe haber ocurrido hace horas. ¡ Es también extraño que el caballo no se haya movido de aquí !

Guillermo, uno de los criados, intentó hacerme andar ; di un paso, y casi volví á caer.

—¡ Calle ! no es sólo lo de las rodillas ; tiene el casco hecho pedazos ; ¡ no es extraño que el pobre animal se haya caído ! Lo que te digo, Nicolás, es que se me figura que la conducta de Pascual no está clara. Conducir un caballo con una herradura de menos, por un camino tan lleno de piedras... si Pascual hubiera estado en su cabal juicio, creería yo eso lo mismo que si me dijeran que lo había llevado por encima de la luna. Esto debe haber sido la repetición de la historia de otros tiempos. ¡ Pobre Susana ! Estaba muy pálida cuando vino esta tarde á preguntarme si había regresado Pascual, y me suplicó que fuera á buscarlo. ¿ Y qué haremos ahora ? Tenemos que llevar á casa el cadáver y el caballo, lo cual no deja de ofrecer dificultad.

Discutieron el asunto, hasta que por fin acordaron que Guillermo me condujese á mí, y que Nicolás se hiciera cargo de conducir el cadáver

en el carruaje. Les costó trabajo ponerlo allí, pues temían que Jengibre no se estuviese quieta, y no había quien la sujetase, pero ella, que comprendió tan bien como yo lo que sucedía, se estuvo inmóvil como una piedra, cosa que me sorprendió, pues tenía el defecto de ser muy impaciente cuando estaba parada. Nicolás salió andando muy despacio con su triste carga, y Guillermo vino á reconocer mi casco otra vez; sacó su pañuelo, lo lió fuertemente á él, y de este modo emprendimos el camino para casa. Nunca olvidaré aquel trayecto, que era de más de tres millas. Guillermo me conducía con el mayor cuidado, y yo, cojeando, y con la mayor dificultad, pues los dolores que sentía eran intensos, caminé, animado por sus halagos y palabras de cariño, con que me demostraba lo que lo afligían mis sufrimientos.

Llegué por fin á mi pesebre, donde comí un poco de maíz. El mismo Guillermo me envolvió las rodillas en unos paños húmedos, me puso en el casco una cataplasma de salvado para llamar afuera el calor y conservarlo limpio, mientras venía el veterinario por la mañana, y con eso me acosté sobre la paja, logrando conciliar el sueño, á pesar de los dolores.

Al día siguiente, el veterinario, después de

reconocer mis heridas, dijo que creía que no había lesión en la coyuntura, y que por lo tanto esperaba que no sería inutilizado para el trabajo, aunque conservaría siempre las cicatrices en las rodillas. Hicieron cuanto estuvo en su poder para practicar una buena cura, que fué larga y dolorosa. Se formó lo que ellos llamaron carne muerta, que me quemaron con cáusticos, y cuando todo estuvo cicatrizado, me aplicaron un unguento en ambas rodillas, para procurar hacer crecer el pelo otra vez.

Como la muerte de Buitrago había sido repentina, y nadie la había presenciado, se practicó una averiguación judicial. El dueño y los mozos de la posada del León blanco, y algunos otros individuos, declararon que aquél estaba borracho cuando salió de allí; el guarda del portazgo dijo que nos había visto cruzar á todo escape, y á Pascual arreándome con el látigo; y unido á todo esto el haber hallado mi herradura entre las piedras, fué suficiente para evidenciar lo ocurrido, quedando yo libre de toda culpa.

Todo el mundo compadecía á Susana, que estaba casi trastornada, repitiendo sin cesar:

—¡ Oh! ¡ era muy bueno!... Esa maldita bebida es la causa de todo. ¿ Por qué no prohibirán su venta? : Oh, Pascual, Pascual!

Así estuvo hasta que lo enterraron, y después no teniendo bienes, ni parientes, y viéndose obligada á abandonar, con sus seis pequeños hijos, la linda casita bajo los nogales, fué á parar á un triste asilo de caridad.

XIV

ARRUINADO Y CUESTA ABAJO

Tan pronto como se cicatrizaron bien mis heridas, me llevaron á pasar una temporada en un pequeño potrero, donde no había ningún otro animal, y donde, á pesar de gozar de completa libertad y abundante y dulce hierba, como estaba acostumbrado á la sociedad de mis compañeros, me encontraba sumamente solo. Jengibre y yo habíamos llegado á hacernos íntimos amigos, y echaba mucho de menos su compañía. Relinchaba cuando oía pisadas de caballos en el camino inmediato, pero rara vez recibía contestación. Una mañana se abrió el portillo, y cuál no sería mi sorpresa al ver entrar á mi querida Jengibre. El mozo que la conducía le quitó la cabezada y la dejó allí. Dando un relincho de alegría, corrí á su encuentro ; los dos nos manifestamos igualmente contentos de vernos, y pronto

comprendí que no había sido por complacernos por lo que la habían enviado á hacerme compañía. Muchas cosas me dijo acerca de lo que habían hecho con ella ; pero el fin de todo fué que la arruinaron á fuerza de trabajo, y que la enviaban para ver si con un largo descanso podía reponerse.

Jorge, el hijo del Conde, era joven, y no oía consejos ; duro para la silla, aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban de ir de cacería, y era sumamente descuidado para el caballo que montaba. Poco después de haber venido yo al potrero, hubo unas notables carreras y determinó correr en ellas con Jengibre. Aunque el mozo que la cuidaba le dijo que estaba un poco extenuada, y en manera alguna en disposición de correr, él no hizo caso, y Jengibre tuvo que competir con caballos famosos. El resultado fué que con el levantado espíritu que la distinguía, se esforzó hasta el mayor extremo, y si bien fué uno de los tres primeros, sus pulmones y su lomo se resintieron.

—Y así—continuó ella,—aquí nos vemos los dos, arruinados en lo mejor de nuestra edad y de nuestra pujanza, tú por causa de un borracho, y yo por las imprudencias de un tonto, lo cual es bien duro para nosotros.

Sentíamos en nuestro interior que ya no éra-

mos lo que habíamos sido. Sin embargo, aquello no aminoró el placer de vernos uno al lado del otro ; no galopábamos juntos, como otras veces, pero pacíamos y nos acostábamos, ó permanecíamos horas enteras, bajo la sombra de los limoneros, con nuestras cabezas unidas ; y así transcurrió el tiempo hasta que la familia regresó de Londres.

Un día vimos entrar al Conde en el potrero, acompañado de York. Reconociéndolos en seguida, nos estuvimos quietos bajo un árbol, esperando que se nos acercasen. Nos examinaron minuciosamente, y el Conde pareció muy disgustado.

—He aquí mil y quinientos duros arrojados al viento, y que nadie ha de aprovechar—dijo ;—y lo que más siento es que son los dos caballos que mi antiguo amigo me vendió en la creencia de que en mi casa iban á estar tan bien como en la suya, y mira qué pronto han sido destruidos. A la yegua le daremos un año de descanso, y veremos el efecto que le produce ; pero en cuanto á Azabache, es preciso venderlo, por más que lo siento mucho, pues en mis caballerizas no puede haber un animal con las rodillas en el estado que éste las tiene.

—Es cierto, señor—contestó York ;—pero podemos hallar para él un comprador que no se

cuide mucho de la apariencia, y en cuyo poder sea bien tratado. Yo conozco un hombre en Los Barrios, dueño de un establecimiento de coches de alquiler, que con frecuencia necesita caballos buenos y de precio bajo, y que me consta los cuida bien. Las averiguaciones hechas á la muerte de Buitrago, disiparon toda duda acerca de las condiciones de este animal, y la recomendación del señor y la mía serán garantía suficiente para el comprador.

—Escríbele, pues, York. Doy más importancia al lugar adonde vaya á parar, que al dinero que pueda recibir por su venta.

Después de esto, se fueron.

—Pronto te sacarán de aquí—dijo Jengibre, cuando nos quedamos solos,—y yo perderé el único amigo que tengo, siendo lo probable que nunca nos volvamos á ver. ¡Este mundo es cruel!

Una semana después de esto, vino Guillermo, me puso una cabezada que al efecto traía, y me llevó consigo, sin darme tiempo siquiera para despedirme de Jengibre. Relinchamos ambos, cuando yo iba saliendo, y ella corrió ansiosa al costado de la cerca, llamándome mientras pudo oír el sonido de mis pisadas.

El dueño del establecimiento de carruajes de alquiler atendió la recomendación de York, y

me compró. Tenían que enviarme por el ferrocarril, cosa nueva para mí, y que requería una buena dosis de valor la primera vez ; pero cuando me desengañé de que los resoplidos, encuentros y silbidos del tren, y más que nada la trepidación de la jaula en que me colocaron, no me hacían ningún daño, lo tomé con resignación.

Al llegar á mi destino me encontré en una cuadra bastante buena, aunque no era tan agradable y ventilada como las que yo estaba acostumbrado á ocupar. El piso estaba en declive, en vez de ser plano, y como me amarraban corto el ronzal y mi cabeza tenía que estar pegada al pesebre, me veía obligado á permanecer siempre en pie, lo que era sumamente incómodo. El hombre parece que no quiere comprender que, si el caballo goza de alguna libertad en la cuadra y puede moverse en todas direcciones, se halla mejor dispuesto para el trabajo. Sin embargo, el alimento era bueno, la limpieza excelente, y todo me hacía ver que mi nuevo amo cuidaba sus caballos lo mejor que podía. Tenía muchos carruajes de todas clases para alquiler. Unas veces me guiaban sus cocheros, y otras, el señor ó señora que los alquilaba era el que lo hacía por sí mismo.

XV

EL CABALLO DE ALQUILER Y EL DE CAMPO

Hasta entonces había sido conducido por gente que al menos sabía cómo se guía un caballo ; pero en aquella nueva casa iba á probar todas las diferentes clases de cocheros malos é ignorantes, que los caballos tienen que tolerar, pues iba á tener que ser conducido por todo el que se presentase á alquilarme ; y como era manso y de buen carácter, con frecuencia era alquilado á los ignorantes, mejor que algunos de mis compañeros, porque podían confiar más en mí. Sería interminable contar los diferentes estilos que usaban en mi conducción, pero mencionaré algunos de ellos.

En primer lugar, había lo que se llama *cocheros de rienda tirante*, gente que cree que toda la cuestión está en tirar de las riendas con todas sus fuerzas, sin aflojar un momento la presión

sobre la boca del caballo, ni dejarle la más pequeña libertad de acción. Están siempre hablando de «llevar el caballo en la mano,» y «sostener el caballo», como si el caballo no estuviera hecho de manera que pueda sostenerse á sí mismo. No diré que algunos caballos completamente destruidos, y con la boca dura é insensible, precisamente puesta así por cocheros de esta clase, dejen de hallar cierto apoyo en aquello ; pero el que puede contar aún con sus piernas, y cuya boca sea suave, pudiendo por lo tanto ser guiado con facilidad, el sistema es, no sólo atormentador, sino estúpido.

Viene luego la clase de los *cocheros de rienda floja*, que dejan la rienda descansar suelta sobre el lomo del caballo, y ellos llevan las manos descansando perezosamente sobre las rodillas. Por de contado que dichos caballeros, si algún accidente repentino ocurre, carecen de todo dominio sobre el caballo, y si uno de éstos se espanta, ó arranca de pronto, ó tropieza, allí no hay cocherero ni cosa que lo valga, que pueda ayudar al caballo y á sí mismo, hasta que la catástrofe está consumada. Yo, afortunadamente, no me preocupaba con esto, pues ni acostumbraba arrancar á correr, ni tropezar, y sólo contaba con el cocherero para que me guiase y animase ; pero, á pesar de todo, á uno le gusta sentir un poco la

presión de las riendas en las cuestras abajo, y saber que su conductor no va dormido.

Además, un descuidado modo de guiar engendra malos, y con frecuencia perezosos hábitos en el caballo, de que, al cambiar de mano, tiene que curarse, con más ó menos penas y disgustos. El caballero Gordon nos conducía siempre de la manera más acertada, y al paso más conveniente. Decía que educar mal un caballo, ó hacerle contraer malos hábitos, era lo mismo que educar mal á un niño, y que ambos tenían que sufrir por ello después. Los que alquilan coches para guiarlos ellos mismos, son, por lo general, descuidados, y se ocupan de todo menos del caballo. Un día me tocó en suerte uno de éstos, que me llevó enganchado en un factón, y á quien acompañaban una señora y dos niños. Empezó por sacudirme las riendas sobre el lomo á la salida, y darme, por supuesto, varios latigazos, aunque yo iba marchando convenientemente. El camino que tomamos había sido recién compuesto, y en algunos trozos se hallaban las piedras sin apisonar. Mi conductor iba riendo con la señora y los niños, y charlando muchísimo, sin ocuparse de echar una mirada á su caballo, ni de procurar buscar las partes más suaves del camino ; con lo que, como era natural, sucedió que una piedra se me introdujo en un casco.

Si el señor Gordon, ó Juan, ó, en una palabra, cualquiera buen cochero, fuese el que me guiase, inmediatamente hubiera notado que alguna molestia me aquejaba ; y aun cuando hubiese sido de noche, una mano práctica se habría apercibido por las riendas, de que mi paso indicaba algo fuera de orden, y apeándose y reconociéndome habría hallado y extraído la piedra ; pero mi hombre continuó su risa y su charla, dando lugar á que la piedra, á cada paso que yo daba, se fuera afirmando más y más entre ambos lados del casco, y bajo la ranilla. Era aguda en el interior y redonda en el exterior, ó sea, como todo el mundo sabe, de las más peligrosas que un caballo puede coger, pues al mismo tiempo que le corta interiormente, le expone á resbalar y caer, con la mayor facilidad.

No puedo asegurar si el hombre era algo ciego, ó extremadamente descuidado ; pero es lo cierto que me llevó con aquella piedra por más de media milla, antes de apercibirse de nada. A esta altura, los dolores me hicieron cojear tanto, que se apercibió de ello al fin, y dijo, de muy mal talante :

— ¡ Esta sí que es buena ! Nos han dado un caballo cojo. ¡ Valiente vergüenza !

Sacudió las riendas, y me tendió el látigo, añadiendo :

—Déjese usted de querer hacerse el gracioso conmigo ; la jornada hay que andarla, ya se haga usted el cojo ó el maula.

En aquel momento pasó por nuestro lado un labrador de muy buen aspecto, montado en un hermoso caballo obscuro ; se detuvo de pronto, llevó la mano á su sombrero, y dijo :

—Perdone usted, señor, pero se me figura que á su caballo le pasa algo ; su modo de andar es como si tuviera una piedra introducida en el casco. Si usted me lo permite voy á reconocerlo. Estas piedras sueltas, que el diablo se lleve, son peligrosísimas para los caballos.

—Es alquilado—dijo mi conductor. — Yo no sé qué es lo que le pasa, pero sí considero una gran vergüenza que nos hayan dado un caballo cojo.

El labrador se desmontó, y echando sobre su hombro las riendas del suyo, me levantó la pata de que cojeaba.

—Aquí está la piedra, señor mío ; ya me figuré yo que de eso provenía la cojera.

Procuró primero desalojarla con los dedos, pero estaba demasiado apretada y no le fué posible, por lo que sacando de su bolsillo el instrumento que todo inteligente en caballos lleva

siempre á prevención, y que se llama «sacapiedras,» con el mayor cuidado, y con gran trabajo, logró extraerla, y levantándola en sus dedos y enseñándosela á mi hombre, dijo :

—Aquí tiene usted la piedra que su caballo cogió, y lo extraño es que no se haya caído, y roto las rodillas.

—¿De veras?—dijo mi conductor.—Confieso á usted que es cosa graciosa, y que ignoraba completamente que los caballos cogiesen piedras, hasta ahora que lo he visto.

—¿Es posible?—dijo el labrador, con cierto aire de desprecio ;—pues ya lo sabe usted, y el mejor no se halla libre de ello, sobre todo cuando el camino está como éste. Sí no quiere usted que su caballo se encoje, es preciso que tenga cuidado, extrayéndolas en seguida. Se ha lastimado bastante—añadió acariciándome. — Será conveniente que lo lleve usted despacio durante un rato, pues el casco está sensible, y la cojera no desaparecerá inmediatamente.

Montó en su caballo, se quitó el sombrero para saludar á la señora, y siguió su camino al trote.

Cuando desapareció, mi hombre sacudió las riendas, como de costumbre, y dejó caer el látigo sobre el arnés, con lo que comprendí que era preciso continuar, y así lo hice, contento de

verme libre de la piedra, aunque con grandes dolores todavía.

Esta es una de las aventuras con que frecuentemente tropiezan los pobres caballos de alquiler.

Hay otro estilo de guiar, que puede llamarse *de máquina de vapor*; los conductores son, en su mayor parte, de las ciudades, que nunca han tenido un caballo de su propiedad, y que generalmente viajan en ferrocarril.

Estos parece que creen que un caballo es una cosa así como la locomotora de un ferrocarril, solamente que más pequeña. Sea como quiera, ellos se figuran que sólo porque pagan su dinero, un caballo está obligado á ir tan lejos, tan aprisa, y tan cargado, como tengan por conveniente. Que el camino esté pesado y fangoso, ó seco y en buen estado; que sea pedregoso ó suave, cuesta arriba ó cuesta abajo, para ellos es lo mismo; adelante con el caballo, siempre al mismo paso, y sin descanso, respiro, ni consideración de ningún género. Por supuesto, jamás se ocupan de apearse en una cuesta demasiado pendiente, ni cosa que se le parezca. Han pagado para ir en coche, y en coche han de ir. ¿El caballo? ¡ Oh! está acostumbrado á ello. ¿Para qué ha nacido sino para arrastrar al hombre en las cuestas arriba? Látigo en él, y tirones de la rien-

da, y, con frecuencia, malas palabras, con voces de «¡ arriba, tunante, perezoso !» y allá va otro latigazo, cuando tal vez estamos haciendo todo cuanto podemos, sumisos, obedientes, y sin pronunciar una queja, aunque nos hallemos extenuados, adoloridos, y con el corazón deshecho de pena al vernos tan mal tratados.

Este estilo de máquina de vapor nos fatiga más que cualquiera otro. Yo preferiría andar veinte millas con un cochero considerado, más bien que diez con uno de éstos ; pues, con seguridad, me cansaría menos.

Además, rara vez se ocupan de poner la retranca, por pendiente que sea una cuesta abajo, lo cual suele ser causa de accidentes ; y si la ponen, por lo regular se olvidan de aflojarla al llegar al término de la cuesta, sucediendo algunas veces, que hemos andado la mitad de la inmediata cuesta arriba, con una de las ruedas de aquel modo, antes de que el conductor se dé cuenta de ello, lo que es terrible para el caballo.

Estos majaderos, en vez de arrancar á un paso moderado, como toda persona inteligente hace, por lo general nos ponen al galope desde las mismas puertas del establo, y cuando se les antoja pararnos, por el pronto nos dan un latigazo, y luego se cuelgan de las riendas hasta ca-

si rompernos las quijadas y hacernos sentar sobre los corvejones, á lo cual llaman *hacer una parada en seco* ; y cuando tienen que volver una esquina, lo hacen sin tener para nada en cuenta cuál es su derecha y cuál su izquierda. Recuerdo una tarde en que Gorrión y yo regresábamos á casa después de haber estado en una excursión de todo el día. Este Gorrión era un caballo con quien casi siempre me enganchaban cuando algún parroquiano pedía una pareja, y era, por cierto, un excelente compañero. Nos guiaba un cochero de la casa, y habíamos pasado un buen día. Regresábamos, como he dicho, á un trote franco, y cerca del anochecer. El camino torcía de repente á la derecha ; pero como íbamos muy arrimados á la orilla, y en el sitio que nos correspondía, habiendo además abundante espacio para pasar, el cochero no se ocupó de contenernos. Cuando estábamos cerca de la vuelta, oí que un caballo y un carruaje de dos ruedas venía rápidamente hacia nosotros por la cuesta abajo. El camino tenía una cerca y no pude ver nada hasta que dicho carruaje estaba encima de nosotros. Afortunadamente, yo iba enganchado en el lado de la derecha, pero el pobre Gorrión recibió todo el choque del otro coche, cuyo conductor venía derecho á tomar la esquina de la vuelta, y cuando llegó á vernos no tuvo ya tiem-

po para tomar el lugar que debía. La punta de una de las lanzas del tílburí se introdujo en el pecho de Gorrión, haciéndole tambalearse y dar un grito que nunca podré olvidar. El otro caballo cayó sentado, y con su peso rompió la otra lanza. Resultó que tílburí y caballo eran de nuestro propio establo, y el conductor uno de esos jóvenes inexpertos é ignorantes, que no saben siquiera cuál es el lugar que deben tomar en un camino, ó, si lo saben, no se ocupan de ello. Allí estaba el pobre Gorrión, con una grande herida, de la que manaba la sangre, y oí decir que si la punta de la lanza hubiese entrado un poco más en el centro del pecho lo hubiera matado en el acto ; tal vez eso habría sido mejor para el pobre animal, pues sufrió mucho, tardó largo tiempo en curarse, y al fin fué vendido para acarrear carbón, trabajo que sólo un caballo sabe lo duro que es.

Desde que se inutilizó Gorrión, solían engancharme en pareja con una yegua llamada Rebecca, que tenía su cuadra inmediata á la mía. Era un animal fuerte y bien formado, de un hermoso color retinto, y abundante crín y cola. No era de casta, pero sí muy bonita, de carácter sumamente dulce, y voluntaria para el trabajo. En su mirada, sin embargo, veía yo algo que me indicaba que alguna pena le aquejaba. La primera

vez que salimos juntos, noté que su paso era sumamente extraño ; trotaba un poco, daba á lo mejor un pequeño galope, y de cuando en cuando, un ligero salto hacia adelante.

Para cualquier caballo tenía que ser desagradable trabajar con ella, y á mí me puso nervioso. Cuando llegamos á casa le pregunté por qué andaba de aquel modo.

—¡ Ay! amigo—me contestó, afligida ;—bien conozco que mi paso es malo, pero no está en mi mano el remediarlo. La culpa es de mis piernas, que son demasiado cortas. Soy casi tan alta como tú, y sin embargo, las tuyas, de la rodilla para arriba son lo menos tres pulgadas más largas que las mías, lo que te permite dar el paso mucho más largo y adelantar, por consiguiente, más que yo. Este defecto me ha ocasionado muchos disgustos, pues como tú sabes, los que nos guían gustan, por lo regular, de ir de prisa, y si un caballo no puede seguir el paso de su compañero, el látigo está siempre encima de él. Tratando de evitar eso, es por lo que yo hago ese feo paso trancado. No siempre ha sido así ; pues cuando vivía con mi primer amo, me llevaba constantemente á un trote regular, sin apurarme jamás. Era un excelente amo, clérigo en el campo, que tenía á su cargo dos iglesias, lo que le hacía trabajar mucho, pero nunca me regaña-

ba ni me castigaba con el látigo, porque no fue-se más de prisa. Me quería mucho, y mi mayor gusto sería estar aún en su poder ; pero lo trasladaron á una gran ciudad, y me vendió á un labrador. Tú debes saber que algunos labradores son excelentes amos, pero el que me compró era todo lo contrario. Para él no tenía importancia un buen caballo ó un buen estilo de gobernarlo ; lo que quería era ir siempre corriendo. Yo corría cuanto podía, pero esto no me libraba de tener constantemente el látigo encima, y entonces contraje este vicio de saltar hacia adelante, para librarme del castigo. Las noches de mercado acostumbraba estar hasta muy tarde en la posada, y entonces el regreso á casa era á todo galope.

Una noche oscura me llevaba á la carrera, como de costumbre, cuando de pronto, una de las ruedas tropezó contra una gran piedra que había atravesada en el camino, y volcando el tñlburi, el hombre fué despedido á varios pasos de distancia, rompiéndose un brazo y varias costillas, según creo. Aquello fué el fin de mi permanencia en su poder, lo cual no sentí lo más mínimo ; aunque comprenderás que en todas partes me irá lo mismo, si los que me gufen quieren que vaya de prisa. Cualquier cosa diera yo por tener las piernas más largas.

¡Pobre Rebeca! Me afigió lo que me dijo, y no pude consolarla, porque yo sabía cuán duro es para un caballo de paso corto verse enganchado con otro que lo tenga largo; todos los latigazos son para él, sin que le sea posible remediarlo.

La enganchaban con frecuencia, sola en el faetón, y agradaba sobre todo á las señoras, porque era sumamente mansa. Algún tiempo después fué vendida á dos de aquéllas, que guiaban por sí mismas, y que deseaban un caballo bueno y seguro.

La encontré varias veces en los caminos, yendo á un paso tranquilo, y me pareció tan contenta y satisfecha como un caballo puede estarlo. Me alegré mucho de ello, pues merecía un buen amo.

Después que se separó de nosotros, vino en su lugar un caballo joven, con una mala reputación de asustadizo, y de dar huídas, lo que le valió perder una buena casa. Yo le pregunté que por qué tenía aquel vicio.

—No lo sé—me contestó.—Cuando joven era tímido, y me asustaba por cualquier cosa. Si veía un objeto extraño, me volvía y lo miraba; pero tú sabes que con estas anteojeras que nos ponen, no es posible reconocer nada, sin volverse en redondo, y esto me ha valido muchos

latigazos de mi amo, que me enseñaron á dar huídas, sin quitarme el miedo. Yo creo que si me hubiese permitido ver los objetos tranquilamente, y convencerme de que ningún daño me iban á causar, me hubiera acostumbrado á no asustarme. Recuerdo que un día, un señor de edad lo acompañaba en el tílburí, y un pedazo de papel ó trapo voló precisamente por mi lado ; di un salto y una arrancada ; mi amo, como de costumbre me castigó con dureza, y el otro señor le dijo : «No, amigo mío ; eso no es justo ; nunca debe usted castigar á un caballo cuando se espante ; si da la huída es porque está asustado, y usted lo asusta más y hace su vicio peor.» Supongo por aquello que oí, que no todos los hombres hacen lo mismo. Puedo asegurarte que no doy las huídas por gusto, y que nunca me asusta nada que conozca, ó que pueda reconocer. Yo fuí criado en un parque donde había venados, y me son, por lo tanto, tan conocidos como los carneros y las vacas ; pero como no es un animal común, sé de muchos caballos que se asustan de tal manera al verlos, que no hay quien los haga pasar por donde hay uno de ellos.

Comprendí que lo que decía mi compañero era la pura verdad, y mi gusto sería que todo caballo joven tuviese un amo tan bueno como el señor Grey, ó el caballero Gordon.

Por de contado que algunas veces nos cabía en suerte algún buen conductor. Recuerdo que una mañana me engancharon en el tílburí y me llevaron á una casa del pueblo. Salieron dos señores, uno de los cuales vino á mí, me dió una palmada en el cuello, reconoció el bocado y la brida, y hasta metió la mano bajo mi collera para ver si se amoldaba bien á mi cuello.

—¿Cree usted que este caballo necesita cadenilla barbada?—preguntó al mozo que me condujo.

—Le diré á usted—contestó el hombre,—creo que para nada la necesita, pues tiene una boca suave como la seda, y aunque no le faltan bríos, no tiene vicio alguno; pero á los parroquianos, por lo general, les gusta que se la pongamos á todos los caballos.

—Pues yo no soy de esa opinión—dijo el caballero,—y así, hágame el favor de quitársela, y poner la rienda en la primera anilla. Llevar la boca fresca y cómoda es lo principal en una jornada larga, ¿no es así, amigo?—añadió, acariciándome.

Montaron ambos, y él tomó las riendas. Recuerdo bien cuán tranquilamente me volvió, y con un ligero toque de riendas, y dejando caer suavemente el látigo sobre mi lomo, emprendimos la marcha.

Yo arqueé el cuello, y salí á mi mejor paso. Conocí que llevaba detrás de mí quien sabía cómo debe conducirse un buen caballo. Recordé mis antiguos tiempos y me sentí completamente satisfecho, y hasta alegre.

Aquel caballero me tomó gran cariño, y después de probarme varias veces con la silla, influyó con mi amo para que me vendiese á un amigo suyo, que necesitaba un caballo de confianza y cómodo, para montar. De este modo vino á resultar que aquel verano fui vendido al señor Barnuevo.

XVI

UN LADRÓN

Mi nuevo amo era un hombre soltero. Vivía en una gran ciudad, y tenía muchos negocios. Su médico le aconsejó que hiciera ejercicio á caballo, y al efecto me compró. Alquiló una cuadra, á corta distancia de su habitación, y tomó un criado llamado Sarmiento, para que me cuidase. Mi amo entendía muy poco de caballos, pero me trataba muy bien, y hubiera sido excelente para mí aquella casa, á no ser por circunstancias que él ignoraba completamente. Ordenó que se me diese el mejor heno, y abundante avena, habas partidas, afrecho, paja de centeno, y, en una palabra, todo lo que el mozo considerase necesario. Le oí dar la orden, y por consiguiente me satisfice de que iba á tener pienso abundante y bueno, y que lo iba á pasar bien.

Por unos cuantos días todo fué perfectamen-

te. Comprendí que el mozo sabía su obligación ; conservaba la cuadra limpia y ventilada, y me cuidaba á la perfección, siendo además muy bondadoso conmigo. Había sido antes mozo de caballos en una gran posada, posición que dejó para dedicarse á cultivar por su cuenta una huerta, vendiendo en el mercado las legumbres y las frutas, mientras que su mujer criaba y engordaba aves de corral y conejos, para la venta. Pasado un poco de tiempo, noté que el pienso de grano se acortaba ; me daba las habas, mezcladas con afrecho, pero muy poca avena, tal vez menos de la cuarta parte de la que debiera darme. A la segunda ó tercera semana, esto empezó á influir en mi vigor y en mi ánimo. El heno, la paja y el salvado, aunque muy agradables, no eran por sí solos alimento bastante para mantener mi condición ; pero no podía quejarme ó hacer conocer mis necesidades. Así pasaron dos meses, maravillándome de cómo mi amo no se apercebía de que algo me pasaba. Una tarde, en uno de sus paseos, fué conmigo á casa de un amigo suyo, labrador acomodado, que vivía en una granja. Aquel caballero tenía un ojo inteligente para los caballos, y tan luego como saludó á mi amo, dijo, mirándome de arriba abajo :

—Me parece, señor Barnuevo, que su caba-

llo no luce como cuando lo compró usted ; ¿ha estado enfermo ?

—No, señor—contestó mi amo ;—pero, realmente, noto que no está tan alegre ; mi criado dice que todos los caballos se ponen pesados y débiles en el otoño, y que no debo extrañarlo.

—Qué otoño, ni qué narices—replicó el amigo ;—en primer lugar, estamos todavía en agosto ; y además con el poco trabajo que tiene, y buen alimento, no debiera decaer así, aunque fuese en el otoño. ¿Qué le da usted de comer ?

Mi amo se lo dijo, y el otro movió lentamente la cabeza, y empezó á pasarme la mano por todas partes.

—Yo no podré decir á usted quién se come el pienso, amigo mío ; pero, mucho me engaño si es su caballo. ¿Ha venido usted muy aprisa ?

—No ; todo lo contrario.

—Pues toque usted aquí — dijo, pasando la mano por mi cuello y pechos ;—está tan caliente y sudado, como un caballo acabado de llegar del verde. Si quiere usted oír mi consejo, inspeccione un poco más su cuadra. No me gusta nunca pensar mal, y, afortunadamente, en mi casa no tengo motivo para ello, pues puedo confiar en mis criados, esté yo presente ó ausente ; pero hay pícaros, bastante malvados para ser ca-

paces de robar el alimento á un pobre animal que no puede quejarse.—Y volviéndose á un criado que había venido para sujetarme, añadió :— Dé usted á este animal un buen pienso de avena, sin escaseárselo.

Tenía razón aquel señor ; si yo hubiera podido hablar, habría dicho á mi amo adonde iba á parar mi comida. Sarmiento acostumbraba venir todas las mañanas á las seis, y con él un muchachito que siempre traía consigo una cesta cubierta. El muchacho entraba con su padre en el cuarto de los arneses, donde estaba el cajón del pienso, y cuando dejaban la puerta entreabierta, yo podía verlos llenar un saquito con avena, y en seguida se retiraba.

Cinco ó seis días después de la escena en casa del labrador, vi que una mañana, apenas el muchachito había salido de la caballeriza, se abrió de nuevo la puerta y entró un policía conduciéndolo cogido de un brazo ; venía detrás otro policía, que cerrando la puerta por dentro, dijo :

—Enséñame el sitio donde tu padre guarda el grano para sus conejos.

El muchacho parecía estar muy asustado, y empezó á llorar ; pero no había escapatoria, y tomó el camino hacia donde estaba el arcón del pienso. Allí encontró el policía otro saquito va-

cío, igual al que se hallaba lleno de avena en el cesto del muchacho.

Sarmiento me estaba limpiando en aquellos momentos, pero los hombres lo vieron pronto, y aunque gritó y echó bravatas, se lo llevaron preso, y al muchacho con él. Después oí que éste no fué culpado; pero su padre fué sentenciado á dos meses de prisión.

XVII

UN FARSANTE

A los pocos días mi amo tomó un nuevo criado. Este era un hombre alto y bien parecido ; pero, si ha existido el tipo acabado del farsante en la figura de un mozo de cuadra, puede decirse que Federico Santurce era ese tipo. Era muy atento conmigo, y jamás me maltrató, y, cuando el amo se hallaba en sitio donde pudiera verlo, las caricias y los halagos no tenían límite. Me lavaba la crin y la cola con agua fresca, y me untaba los cascos con manteca, antes de llevarme á la puerta, con objeto de hacerme aparecer brillante ; pero en cuanto á limpiarme las patas interiormente, observar mis herraduras, ó pasarme la almohaza y cepillo, me consideraba exactamente como si fuera una vaca. Dejaba que mi bocado se oxidase, los bastes de la silla

húmedos con el sudor, y las correas tiasas y endurecidas.

Federico Santurce se tenía por muy hermoso ; pasaba largos ratos delante de un pequeño espejo que tenía colgado en el cuarto de los arneses, atusándose el pelo y las patillas, y arreglándose la corbata. Cuando el amo le hablaba, á todo contestaba : «Sí, señor ; sí, señor», llevando la mano á la gorra á cada palabra. Puedo decir que era el hombre más perezoso y más vano que jamás se había acercado á mí, aunque tenía la buena cualidad de no maltratarme ; pero el caballo necesita algo más que eso. Yo ocupaba una cuadra suelta, que hubiera podido ser muy agradable, si aquel hombre no hubiese sido tan indolente para limpiarla. Jamás renovaba la paja, y el olor que se desprendía de las capas inferiores era insoportable, mientras que sus fuertes vapores me hacían picar los ojos é inflamarse, y hasta llegué á perder el apetito.

Un día entró en la cuadra el amo, y dijo :

—Federico, esta cuadra huele muy mal ; ¿por qué no haces en ella una buena limpieza, arrojando agua con abundancia?

—Sí, señor—contestó, llevando la mano á la gorra,—lo haré, si usted lo dispone ; pero debo decirle que es peligroso arrojar agua en las cuerdas de los caballos, pues con facilidad pueden

,coger un resfriado, señor. Sentiría yo mucho que por mi causa sobreviniese algún mal al caballo, pero si usted lo manda, señor, lo haré.

—Yo no quiero que el caballo se enferme—replicó el amo ;—pero te repito que no me gusta el olor de esta cuadra.. ¿Estarán tal vez en mal estado los desagües?

—Ya que usted habla de ello, señor, le diré que se me figura que de ahí proviene el mal olor ; es posible que no estén corrientes.

—Haz, pues, venir al albañil, y que los vea—dijo el amo.

—Está muy bien, señor.

El albañil vino, levantó una porción de ladrillos, y no halló nada fuera de orden ; los volvió á colocar como estaban, cargó al amo dos duros por su trabajo, y el olor continuó tan malo como antes. Y no paró ahí el mal, sino que por efecto de estar yo constantemente sobre tan gran cantidad de paja húmeda, mis cascos se enfermaron y reblandecieron, y mi amo solía decir :

—Yo no sé lo que tiene este caballo, que pisa tan inseguro. Algunas veces hasta temo que se caiga.

—Sí, señor—contestaba Federico ;—yo también he notado lo mismo, cuando lo he sacado á hacer un poco de ejercicio.

La verdad era que rara vez me sacaba, y que

cuando el amo, por sus ocupaciones, no podía montarme, se pasaban días y días sin que pudiera yo estirar un poco las piernas, dándoseme en tanto el mismo alimento que si tuviera un trabajo duro. Esto, como era natural, alteraba mi salud, y me ponía pesado y triste unas veces, é intranquilo y febril otras. Nunca se ocupaba de darme verde ó afrecho, que me hubiera refrescado, pues era tan ignorante como presuntuoso ; y así, en vez de ejercicio y cambio de alimento, que era lo que yo necesitaba, me saturaban de píldoras y drogas, que, además de la incomodidad de hacerlas pasar por mi garganta, solían hacerme más daño que provecho.

Llegaron á ponérseme los cascos tan tiernos, que un día, trotando con mi amo encima, por una calle recién empedrada, di los tropezones tan serios, que me condujo él mismo á casa del albéitar para que me reconociese y le dijese qué era lo que me pasaba. El albéitar examinó mis cascos uno por uno, é incorporándose, y frotándose las manos, dijo :

—Su caballo ha contraído lo que llamamos putrefacción de la ranilla, y de la peor especie ; todo el casco se halla lesionado y sumamente tierno, y lo que extraño es que no se haya caído con usted. No comprendo cómo el mozo que lo cuida no lo ha visto. Esta enfermedad se con-

trae en las caballerizas que están sucias, y donde las camas de los caballos no son renovadas convenientemente. Mándemelo usted mañana con el mozo, y le haré la cura que requiere, recetándole un linimento que aquél le podrá aplicar con arreglo á mis instrucciones.

Al siguiente día me limpió interiormente los cascos con el mayor esmero, y me los rellenó de estopa empapada en una fuerte loción, lo que fué asunto bien desagradable para mí.

El veterinario ordenó que mi cama fuese levantada diariamente, y que el piso de la cuadra se mantuviera siempre bien limpio ; que me dieran afrecho, alguna hierba, y poco grano hasta que me mejorase. Con este tratamiento, pronto recobré mi antiguo espíritu ; pero el señor Barnuevo se disgustó tanto al verse engañado dos veces por sus criados, que determinó dejarse de tener caballo propio, y alquilar uno cuando lo necesitase. En su consecuencia, me conservó hasta que mis cascos estuvieron completamente curados, y entonces fui vendido en una feria.

PARTE TERCERA

XVIII

UNA FERIA DE CABALLOS

Indudablemente, una feria de caballos es un lugar de gran diversión para todos aquellos que no tienen que perder en ella ; y siempre hay mucho que ver allí.

Largas hileras de caballos jóvenes, recién sacados de los potreros ; manadas de pequeños caballitos peludos, traídos del país de Gales, no más grandes que Alegría ; centenares de caballos de tiro, de todas clases, algunos con sus largas colas trenzadas, y sujetas con cintas rojas ; muchos como yo, hermosos y de sangre, pero venidos á menos por algún accidente ó tacha, defecto en la respiración, ú otro padecimiento. Había también allí algunos animales magníficos,

en todo su apogeo, y á propósito para toda clase de usos, que lucían sus movimientos del más perfecto estilo, cuando los hacían trotar, llevados de la rienda por un sirviente del dueño, que corría á la par de ellos. En otro lado del campo estaban los desgraciados, arruinados por exceso de trabajo duro, con sus rodillas llenas de nudos, y balanceándoseles las patas al andar, como si no tuvieran ya dominio sobre ellas; otros, viejos y de aspecto abatido, con el labio inferior colgando y las orejas caídas, como si para ellos se hubiera acabado ya todo lo que significa algún placer en la vida, y toda esperanza; algunos estaban tan flacos que podían contarse todas sus costillas, y otros tenían enormes cicatrices en el lomo. Estos ofrecían un espectáculo triste para un caballo, que comprende puede llegar á verse en el mismo estado.

Los contratos se sucedían sin interrupción, y si un caballo puede expresar sus pensamientos con arreglo á lo que entiende, diré que se dijeron más mentiras, y se hicieron más trampas en aquella feria, que las que el hombre más listo pueda imaginar. A mí me pusieron con otros dos ó tres caballos, fuertes, y al parecer en buen estado de servicio todavía, y muchos compradores se aproximaron para verlos. Los caballeros me volvían la espalda tan luego como veían el

estado de mis rodillas, aunque el hombre que me condujo juraba que había sido sólo un resbalón dado en la cuadra.

Lo primero que hacían, los que querían comprarme, era abrirme la boca, luego me miraban los ojos, después me reconocían las patas y me tentaban todo el cuerpo, pasando por último á probar mi paso en todos los aires. Era admirable la diferencia con que todas estas operaciones eran llevadas á cabo. Unos lo hacían de una manera desagradable y brusca, como si uno fuese un pedazo de madera ; mientras que otros pasaban la mano suavemente, con una caricia de cuando en cuando, como diciendo : «con permiso de usted.» No hay para qué decir que yo juzgaba del comprador por los modales que usaba conmigo.

Entre ellos se presentó uno que me hizo pensar que si me comprara, me consideraría feliz. No era un caballero, ni de esos que se entonan para parecerlo. Era algo pequeño de estatura, pero bien formado, y vivo en todos sus movimientos. Comprendí al instante, en el modo como me manejó, que estaba acostumbrado á tratar caballos ; me habló con dulzura, y en sus ojos grises brillaba una bondadosa y alegre mirada. Parecerá extraño, pero es la verdad, que el fresco olor de limpieza que despedía me cauti-

vó desde luego ; no olía, como otros, á vino y á tabaco, cosa que yo detestaba, sino á algo como si saliera de la habitación donde se guarda el heno. Ofreció ciento quince duros por mí ; pero la oferta fué rehusada, y se retiró. Yo lo seguí con la vista por un rato, y otro hombre de mirada dura, y voz más dura todavía, se aproximó. Temblé, pensando que me pudiera comprar, pero siguió de largo después de mirarme. Dos ó tres más se acercaron, que no parecían muy dispuestos á hacer negocio. Volvió el de la cara dura, y ofreció ciento quince duros también. El asunto se iba apurando, pues mi vendedor empezaba á pensar que no podía obtener lo que pretendía, y que tendría que rebajar, cuando se presentó de nuevo el de los ojos grises. Sin poderlo remediar aproximé á él mi cabeza, que acarició, diciéndome :

—Bueno, muchacho ; parece que tú y yo nos entendemos. Ciento veinte duros doy por él.

—Sean ciento veinticinco, y es de usted.

—Ciento veintidós y medio—dijo mi amigo, con un tono decidido,—y ni un céntimo más ; ¿sí, ó no ?

—Hecho—dijo el vendedor,—y vaya usted seguro de que es una monstruosidad la condición de ese caballo, y si lo necesita usted para un coche de alquiler, es una verdadera ganga.

El dinero fué pagado en el acto, y mi nuevo amo, cogiendo el ronzal de mi cabezada, me condujo á una posada, donde me puso una silla y un freno que tenía preparados. Antes me dió un buen pienso, y estuvo á mi lado mientras lo comía, hablándome y hablando consigo mismo. Media hora después caminábamos para Londres, cruzando un hermoso camino á un paso tranquilo, hasta que, al anochecer, llegamos á la gran ciudad. Las luces de gas estaban ya encendidas, y tras calles á la derecha y calles á la izquierda, por millas y millas, que creí no se acababan nunca, pasamos por delante de un puesto de coches de alquiler, y mi jinete gritó alegremente :

—¡ Buenas noches, «Gobernador» !

—¡ Hola !—le contestó una voz.—¿ Ha logrado usted algo bueno ?

—Me parece que sí—contestó mi dueño.

—Le deseo buena suerte con él.

—Gracias, «Gobernador»—y seguimos adelante. Volvimos á la derecha, al llegar á una de las calles laterales, y como á la mitad de ella torcimos, entrando en un callejón estrecho, con casas de pobre apariencia á un lado, y lo que parecía ser establos y cocheras al otro.

Mi amo se aproximó á una de las casas y dió un silbido. Se abrió al momento la puerta, y

apareció en ella una mujer, seguida de una muchacha y un muchacho. Todos lo saludaron con alegría, y desmontó.

—Ahora, Enrique, hijo mío, abre el portón, y tu madre nos traerá una luz.

Entré en un pequeño patio, y todos me rodearon.

—¿Es manso, padre?

—Sí, Dora, tan manso como tu gatito; vén y acarícialo.

Una pequeñita mano me acarició el pecho, sin miedo alguno. Aquello me llenó de placer.

—Déjame traerle un poco de afrecho, mientras tú le limpias el sudor—dijo la madre.

—Tráelo, Paulina; es precisamente lo que necesita; y no dudo que también tendrás preparado un buen pienso para tu marido.

—Longanizas fritas y manzanas asadas—gritó el muchacho, haciendo á todos reir. Me pusieron en una cuadra muy limpia, con una mullida cama de seca paja, y después de una excelente cena, me acosté, pensando que iba á ser feliz en aquella casa.

XIX

UN COCHE DE ALQUILER EN LONDRES

El nombre de mi nuevo amo era Pedro Segovia, pero todos le llamaban Perico, y así le llamaré yo. Paulina, su mujer, era una excelente compañera para él ; de pequeña estatura, regordeta, aseada y lista, pelo negro y lustroso, ojos del mismo color, y con una sonrisa dibujada siempre en su diminuta boca. El muchacho, Enrique, tendría unos doce años, y era alto, franco y de muy buen carácter ; y la pequeña Dorotea, á quien llamaban Dora, era el retrato de su madre, con ocho años de edad. Se querían entrañablemente unos á otros, y nunca he conocido una familia más feliz y satisfecha. Perico tenía un coche y dos caballos de su propiedad, que cuidaba y guiaba por sí mismo. Mi compañero era un caballo blanco, alto, y de mucho hueso, llamado Capitán. Estaba ya viejo, pero

debió haber sido un magnífico animal, cuando joven, pues aún conservaba un airoso modo de levantar la cabeza y de arquear el cuello, siendo de sangre, noble, y de finas maneras. Me contó que en su juventud había ido á la guerra de Crimea, perteneciendo á un oficial de caballería, y que su puesto, por lo general, era á la cabeza de su regimiento ; pero ya hablaré de esto más adelante.

A la mañana siguiente, después que me limpiaron bien, Paulina y Dora vinieron al patio á verme y hacer amistad conmigo. Enrique había estado ayudando á su padre desde temprano, y había adelantado su opinión de que yo sería un «buen muchacho.» Paulina me trajo una manzana, y Dora un pedazo de pan, con lo que llegué á pensar que había vuelto á ser el Azabache de otros tiempos. Era muy agradable para mí verme acariciado de aquel modo, y poder manifestarles que deseaba ser su amigo. Paulina opinaba que yo era muy hermoso, y demasiado bueno para coche de alquiler, si no fuese por el defecto de mis rodillas.

—Por supuesto que nadie nos puede decir quién tuvo la culpa de esto—dijo Perico,— y mientras yo no lo sepa, le concederé el beneficio de la duda ; pues no he montado nunca un caballo más seguro y limpio en el andar. Le lla-

maremos Juanillo, en recuerdo del otro viejo ; ¿no te parece, Paulina?

—Sí, Perico ; lo encuentro muy acertado.

Capitán salió aquella mañana con el carruaje. Enrique, cuando volvió de la escuela, á las once, me echó un pienso y me dió agua. Por la tarde me tocó hacer servicio. Al engancharme, Perico se tomó el mayor cuidado en ver si la collarera y la cabezada me sentaban bien, haciéndome recordar á Juan Carrasco ; alargó dos puntos á la baticola, y todo me ajustaba perfectamente. Nada de engallador, ni de cadenilla barbada, y sólo un simple filete, con lo que iba yo á todo mi placer.

Nos dirigimos al puesto donde, la noche anterior, Perico había saludado al «Gobernador.» A un lado de la ancha calle había altas casas, con magníficas tiendas en la parte baja, y en el otro una antigua iglesia, con un gran atrio rodeado de una verja de hierro, á lo largo de la cual estaban estacionados en fila varios coches de plaza, esperando pasajeros ; en el suelo se veían aquí y allá algunas pajas de heno ; un grupo de cocheros hablaba en voz alta ; otros estaban sentados en sus pescantes, leyendo periódicos, y uno ó dos daban agua á sus caballos. Nos colocamos en el extremo de la fila, y en seguida vi-

nieron dos ó tres á verme, y á hacer sus observaciones.

—Muy bueno para un funeral—dijo uno.

—Demasiado vivo me parece —añadió otro, moviendo la cabeza, con aire de inteligente ;— muy bien puede suceder que cualquiera de estas finas mañanas tenga usted un disgusto, como me llamo Juan.

—Bueno—contestó Perico ;—esas son cuentas mías y de él, y me servirá para vivir más avisado y no dormirme.

En esto se acercó un hombre de cara ancha, vestido con un gran capote gris con esclavina y grandes botones, sombrero gris también, y una bufanda azul, puesta con descuido alrededor de su garganta. Me reconoció con la misma minuciosidad que si me fuera á comprar, y enderezándose por fin, y tosiendo, dijo :

—Es precisamente lo que usted necesita, Perico, y cualquier dinero que haya dado usted por él, lo vale.

Con esto quedó sentada mi reputación en el puesto.

El nombre de aquel cochero era Cuadrado, però le llamaban el «Gobernador Cuadrado.» Era el más antiguo en el punto, y el que había tomado á su cargo arreglar diferencias y parar dis-

putas. Estaba siempre de buen humor, y era una excelente persona ; pero cuando se atufaba, lo que ocurría algunas veces cuando bebía un poco más de lo regular, nadie gustaba de encontrarse con sus puños, que eran fuertes y los manejaba á la perfección.

La primera semana en aquel destino fué para mí de verdadera prueba. Como no estaba acostumbrado á las calles de Londres, sus ruidos, sus carreras, y la aglomeración de caballos, carros y coches, á través de los cuales tenía que hacerme camino, me hacían sentirme inquieto, y hasta fatigado ; pero pronto me convencí de que podía confiar en mi conductor, y me hice á todo.

Perico era tan buen cochero como el mejor de cuantos yo había conocido, y á ello había que agregar que se ocupaba de sus caballos tanto como de sí mismo. Pronto comprendí que yo era voluntario para el trabajo, y que me gustaba hacerlo de la mejor manera posible. Jamás me tendía el látigo, como no fuese para dejar caer la punta de él sobre mi lomo, con suavidad, á la arrancada, lo cual, generalmente, no era tampoco necesario, pues yo comprendía cuándo debía arrancar, en el modo con que él tomaba las riendas, y creo que el látigo descansaba más tiempo á su lado que en su mano.

Amo y caballo nos entendimos bien pronto, tanto cuanto un hombre y un caballo pueden entenderse. En la cuadra hacía todo lo que pudiera ser más conveniente á mi bienestar. Aquélla era del estilo antiguo, muy en declive ; pero él ponía en la parte posterior dos barras movibles, por la noche, y cuando íbamos á descansar nos quitaba la cabezada, con lo cual podíamos movernos en todas direcciones y estar como mejor nos placía.

Perico nos tenía siempre muy limpios, y nos variaba el pienso cuanto podía, dándonoslo abundante, sin faltarnos nunca agua fresca y limpia, que día y noche teníamos á nuestra disposición, excepto, por supuesto, cuando volvíamos sofocados del trabajo. Hay quien opina que un caballo no debe beber todo lo que desee ; pero yo digo que si se nos permitiese siempre que nos apetece, beberíamos un poco cada vez, y nos haría mucho más provecho que tragar un cubo entero, de una sentada, por haber carecido de agua hasta sentirnos sedientos y abatidos. Hay cocheros que se van muy tranquilos á descansar, dejándonos con el pienso de grano y el heno, sin nada con que humedecerlos, y, naturalmente, cuando luego nos dan el agua, bebemos mucha de una vez, y suele ocasionarnos des-

órdenes en el aparato respiratorio, y escalofríos en el estómago.

Pero lo que más me gustaba de aquella casa era que el domingo estaba destinado por completo al descanso, después del duro trabajo de toda la semana ; y en ese día, Capitán y yo teníamos nuestros largos ratos de conversación, en uno de los cuales me contó su historia.

XX

UN VIEJO CABALLO DE GUERRA

Capitán había sido educado, desde su doma, para el servicio del ejército. Su primer dueño fué un oficial de caballería que asistió á la guerra de Crimea. Decía Capitán que le gustaba mucho el ejercicio con sus compañeros, haciendo evoluciones juntos, parando á la voz de mando, ó lanzándose á toda carrera, al toque de los clarines ó al mandato de los jefes. Cuando joven era tordo rodado, y considerado como muy hermoso. Su amo, un caballero joven, lleno de viveza y fuego, lo quería mucho, y lo trató desde el primer momento con la mayor bondad y consideración. Me dijo que al principio consideró la vida del caballo del ejército como sumamente agradable; pero que, cuando llegó el momento de embarcarlo, y se vió en un gran buque en medio del mar, casi cambió de opinión.

—Aquello fué horroroso—me decía.—Por de pronto, al embarcarnos tuvimos que sufrir el

tormento de ver que nos pasaban unos fuertes tirantes por debajo de la bariga, y suspendiéndonos en el aire, á pesar de nuestros pataleos, íbamos á parar sobre la cubierta del barco. Allí nos colocaron en una especie de cajones, sin poder ver el cielo durante una porción de días, y sin poder siquiera estirar las piernas. El buque algunas veces se columpiaba á impulsos del fuerte viento, de tal manera, que no podíamos sosténernos en pie, y no puedes figurarte lo desagradable que era aquello. Llegamos por fin al término de nuestro viaje, y volvió á repetirse la operación de volar, suspendidos en el aire hasta colocarnos en tierra. Cuando sentimos de nuevo el piso firme bajo nuestros pies, resoplamos y relinchamos de placer. Pronto vimos que el país adonde habíamos sido conducidos era muy distinto del nuestro, y que teníamos que sufrir muchas privaciones y desventuras, además de los peligros de la guerra ; pero, en su mayor parte, los soldados eran tan afectos á sus caballos, que hacían cuanto estaba en su mano porque les fuera llevadera la vida, en medio de la humedad, la nieve y tantas incomodidades de todas clases.

—¿Pero qué me cuentas de las batallas?—le pregunté yo ;—¿no era aquello peor que todo?

—Si te he de decir la verdad, no lo sé—me contestó.—Nos gustaba oír el sonido de las trom-

petas que nos llamaban, y nos sentíamos impacientes por arrancar, aunque algunas veces teníamos que permanecer horas enteras á pie firme, esperando la voz de mando; y cuando llegaba, salíamos despedidos, tan contentos y ansiosos, como si no fuéramos á encontrarnos con las balas de cañón y de fusil, y con las bayonetas. Mientras sentíamos el jinete firme en la silla, y su mano apoyada en la brida, ninguno de nosotros daba señales de miedo, aun cuando viéramos las terribles granadas reventar en el aire, haciéndose mil pedazos. Con mi noble amo encima, asistí á un gran número de acciones sin recibir la más pequeña herida, ni uno ni otro, aunque vi á muchos de mis compañeros caer á mi lado, atravesados por las balas ó por las lanzas, ó acuchillados por los afilados sables. Allí quedaban muertos en el campo, ó moribundos, luchando con la agonía producida por sus heridas, y yo no sentía el más pequeño miedo por mí mismo. La alegre voz de mi amo, cuando se dirigía á sus soldados, me infundía tal ánimo, que me parecía que nunca podían matarme. Tenía tal confianza en él, que mientras lo sentía sobre mí, me hallaba dispuesto á cargar, hasta la misma boca de los cañones. Vi á muchos bravos hombres caer de las sillas, unos muertos, y otros mortalmente heridos; oí los gritos y los

lamentos de los moribundos, y tuve que galopar á veces por sobre un terreno resbaladizo con la sangre, y otras que desviarme para no pisotear á hombres y caballos heridos. Sólo un horroroso día sentí verdadero terror, y nunca podré olvidarlo.

El viejo Capitán hizo una pausa y dió un profundo suspiro ; yo esperé en silencio, y continuó por fin :

—Era una mañana de otoño, y, como de costumbre, una hora antes de amanecer, habían tocado botasilla, y á los pocos minutos nos encontrábamos todos dispuestos, ya para entrar en batalla, ó para esperar nuestro turno. Cada soldado se hallaba al pie de su caballo, listo para obedecer órdenes. Cuando fué aclarando me pareció notar alguna excitación entre los oficiales, y antes de ser completamente de día oímos el fuego de los cañones del enemigo. El jefe del regimiento dió la voz de «á caballo,» que los oficiales repitieron, y en dos segundos cada hombre estaba sobre su silla, y los caballos animados é impacientes, esperando el más ligero toque de la rienda, ó la presión de las piernas de los jinetes para arrancar ; pero estábamos tan bien educados, que, á excepción del ruido con el bocado, ó los movimientos de cabeza de cuando en cuando, permanecimos completamente quietos. Mi amo

y yo estábamos á la cabeza de la línea, y, como todos los demás, inmóviles y en observación ; me atusó la crin con su mano y me acarició el cuello, diciéndome :

—Me parece que vamos á tener hoy un día de prueba, mi querido Bayardo ; pero cumpliremos con nuestro deber, como hemos hecho siempre.

Aquella mañana me acarició más que de costumbre, y parecía como distraído y pensativo. Me gustaba mucho sentir su mano en mi cuello, que yo arqueaba, orgulloso y feliz ; pero permanecía quieto, porque conocía sus gustos, y cuándo deseaba que me estuviese tranquilo, ó cuándo alegre y juguetón. No puedo decirte todo lo que sucedió aquel día, pero sí te contaré la última carga que dimos. Era en un valle, y nos ordenaron avanzar al escape sobre una batería de cañones que el enemigo tenía establecida en frente. Ya entonces estábamos bien acostumbrados al estampido de los cañones, al ruido de la fusilería, y al silbido de las balas cruzando por nuestra intermediación ; pero nunca había yo presenciado un fuego tan terrible como el de aquel día. Por la derecha, por la izquierda y por el frente, las balas y la metralla llovían sobre nosotros. Muchos bravos soldados fueron por tierra, y muchos caballos caían, arrastrando con-

sigio á los jinetes ; los que se veían sin el suyo encima corrían desatentados fuera de las filas, y aterrorizados al verse solos y sin una mano que los guiase, volvían á mezclarse entre sus compañeros, galopando con ellos á la carga. Horroso como era el fuego, ninguno se detenía ni volvía grupas. A cada momento las filas se aclaraban por la caída de algunos compañeros ; pero inmediatamente nos estrechábamos para llenar los huecos, sin acortar el paso, sino por el contrario, corriendo más y más, á medida que nos acercábamos á los cañones, envueltos en humo y vomitando fuego. Mi amo, mi querido amo, animaba sin cesar á sus soldados, empuñando el sable con su mano derecha levantada en alto, cuando una bala pasó silbando por cerca de mi oreja, y le alcanzó. Sentí que se conmovió con el choque, pero no pronunció un grito ; traté de acortar el paso, cuando sentí que la espada se desprendía de su mano, las riendas que llevaba en la otra se aflojaban y él caía al suelo, de espaldas ; los demás compañeros pasaron como flechas por nuestra intermediación, y con la fuerza de la carga me arrastraron á gran distancia de donde cayó, á pesar de que me esforcé por mantenerme á su lado y evitar en lo posible que pasasen sobre él, pisándolo y tal vez acabando de matarlo si no estaba muerto. Me encontré sin

mi amo y amigo, solo en aquel campo de muerte y desolación ; el miedo se apoderó de mí, y temblé como jamás había temblado, y tratando de hacer lo que había visto á otros caballos, galopé para unirme á ellos, pero los soldados me despedían con sus sables. Uno de ellos, á quien habían matado el suyo, me cogió por las bridas y me montó, y con este nuevo jinete volví á la carga. Nuestro valiente regimiento fué diezmado de una manera terrible, y los que quedaron vivos en aquella fiera lucha por apoderarse de los cañones, tuvieron al fin que retroceder sobre el mismo terreno. Algunos caballos estaban tan gravemente heridos que apenas se podían mover, por la pérdida de sangre ; otros, ¡ pobres animales ! procuraban arrastrarse en tres patas ; y otros, con el cuarto trasero en tierra, acribillados de balazos, luchaban con las manos para incorporarse, volviendo á caer, dando lastimeros gemidos, que, así como las suplicantes miradas que dirigían á sus compañeros cuando pasaban á escape por su lado, dejándolos abandonados á su triste suerte, nunca podré olvidar. Después de la batalla, los soldados heridos fueron recogidos y los muertos enterrados.

—¿ Y qué hicieron con los caballos heridos?—
le pregunté.

—Los albéitares, armados de pistolas, reco-

nocieron el campo, y fueron matando á los que consideraban incurables ; los heridos leves fueron recogidos y traídos al campamento para ser curados ; pero la mayor parte de aquellos nobles y decididos animales que salieron por la mañana, no regresaron jamás. Nuestro regimiento quedó reducido á menos de la cuarta parte. Nunca volví á ver á mi querido amo, que creo cayó muerto de la silla, y nunca quise á ningún otro como á él. En otras muchas acciones me hallé después, siendo herido sólo una vez, y eso levemente. Cuando la guerra terminó, regresé á Inglaterra tan sano y tan fuerte como cuando salí.

—Yo había oído decir que la guerra era una cosa magnífica—le dije.

—¡ Ah !—me contestó ;—eso lo dirán los que no se hayan visto en ella. Cuando se trata de un ejercicio, de una gran parada, ó de un simulacro en donde no hay enemigo, es muy bonito, sin duda ; pero cuando miles de bravos y útiles soldados y caballos son muertos, ó inutilizados para toda su vida, la cosa es muy diferente.

—¿ Y sabes por qué peleaban?—pregunté.

—No ; eso traspasa los límites de la inteligencia de un caballo ; pero supongo que el enemigo debió ser gente muy perversa, cuando consideraron conveniente hacer tan largo viaje, á través de los mares, para matarla.

XXI

PEDRO SEGOVIA

Nunca había conocido yo un hombre mejor que mi nuevo amo. Además de poseer un carácter bondadoso, era tan recto como Juan Carrasco, y estaba siempre tan alegre y de buen humor, que nadie podía reñir con él.

Enrique era inteligente en el trabajo de la balleriza, como pudiera serlo un muchacho de mucha más edad, y siempre estaba dispuesto á hacer cuanto podía.

Paulina y Dora acostumbraban venir todas las mañanas á ayudarlos, ya cepillando y mullendo los almohadones del coche, ya limpiando los cristales, mientras Juan me pasaba la almohaza en el patio, y Enrique daba lustre á los arneses. Hablaban y reían los cuatro constantemente, y esto nos levantaba el espíritu á Capitán y á mí.

Una mañana que salimos al trabajo, apenas nos habíamos colocado en el punto, vi salir de una taberna inmediata dos hombres mal encarados, que acercándose á Perico, le dijeron :

—¡ Eh ! Simón, abre los ojos, y escucha : estamos retrasados y necesitamos tomar el próximo tren en la estación Victoria ; llévanos á todo escape, y te ganarás una peseta de propina.

—Si quieren ustedes ir á un paso regular, no tengo inconveniente ; pero por una peseta *extra* no suelto yo el vapor de un caballo como éste— contestó Perico.

Otro cochero que se hallaba inmediato, se apresuró á abrir la portezuela de su simón, diciéndoles :

—Aquí está el hombre que ustedes buscan, caballeros ; entren ustedes en mi coche, y ya estamos allí — y montando en el pescante, y arreando á su matalón, salió, corriendo cuanto podía. Perico me dió unas palmadas en el cuello, y dijo :

—No, Juanillo ; una peseta más no vale la pena de darte un mal rato, ¿ verdad ?

Aunque Perico era opuesto resueltamente á todo lo que fuese hacernos correr por complacer á esas gentes que siempre llegan tarde á todas partes, me llevaba por lo regular á un paso ani-

mado, y cuando llegaba el caso y sabía por qué, no dejaba de soltar el vapor, como el primero.

Recuerdo que una mañana, hallándonos en el punto, esperando hacer alguna carrera, vimos que un joven que venía corriendo, con varios bultos de equipaje en sus manos, resbaló en una cáscara de naranja, y cayó con violencia al suelo.

Perico fué el primero que corrió á levantarlo. El joven parecía como atontado por el golpe, y caminaba con gran trabajo cuando lo metieron en una tienda inmediata. Perico volvió á mi lado, y como á los diez minutos, el joven salió á la puerta de la tienda, é hizo seña para que se acercase con el coche.

—Esta fatal caída me ha hecho perder un tiempo precioso—dijo,—y es para mí de la mayor importancia alcanzar el tren de las doce en la estación del Norte. ¿Se compromete usted á llegar con tiempo? No sólo se lo agradeceré, sino que le daré una buena gratificación.

—Haré cuanto pueda por complacerle—contestó Perico,—si usted cree que está en disposición de emprender el viaje.—El joven estaba sumamente pálido.

—Es indispensable — dijo con ansiedad, — abra la portezuela, y no perdamos tiempo.—Antes de un minuto estaba Perico en el pescante, y con un alegre : «vamos, Juanillo,» y un ligero

toque de riendas, que yo comprendí muy bien, salimos á todo trote.

—Ahora, Juanillo, muévete con gracia—me iba diciendo,—hagamos ver á esos ganapanes, que cuando llega la ocasión sabemos cumplir con nuestro deber.

Es cosa difícil llevar un coche al trote largo por las calles de Londres en las horas en que el tráfico está en todo su apogeo ; pero mi amo y yo hicimos cuanto pudimos, pues, cuando un buen cochero y un buen caballo se entienden el uno al otro, es prodigioso lo que pueden hacer. Yo tenía una buena boca, es decir, podía ser guiado con la mayor suavidad de riendas ; y esto es muy importante en Londres, donde hay que cruzar por entre tan gran número de carruajes, ómnibus, carros, carretas, coches de alquiler y grandes galeras, todos á buen paso, unos en una dirección, otros en otra, los unos pretendiendo pasar á los que van más despacio, los ómnibus deteniéndose á cada minuto para tomar ó dejar pasajeros, obligando al caballo que viene detrás á detenerse, ó ponérsele delante, sucediendo á veces que al querer pasarle, otro se atraviesa en el estrecho espacio abierto, y hay que volver á colocarse detrás del ómnibus ; y sucediendo también á veces que, al creer llegado el momento de cruzar y ponerse delante, las ruedas de unos

y otros vienen á verse tan inmediatas, que es casi imposible escapar sin algún arañazo. Si el cuidado no es muy grande, y no anda uno tan listo como perro ratonero, para aprovechar todas las salidas, es lo más fácil ver las ruedas de su propio vehículo enganchadas con las de otro, ó la lanza de alguno venir á enterrársele á uno en el pecho ó en el costado ; de modo que se necesita muchísima práctica para cruzar aquellas calles en el centro del día.

Perico y yo estábamos ya acostumbrados, y nadie nos ganaba en habilidad para sortear todos los inconvenientes. Yo era vivo y atrevido, y sabía que podía confiar en el que me guiaba ; él era vivo también, pero prudente al mismo tiempo, y tenía confianza en su caballo, lo que es una gran cosa. Muy rara vez usaba el látigo ; con su voz tenía yo bastante para saber cuándo él deseaba que fuese más de prisa ; pero volvamos á mi cuento.

Las calles estaban aquel día concurrídisimas, pero fuimos bien, hasta que ya cerca del puente nos encontramos con el paso obstruido por una parada de la fila, que nos hizo detenernos tres ó cuatro minutos. El joven asomó la cabeza por la ventanilla, y dijo, con impaciencia :

—Creo que será mejor que me apee, pues esto no lleva trazas de terminar.

—No se apure usted, señor—contestó Perico ; —esta detención no puede durar ya mucho, y llegaremos con tiempo.

En aquel momento empezó la fila á moverse. Por fortuna, al llegar al puente, los innumerables carruajes de alquiler que lo cruzaban iban todos á la carrera, tal vez con el deseo de alcanzar el mismo tren ; y señalando el gran reloj las doce menos ocho minutos entrábamos en la estación, con otros mucho más.

—¡ Llegamos por fin !—dijo el joven, apeándose,—gran servicio me han prestado, usted y su excelente caballo. Allá van dos duros de propina.

—No, señor ; muchas gracias ; mi mayor satisfacción está en que haya usted podido alcanzar el tren ; pero no se detenga, pues está sonando la campana—y sin esperar más palabra, Perico me apartó del andén para dejar sitio á otros carruajes que llegaban en el último momento.

Cuando llegamos al punto, hubo grandes risas y burlas por parte de los otros cocheros, que decían que Perico, contra sus principios, había dado un mal rato á su caballo, por pescar una propina, y deseaban saber cuál había sido ésta.

—Nada—contestó Perico.

—Eso no puede ser—contestaron ellos.

—Vamos á cuentas, señores ; el caballero me alargó dos duros *extra*, que yo no quise aceptar, porque me bastaba la satisfacción de verlo tan contento por haber alcanzado el tren ; y si Juannillo y yo nos movemos ligeros cuando lo tenemos por conveniente, es asunto de él y mío, que no interesa á ustedes.

—A ese paso, nunca serás rico—dijo uno.

—Pero soy feliz, y tengo bastante.

Otra mañana, cuando Perico me estaba engancho, entró un caballero en el patio.

—Para servir á usted—dijo mi amo al verlo.

—Buenos días, Segovia—contestó aquél.—He venido á ver si nos convenimos para que lleve usted á mi señora todos los domingos á la iglesia, que está algo distante, no pudiendo por lo tanto ir á pie.

—Muchas gracias, señor—contestó Perico ;—pero mi licencia es sólo para los días de entre semana, y no me es posible complacerlo.

—Eso no es inconveniente—replicó el otro ;—pues puede usted sacarla para los domingos, y yo haré de modo que no se perjudique. Mi señora lo prefiere á usted á cualquier otro cochero.

—Mucho gusto tendría en complacerlo, caballero ; pero una vez tuve licencia para los siete

días, y el trabajo era excesivo para mí y para mis caballos. Todo el año entero, sin descanso alguno, es demasiado, y desde que trabajo sólo seis días, me encuentro mucho mejor.

—Está bien—dijo el caballero, un poco amostazado,—buscaré otro que lo haga.—Y con esto se retiró.

—¡Paulina!—gritó Perico, cuando aquél salió.

Paulina se presentó en el acto.

—¿Qué quería el señor Bárcenas?—preguntó.

Perico le contó lo ocurrido, añadiendo que le era sensible no complacer á aquellos señores, que eran unos buenos parroquianos, puesto que la señora, con mucha frecuencia, alquilaba el carruaje para ir á las tiendas y á hacer visitas, pagando muy bien, siendo probable que ahora perdiesen todo aquello.

—¿Qué opinas tú, muchacha?

—Opino que has hecho muy bien en rehusar, pues necesitas ese día de descanso, para pasarlo con tu mujer y tus hijos, y los caballos lo necesitan también. Dios me libre de volver á los antiguos tiempos.

—Eso mismo es lo que le he dicho al señor Bárcenas; de modo que no te apures—añadió, viendo que ella empezaba como á querer llorar.

Tres semanas se habían pasado después de

esta conversación, sin que viniera orden alguna de la señora de Bárcenas, de manera que el trabajo estaba reducido á tomar carreras en el punto. Perico lo sentía mucho, porque la fatiga era mayor para él y para mí; pero Paulina lo animaba diciéndole:

—No importa, Perico, no te apures, que ya las cosas cambiarán.

Pronto fué conocido en el punto, que Perico había perdido su mejor parroquiano, y la razón de ello; la mayor parte de sus compañeros dijeron que era un tonto, pero dos ó tres se pusieron de su parte.

—El obrero—decía uno,—debe aferrarse en su derecho al descanso en el domingo. Las leyes del cielo y de la tierra lo ordenan, y debemos defender esas leyes para nosotros y para nuestros hijos. Si las señoras quieren ir á la iglesia, que vayan á pie á la más próxima; y si llueve, que se pongan el impermeable, como hacen cuando les conviene.

Cerca de un mes después de esto, entrábamos en el patio una noche, algo tarde, cuando vino Paulina corriendo, con una luz para alumbrarnos, como era su costumbre.

—¿No te lo dije, Perico? La señora de Bárcenas ha enviado á decir con un criado esta tarde, que vayas mañana á las once con el coche.

Yo le dije que suponíamos había tomado otro ya, y me contestó que así era en efecto, porque habías rehusado ir los domingos ; pero que, habiendo probado otros coches, sin hallar ninguno tan cómodo y tan limpio como el nuestro, ni verse tan bien servida como por ti, había resuelto volver á ocuparte.

Paulina estaba contentísima, y Perico se sonrió al verla así.

—Tenías razón, mujer, como siempre la tienes. Vé y prepárame la cena, mientras yo desengancho á Juanillo y lo arreglo para que pase una buena noche.

Desde entonces, la señora de Bárcenas siguió ocupando el coche con tanta frecuencia como antiguamente, aunque no en los domingos ; pero llegó uno de éstos en que tuvimos que trabajar, y voy á decir por qué.

Habíamos llegado por la noche, muy cansados, y contentos al mismo tiempo pensando que el día siguiente sería todo entero de descanso, cuando se nos acercó Paulina, diciendo :

—Querido Perico, la pobre Sara Moreno ha recibido una carta en que le anuncian que su madre está gravemente enferma, y que si quiere verla viva no debe perder un momento en ponerse en camino. El lugar donde vive está á diez millas distante de aquí, en el campo, y si va por

el ferrocarril tiene que caminar cuatro millas desde la estación más próxima ; débil como está, y con un niño de cuatro meses en los brazos, eso es imposible, por lo que desea que la lleves tú en el coche, pagándote lo que sea.

—No es el dinero lo que me preocupa, sino el descanso que, tanto los caballos como yo, necesitamos, pues estamos rendidos ; pero lo pensaré.

—Eso no tiene qué pensar—replicó Paulina ; —yo siento tanto como tú que no pasemos el día juntos ; pero me hago cargo de la situación de la pobre Sara ; hagamos con los demás lo que quisiéramos que hicieran con nosotros.

—Bueno, Paulina, tú hablas tan bien como el cura de la parroquia, y si mañana no oigo el sermón, ya llevo por delante el que tú me has echado. Dí á Sara que estaré listo á las diez en punto. Por la mañana te llegarás á casa del carnicero Briones, y le dirás que deseo me haga el favor de prestarme su tálburi ; yo sé que no lo usa los domingos, y será un gran alivio para el caballo, pues es mucho más ligero que el coche.

Yo fuí el elegido para hacer la jornada, y á la mañana siguiente, antes de dar las diez, estaba enganchado en un ligero tálburi de altas ruedas,

qué en comparación del coche me parecía una pluma.

Perico dijo á Paulina que le pusiera en el cajón del tílburí un poco de pan y queso, y él puso un buen pienso de avena para mí.

—Adiós, Paulina—dijo montando, al tiempo que daban las diez ;—estaré de vuelta esta tarde, lo más temprano que pueda.

—Te esperaremos para comer juntos—le contestó ella ; y salimos á la calle.

Era un hermoso día de mayo, y tan luego como nos vimos fuera de la ciudad, el aire puro y el fresco olor del campo me hicieron sentirme contento.

La familia de Sara vivía en una pequeña granja, é inmediato á la casa había un cercado con algunos árboles frutales y de sombra, en el que pastaban dos vacas. Un joven campesino dijo á Perico que metiese el tílburí en el cercado, y que él me pondría á mí en el establo de las vacas, sintiendo no poder ofrecer una caballeriza mejor.

—Si las vacas de usted no se ofenden—le contestó Perico,—lo que más agrada á mi caballo será pasar una hora ó dos en esa hermosa pradera ; es manso, y no podremos hacerle mejor obsequio.

—Hágalo usted, en hora buena—dijo el joven :

—todo cuanto hay aquí está á su disposición, puesto que tan bueno ha sido con mi hermana ; dentro de una hora estará lista la comida, y espero que usted nos acompañará ; aunque con la enfermedad de mi madre, todo en la casa está trastornado.

Perico le dió las gracias, añadiendo que había traído consigo algo que comer, y que su mayor gusto sería emplear el tiempo en pasear en el prado.

Cuando me vi allí suelto, sin los arneses, no sabía qué hacer primero, si comer la fresca hierba, revolcarme, acostarme á descansar, ó galopar por aquel campo, regocijándome al verme libre. Al fin lo hice todo, sucesivamente. Perico parecía tan feliz como yo ; se sentó primero en un banco que había á la sombra de un árbol, oyendo cantar á los pájaros, cantando él mismo, y leyendo en un pequeño libro que llevaba consigo ; luego paseó todo el cercado, bajó á un pequeño arroyo que allí había, é hizo un ramo de flores silvestres, que sujetó con largos vástagos de yedra, y me dió el pienso de avena que había puesto en el tñluri. El tiempo pasó volando para mí, que no había disfrutado del campo desde que me separé de la pobre Jengibre en el potrero del Conde.

Regresamos á casa á un trote cómodo. v las

primeras palabras de Perico al entrar en el patio fueron :

—¡ Hola, Paulina ! aquí me tienes, después de no haber perdido del todo el domingo, pues he oído cantar himnos á los pájaros, y les he acompañado ; y en cuanto á Juanillo, ha estado hecho un joven potro.

Cuando alargó el ramo de flores á Paulina, ésta brincó de contento.

El invierno se presentó aquel año con grandes fríos y humedades. Casi todos los días teníamos nieves, granizos, ó lluvias, reemplazados sólo por penetrantes y fuertes vientos, ó por grandes heladas. Los caballos sentíamos mucho aquello. Cuando el frío es seco, un par de buenas mantas nos conserva abrigados ; pero cuando cae esa lluvia constante que todo lo empapa, la humedad llega á penetrar hasta los huesos, y es muy perjudicial. Algunos cocheros tenían un impermeable, con que nos cubrían, lo cual era excelente ; pero otros eran tan pobres que no tenían con qué proteger ni á ellos ni á sus caballos, y muchos sufrieron extraordinariamente aquel invierno. Nosotros los caballos, después de trabajar mediodía, íbamos á nuestras cuadras y descau-

sábamos ; mientras que ellos tenían que pasar todo el día en el pescante, retirándose algunas veces á la una y las dos de la madrugada, si tenían que esperar á la puerta de alguna casa donde hubiera reunión ó baile.

Lo peor de todo para nosotros era cuando las calles se ponían resbaladizas por el hielo ó la nieve ; una milla de aquel camino, nos cansaba más que cuatro de otro en buen estado, pues teníamos que esforzar todos los músculos y nervios de nuestro cuerpo para conservar el equilibrio, añadiéndose á esto el miedo á caer, que extenua más que nada.

Cuando el tiempo estaba muy malo, muchos de los cocheros solían entrar en la taberna inmediata, dejando uno al cuidado de los coches ; pero esto les hacía perder algunas carreras, y según decía Perico, era un motivo de gastar dinero. El nunca hacía eso ; solamente tomaba alguna taza de café, de un viejo que acostumbraba recorrer el punto con una cafetera de hoja de lata, y pasteles. Opinaba que las bebidas espirituosas y la cerveza sólo producían un calor momentáneo, mientras que el buen alimento, buen abrigo, y buen humor, era lo que necesitaba un cochero para estar caliente. Paulina le enviaba siempre algo que comer, cuando no podía ir á casa, y con frecuencia veíamos á la pequeña Do-

ra asomarse á la esquina de la calle para ver si el padre estaba en el punto, y si lo veía, volaba á casa, á toda carrera, regresando al poco rato con un canasto, dentro del cual venía un puchero con sopa, ó una torta hecha por Paulina. Era admirable cómo aquella pequeña niña podía cruzar con seguridad la calle, cuajada á veces de caballos y carruajes ; pero era brava como ella sola, y tenía á mucho honor traer la comida á su padre. Era querida por todos en el punto, y no había uno que no le hiciera caricias.

Un día que soplaba un viento friísimo, se hallaba Perico tomando algo caliente, que Dora le había traído ; cuando, apenas había empezado, se acercó muy de prisa un caballero saludándolo con un movimiento de su paraguas. Perico le correspondió llevándose la mano al sombrero, entregó el puchero á Dora, y vino á quitarme la manta, cuando el señor le dijo :

—No, amigo, termine usted su comida, que yo puedo esperar—y entró en el coche.

Perico le dió las gracias, y regresó al lado de Dora, diciéndole :

—Ahí tienes lo que se llama un cumplido caballero, Dora, que se ocupa del bienestar de un pobre cochero.

Concluyó su sopa, y tomando la orden de aquel señor, montó en el pescante, y partimos. Varias

veces después de este día, volvió á alquilar el carruaje el mismo señor, que creo era muy aficionado á caballos y á perros, pues siempre que lo conducíamos á su casa salían dos ó tres de éstos á recibirlo, saltando de alegría. Con frecuencia se acercaba á mí y me acariciaba, cosa que me causó extrañeza, pues no siendo las señoras, que solían hacerlo alguna vez, y uno ó dos caballeros además de aquél, puedo asegurar que de cien que alquilasen el carruaje, noventa y nueve se ocupaban tanto de acariciar el caballo que los iba á conducir, ó que los había conducido, como pudieran pensar en hacerlo á la locomotora de un ferrocarril.

Un día, él y otro señor tomaron el coche y ordenaron que los condujésemos á una tienda, permaneciendo él á la puerta, mientras su amigo entró en ella. Un poco más adelante de donde estábamos parados, y en la acera opuesta, había un carro con dos hermosos caballos, enfrente de un establecimiento de bebidas. El conductor no estaba con ellos, y yo no sé el tiempo que llevarían allí parados, pero sin duda creveron que habían esperado bastante, y echaron á andar. No habían andado muchos pasos, cuando el carretero salió corriendo y los detuvo. Parecía estar furioso porque se habían movido, y empezó á castigarlos de una manera brutal, dándoles

palos hasta en la cabeza, con el mango del látigo. Al verlo nuestro caballero, se adelantó y le dijo con muy mal tono :

—Si usted no cesa ahora mismo de castigar á esos animales, voy á hacer que se lo lleven á la cárcel, por haberlos dejado abandonados, y por su conducta brutal con ellos.

El hombre parecía que había bebido más de lo conveniente, y contestó en malos términos, pero cesó de castigar á los caballos, y montó en el carro ; mientras tanto, nuestro amigo había sacado de su bolsillo un libro de memorias, y mirando al número del carro, escribió algo en dicho libro.

—¿Qué está usted haciendo?—gruñó el carretero, chasqueando el látigo, y partiendo. Un movimiento de cabeza y una sonrisa fué la única contestación que obtuvo.

Al volver adonde estábamos, el caballero se encontró con su amigo, que le dijo, riendo :

—Yo creía, Pacheco, que tenía usted bastantes negocios propios á que atender, sin meterse á gobernar caballos y criados ajenos.

—Amigo mío—contestó el otro prontamente ; —mi firme creencia es que, si una persona ve cometer una crueldad, ó un acto censurable, y no lo evita, pudiendo, se hace reo de aquel delito, en participación con el que lo comete.

Como se ve por todo lo que llevo dicho, para caballo de un coche simón yo no podía estar mejor de lo que estaba, pues, siendo mi cochero mi propio dueño, le interesaba tratarme bien y no hacerme trabajar demasiado, aun cuando no hubiera sido un hombre tan bueno como era. Pero había otros muchos caballos, pertenecientes á dueños de grandes establos, que los alquilaban á los cocheros por un tanto diario, y cuya vida era muy diferente. Como dichos caballos no pertenecían á los cocheros que los manejaban, éstos sólo procuraban sacar de ellos todo el dinero que podían, primero, para pagar al dueño, y luego para proveer á sus necesidades ; lo que constituía para aquellos pobres animales una situación terrible. Yo vi á muchos de ellos, con dos ó tres pasajeros en el coche, y tantos bultos de equipaje cuantos podían contenerse dentro y en el pescante, correr jadeantes y á fuerza de latigazos, en dirección de las estaciones de los ferrocarriles, y vi también á algunos caer en el suelo por el exceso de la fatiga, para no levantarse más. Afortunadamente, mi suerte no era tan triste ; pero no dejaba de pensar que pudiera algún día llegar á aquel extremo.

XXII

¡ POBRE JENGIBRE !

Un día, cuando nuestro coche se hallaba estacionado con otros, esperando en la parte exterior de los parques, mientras tocaba la música, se aproximó á nosotros uno muy viejo y deteriorado. El caballo era viejo también, de color castaño, la piel muy mal tratada, viéndose los huesos á través de ella, las rodillas llenas de nudos, y las patas traseras débiles é inseguras. Había yo estado comiendo un poco de heno, y el viento llevó en aquella dirección algunas pajas que el pobre animal alcanzó, estirando su largo y delgado cuello, volviendo luego la cabeza en busca de más. Había tal tristeza en su mirada, que no pudo menos de llamar mi atención, y cuando estaba pensando que me parecía haber visto antes aquel caballo, me miró de lleno, y exclamó :

—¡ Azabache ! ¿ Eres tú ?

¡ Era Jengibre ! ¡ Pero qué cambiada ! Su bonito cuello, antes arqueado y lustroso, estaba ahora recto, flaco y caído ; sus limpias y delgadas patas estaban hinchadas, con las coyunturas sin forma ya, por el exceso de trabajo ; en su cara, llena de vida y animación en otro tiempo, estaba retratado el sufrimiento, y por la agitación de sus ijares, y su frecuente tos, comprendí en cuán mal estado debían hallarse sus pulmones.

Nuestros cocheros se hallaban un poco separados, hablando, y así pude aproximarme á ella uno ó dos pasos, con objeto de tener un rato de tranquila charla. Triste por demás era todo lo que tenía que contarme. Después de un año de soltura en el potrero del conde del Pino, la consideraron útil otra vez para el trabajo, y fué vendida á un caballero. Por un poco de tiempo hizo aquél bastante bien, pero habiendo sido obligada un día á dar una larga carrera, volvió el antiguo padecimiento, y después de otro descanso y tomar varias medicinas, fué vendida de nuevo. Así fué cambiando de dueño varias veces, y siempre decayendo más y más.

—Por último—dijo,—vine á parar á manos de un hombre que tiene un gran número de co-

ches y caballos que alquila á los cocheros. Tú, aunque según veo, estás también en el oficio, no lo pasas mal, y de ello me alegro mucho, pero no puedes imaginar lo que es mi vida. Cuando me encontraron tan destruida, dijeron que no valía el dinero que habían dado por mí, y que tenía que ser dedicada á los coches que se hallaban en peor estado, y sacar de mí lo que pudieran. Esto es precisamente lo que están haciendo, dándome incesante trabajo y castigo, sin pensar en mis sufrimientos. El cochero que me trabaja ahora paga al dueño una cantidad exorbitante todos los días, y necesita sacarla de mí; de modo que aquí me tienes trabajando sin descanso, hasta en los domingos.

—Pero recuerdo que acostumbrabas defenderte cuando eras maltratada—le dije.

—¡Ay! amigo—me contestó;—lo hice en un tiempo, pero es inútil; los hombres son más fuertes, y si son crueles é inhumanos, no nos queda otro remedio que aguantar y sufrir hasta que llega nuestro fin, que ojalá llegara pronto para mí, pues te aseguro que deseo morir para descansar. Lo probable es que cualquier día caiga muerta en mi trabajo.

Me afligí sinceramente al oirla, y aproximé mi cabeza á la suya, pero no pude decirle nada

que la consolase. Creo que se alegró de verme, pues me dijo :

—Tú eres el único amigo que he tenido.

En aquel momento su cochero montó en el pescante, y dándole un tirón de riendas, se alejó con ella, dejándome muy triste.

Pocos días después de esto, vi cruzar por el punto donde se estacionaba nuestro coche, un carro cargado con un caballo muerto. La cabeza colgaba por la parte posterior del carro, y tenía los ojos hundidos. Su vista me horrorizó. Era de color castaño y tenía el cuello largo, y una estrella en la frente. Creo que era Jengibre, y deseé que fuese, porque así habrían acabado sus desventuras. ¡Oh! Si los hombres fueran más humanos, deberían pegarnos un tiro, antes de que llegásemos á ese estado de miseria.

XXIII

EL CARNICERO

Muchas desdichas presencié, de que eran víctimas los caballos de Londres, y gran parte de ellas pudieran ser evitadas con un poco de sentido común. A nosotros no nos preocupa el trabajo, si somos tratados razonablemente. Estoy seguro de que existen muchos caballos pertenecientes á gente pobre, cuya vida es más feliz que lo era la mía cuando me enganchaban en el carruaje de la condesa del Pino, á pesar de mis arneses guarnecidos de plata, y mi excelente alimento.

Me llegaba algunas veces al corazón ver cómo eran tratados pequeños caballitos, arrastrando pesadas cargas, ó bamboleándose bajo los fuertes golpes de algún perverso y cruel muchacho. Vi una vez uno, tan parecido á Alegría, que á

no haberme hallado enganchado, le hubiera saludado con un relincho. Iba haciendo cuanto podía por arrastrar un carro excesivamente cargado, mientras un robusto y rudo muchacho le cruzaba el vientre con el látigo, sin compasión, y le daba unos tirones de las riendas, capaces de romper aquella pequeña boca. ¿Sería Alegría? El parecido era exacto, pero el señor de Campo-florido lo adquirió con expresa condición de no venderlo, y no creo que lo hiciese ; de todos modos, se comprendía que en su juventud debía haber pertenecido á quien lo había tratado mejor.

Con frecuencia me había llamado la atención la gran velocidad con que eran llevados los caballos de los carniceros, y no podía explicarme la causa, hasta que un día, estando parados cerca de la puerta de una carnicería, vi llegar á ella, á toda carrera, uno de aquellos carritos. El caballo venía todo sudado y jadeante, dejando caer la cabeza al detenerse, mientras la palpitación de sus ijares y el temblor de sus piernas demostraban claramente con cuán poca consideración había sido conducido. Un muchachón saltó del carro, y estaba cogiendo las cestas, cuando el amo salió de la tienda, y mirando al caballo, se volvió á aquél, y le dijo en tono sumamente irritado :

—¿Cuántas veces te he de decir que no corras

de ese modo? Arruinaste el último caballo, y harás lo mismo con éste. Si no fueras mi hijo, te pondría ahora mismo en la calle. Merecías que un policía te hubiese detenido; y has de saber que, si algún día te llevan á la cárcel por esa causa, no seré yo quien dé fianza por ti, pues estoy ya cansado de decirte lo mismo todos los días. Tén, pues, cuidado, y mira lo que haces.

Durante este discurso, el muchacho había permanecido con la cara de muy mal talante, pero cuando aquél terminó, contestó que él no tenía la culpa, toda vez que había estado cumpliendo órdenes.

—Usted siempre me dice que vaya de prisa, que no me detenga, y en todas las casas adonde voy me hacen los pedidos encargándome esté de vuelta antes de un cuarto de hora, pues no parece sino que todos dejan para el último momento acordarse de lo que necesitan.

—Tienes razón en lo que dices—le contestó el padre;—á los parroquianos les importa poco la conveniencia del carnicero, y tienen la mala costumbre de no hacer los pedidos el día antes, como debieran hacerlo. Pero no hablemos más de eso; lleva el caballo á la cuadra, y si hay que servir hoy alguna cosa más, llévala tú mismo, en un canasto.

Todos los muchachos, sin embargo, no son

crueles. He visto algunos tan bondadosos con sus pequeños caballos, como pudieran serlo con un perro favorito, y á aquellos animalitos trabajar con ellos, tan contentos como yo trabajaba con Perico.

Solía pasar por nuestra calle un muchacho, vendedor de hortalizas, con uno de aquellos caballitos, no hermoso, pero lo más alegre y resuelto que pueda imaginarse, y era una verdadera diversión ver cómo se querían el uno al otro. El caballito seguía á su amo como un perro, y en cuanto sentía que montaba en el carro, salía trotando, sin necesidad de estímulo alguno con el látigo, ni aun de palabra. A Perico le gustaba aquel muchacho, á quien llamaba el «Príncipe Carlos», porque decía que con el tiempo iba á ser el rey de los cocheros.

Pasaba también por la calle un viejo, vendiendo carbón, con un carro y un caballo, viejo también, que se entendían y hacían el trabajo como dos buenos socios y amigos; el caballo llevaba siempre una oreja apuntando á su amo, y espontáneamente se detenía á la puerta de todas las casas donde acostumbraban comprarles carbón. Los gritos de su amo se oían desde que entraba en la calle, pero nunca pude entender lo que decía. Los muchachos le llamaban «el viejo Bo-o-ón»; porque cuando pregonaba, parecía

que decía eso. Paulina le compraba siempre el carbón, y Perico decía que gozaba pensando en lo feliz que era aquel caballo, á pesar de la pobreza de su amo, y que muchos pudieran ser lo mismo.

XXIV

LA ELECCIÓN

Cuando entrábamos una tarde en el patio, Paulina se nos acercó diciendo :

—Perico, aquí ha estado el señor Valdés á preguntar á quién vas á dar tu voto, y á decir que necesita tu coche para las elecciones ; volverá por la contestación.

—Pues dile que lo tengo ya comprometido para otro trabajo. A mí no me gusta verlo cubierto con esos grandes carteles, ni hacer correr á Juanillo y al Capitán de un punto para otro, conduciendo electores borrachos. Eso sería deshonesto para nuestros caballos, y no lo haré, de ningún modo.

—Supongo que votarás por ese caballero, que dice es de tus mismas ideas políticas.

—En ciertos puntos estamos de acuerdo ; pero no pienso votar por él, Paulina, pues tú sabes

que no lo estamos en cuanto á los derechos del obrero. En conciencia, no debo contribuir á que forme parte de los que hacen las leyes. Comprendo que se molestará ; pero todo hombre debe hacer lo que crea mejor para el bien de su país.

En la mañana anterior al día de la elección, estaba Perico enganchándose, cuando entró en el patio la pequeña Dora sollozando amargamente, con su vestido azul y su blanco delantal todos salpicados de fango.

—¿Qué es eso, Dora, qué es lo que te pasa?— le preguntó su padre.

—Que esos malos muchachos — contestó sin cesar de sollozar,— me han arrojado fango, llamándome «pícaro azul».

—Es verdad, padre—dijo Enrique entrando, muy sofocado ;—pero yo les he dado una buena corrida con el látigo, llamándoles «cobardes *orangistas*».

Perico besó á la niña, y le dijo :

—Corre al lado de tu madre, hija mía, y dile que creo lo mejor que te estés en casa hoy, ayudándola.

Y volviéndose gravemente á Enrique, añadió :

—Hijo mío, encuentro muy bien que defiendas á tu hermana ; pero no quiero guerras de

partidos en mi casa. En todos ellos hay hombres buenos y malos, ya sean *azules*, *rojos* ó de cualquier otro color, y deseo que nadie de mi familia se mezcle en eso. Hasta las mujeres y los niños andan peleando por éste ó el otro color, sin saber siquiera de lo que se trata, la mayor parte de ellos.

—Padre, yo creía que azul quería decir Libertad.

—Hijo mío ; la libertad no la dan los colores. Estos sólo significan diferentes partidos, muchos de cuyos individuos, la libertad que buscan hoy es la de emborracharse á costa del pueblo, recorrer los colegios en un sucio simón, ultrajar al que no lleva su color, y gritar hasta ponerse roncós, por lo que no entienden... y nada más.

—¡ Oh !, padre, eso no puede ser.

—Sí, Enrique, es la verdad, y me da vergüenza ver metidos en eso á hombres que debieran pensar de otro modo. Una elección es una cosa seria, ó al menos debe serlo, y todo hombre debe votar con arreglo á su conciencia, dejando á su vecino que haga lo mismo.

El día siguiente, que fué el de la elección, el trabajo para Perico y para mí empezó desde bien temprano. Primero, condujimos á una estación de ferrocarril á un gordo y moffetudo caballero que se presentó con un saco de noche, de alfom-

bra, en la mano ; cuando se apeó, montaron dos señores que desearon ir al Parque del Regente ; al cruzar una esquina, después de dejarlos allí, se presentó una señora de edad, muy asustada, que nos hizo conducirla al Banco, y esperarla allí para volverla á su casa ; y tan pronto como se apeó, un caballero de cara redonda y colorada como un queso de Flandes, y con un gran lío de papeles en la mano, llegó, casi sin aliento, abrió por sí mismo la portezuela, y precipitándose en el coche, gritó con una voz que parecía un cañonazo :

—¡ A la estación de policía de la calle del Arco, pronto !—con lo que salimos trotando. Hicimos una ó dos carreras más, y regresamos al puesto, donde no encontramos ningún otro carruaje. Perico me puso la cebadera, porque, según él decía, en días como aquél era preciso comer cuando se podía, y hallé en ella un buen pienso de avena con algún afrecho humedecido, que, si cualquier día hubiera sido un buen regalo, entonces fué un restaurador excelente. Era aquel hombre tan cuidadoso en todo, que no era posible que caballo alguno dejara de hacer por él cuanto estuviera en sus facultades. Sacó luego una torta de las que Paulina hacía, y colocándose en pie á mi lado, empezó á comerla. Las calles estaban concurridísimas, y los coches, con

los colores de los candidatos, corrían por entre la multitud, como si la vida ó los miembros de la gente fuesen cosa de ninguna importancia. Dos personas fueron atropelladas á nuestra vista, siendo una de ellas una mujer. Los caballos estaban pasando un mal día, pero los electores, dentro de los coches, la mayor parte medio borrachos, sacando la cabeza por las ventanillas y gritando como energúmenos, no se ocupaban de ellos para nada. Era la primera elección que yo presenciaba, y no he sentido luego deseos de presenciar otra, aunque según he oído, las cosas están mejor ahora.

No habíamos comido muchos bocados, cuando vimos cruzar por delante de nosotros una pobre mujer con un niño en los brazos, mirando en todas direcciones, como si estuviera extraviada. Se acercó, por último, á Perico preguntándole si podría indicarle la dirección para ir al hospital de Santo Tomás, y si estaba muy lejos. Había llegado del campo aquella mañana, en una carreta de las del mercado, y desconocía por completo á Londres, adonde había venido á poner en el hospital aquel niño, que lloraba débilmente y parecía estar muy enfermo..

—El pobrecito—añadió,—tiene cuatro años, y no anda más que si tuviera cuatro meses; pero el doctor me ha dicho que, si le pongo en el hos-

pital, podré lograr verlo bueno. Hágame usted el favor de decirme si está lejos, y qué dirección debo tomar.

—Vamos, señora — dijo Perico ; — usted no puede ir allí en un día como hoy, á través de esta multitud, con ese niño en los brazos. Hay tres millas de distancia.

—No importa, señor ; soy fuerte y podré ir de todos modos ; dígame la dirección.

—Es imposible—contestó Perico ;—con seguridad la atropellarían. Monte usted en mi coche, y yo la llevaré. Además, la lluvia se aproxima.

—No, señor, no, muchas gracias ; el dinero que tengo me alcanza escasamente para regresar á mi casa.

—Oiga usted, señora, yo tengo mujer é hijos, y sé cómo se les quiere. Entre usted en el coche, que nada le ha de costar. No puedo permitir que usted y el niño corran semejante riesgo.

— ¡ Bendito sea usted ! — dijo la mujer llorando.

—Ea, no llore usted ; deme el niño y entre.

Cuando Perico iba á abrir la portezuela del coche, dos hombres, con cintas en los sombreros y en los ojales, se aproximaron, corriendo y gritando :

— ¡ Simón !

—Está ocupado, señores—contestó Perico ; pero uno de los hombres dió un empujón á la mujer, y entró en el coche, seguido del otro. Perico se puso muy serio.

—He dicho á ustedes, caballeros, que el coche está ocupado por esta señora.

—Que espere — dijo uno de ellos ; — nuestro asunto es importante, y además estamos primero.

Perico se sonrió de una manera burlona, y cerrando la portezuela, dijo :

—Está muy bien ; pueden estarse ahí todo el tiempo que gusten, y con eso descansarán.

Volvió la espalda, y se puso á hablar con la mujer.

Bien pronto, aquellos hombres, que comprendieron la resolución de Perico, abandonaron el carruaje y se alejaron dirigiéndole mil improprios, y amenazándole con la cárcel ; pero él no se dió por entendido, y montando en el pescante, después de poner en el coche á la mujer y al niño, salimos en dirección del hospital, tan ligeros como pudimos. Al llegar allí, Perico hizo sonar la gran campana, y ayudó á la mujer á apearse.

—Muchas gracias, señor—le dijo ella ;—comprendo que nunca hubiera podido venir sola.

—No hay de qué ; y mi deseo es que vea usted pronto bueno á su niño.

La lluvia empezaba á caer con fuerza, y apenas nos habíamos separado unos pasos del hospital, cuando se abrió de nuevo la puerta, y se asomó el portero gritando :

—¡ Cochero !

Nos paramos, y vimos que una señora bajaba la escalinata. Perico pareció reconocerla..

—¡ Segovia ! ¿ es usted ? — dijo la señora ;— mucho me alegro de verlo aquí, pues es la persona que necesito. No es cosa fácil encontrar hoy un carruaje por estos alrededores.

—Mucho gusto tendré en servir á usted, señora ; ¿ quiere usted que la lleve á alguna parte ?

—Sí ; á la estación del Norte, y si tenemos allí tiempo, como supongo, me hablará usted de Paulina y de los muchachos.

Llegamos á la estación con tiempo, y allí, bajo techado, la señora tuvo un rato de conversación con Perico. Me enteré de que Paulina había sido en otro tiempo su criada, y después de hacerle mil preguntas acerca de ella, le dijo :

—¿ Qué tal le va á usted con el trabajo de cochero de alquiler, en el invierno ? Recuerdo que el año pasado Paulina no estaba tranquila.

—Es verdad, señora ; cogí un resfriado que me duró hasta el verano, y cuando tengo que permanecer hasta tarde en la calle, todavía se apura, la pobre. Usted comprende que esto de andar

en el pescante á todas horas y con toda clase de tiempo, destruye la constitución más fuerte ; pero me encuentro ahora bastante bien, y no sabría lo que hacerme si me viera sin caballos que cuidar. Me eduqué en eso, y creo que no sirvo para otra cosa.

—Está bien, Segovia ; pero sería un dolor que arriesgara usted seriamente su salud en esa clase de trabajo, no sólo por usted, sino por Paulina y sus hijos. Hay muchas casas donde con frecuencia necesitan un buen cochero, y si alguna vez piensa usted abandonar ese duro trabajo, hágamelo saber.

Le encargó muchos recuerdos para Paulina, y poniéndole algo en la mano, le dijo :

—Vaya eso para los muchachos, y su madre sabrá en qué emplearlo.

Perico le dió las gracias, pareciendo muy complacido, y montando de nuevo en el pescante, nos dirigimos á casa, alegrándome mucho de ello, pues me hallaba cansado.

XXV

EL VIEJO CAPITÁN Y SU SUCESOR

Capitán y yo nos hicimos grandes amigos. El era un buen viejo, y un excelente compañero. Jamás pensé en que pudiera abandonarnos y emprender la cuesta abajo ; pero le llegó su turno, y diré cómo. No presencié lo ocurrido, y sí sólo lo oí referir.

Regresaba Perico con él, de haber hecho una carrera á la estación del ferrocarril central, cuando, entre el Puente y el Monumento, vió el primero venir en dirección á ellos un gran carro de cervecería, vacío, y arrastrado por dos poderosos caballos. El conductor los castigaba con un fuerte látigo hasta que los caballos emprendieron una desesperada carrera, y perdiendo aquél el dominio de ellos, vinieron á estrellarse con el carro contra nuestro coche, que volcaron por completo. Capitán fué revolcado, las lanzas fue-

ron hechas pedazos, y una astilla le entró por un costado. Perico recibió varias contusiones, escapando milagrosamente, según él decía. Cuando levantaron al pobre Capitán, encontraron que se había lastimado muy seriamente. Perico lo condujo á casa con el mayor cuidado posible, y cuando lo vi entrar, con su blanca piel cubierta de sangre que manaba de sus heridas, sentí la mayor compasión por él. El conductor del carro, que según se probó, y como casi siempre sucede en esos casos, estaba borracho, fué multado, y el dueño condenado á pagar los perjuicios á nuestro amo ; pero nadie indemnizó al pobre Capitán.

El veterinario y Perico hicieron cuanto pudieron por aliviarle los dolores y hacerle llevadera su desgracia. Le cosieron las heridas, y por algunos días no salí al trabajo, porque Perico estaba atendiéndolo constantemente, y hubo que reparar el coche. La primera vez que fuimos al puesto, después del accidente, el «Gobernador» se nos acercó á preguntar por Capitán.

—Nunca se repondrá de ésta—dijo Perico ;— al menos para servir en el trabajo de alquiler, según me ha dicho el veterinario esta mañana. Dice que podrá servir para el acarreo, ú otra cosa por el estilo ; pero yo que sé la vida que llevan en Londres los caballos de acarreo, no es-

foy dispuesto á que vaya á parar en eso. Quisiera que á todos los borrachos los encerraran en una casa de dementes, en vez de permitirles que atropellen de una manera inicua á los que no bebemos. Si al menos se rompieran sus propios huesos, hicieran pedazos sus carros, é inutilizaran sus caballos; no sería tan malo; pero no parece sino que el inocente es el que más sufre siempre. Hablan luego de indemnización; ¿quién es capaz de indemnizar las molestias, los perjuicios, y la pérdida de un buen caballo, que es como un buen amigo? Nadie. Crea usted, «Gobernador», que si algó quisiera yo ver confundido en los abismos, es la pícara bebida y los borrachos.

—Me parece, Perico—dijo aquél,—que me está usted llevando de encuentro; yo no soy tan bueno como usted, para vergüenza mía; y quisiera serlo.

—¿Y por qué no rompe usted con ese maldito vicio? Usted es un hombre que vale demasiado, para verse esclavo de semejante cosa.

—Lo que soy yo, es un estúpido, Perico; pues una vez traté de contenerme por dos ó tres días, y creí morir. ¿Cómo se las compuso usted, que también le gustaba empinar el codo?

—Fué duro el trabajo por algunas semanas; pero al fin triunfé. Usted sabe que nunca fuí un

verdadero borracho ; pero así y todo, cuando el deseo venía, la lucha era terrible para resistirlo, pues no era dueño de mí mismo. Un día, sin embargo, me dije que uno de los dos tenía que vencer, ó la pícara bebida, ó Perico Segovia. Necesité echar mano de todas mis fuerzas, pues hasta que intenté romper con el hábito no sabía yo las raíces que había echado en mí. Paulina me ayudó, la pobre, dándome buen alimento, y cuando sentía el ansia de beber, tomaba una taza de café, y mascaba unos granos de pimienta, con lo que me consolaba algo. Por fin, gracias á Dios y á mi buena Paulina, rompí las cadenas que me tenían sujeto, y en diez años no he vuelto á probarlo, ni lo deseo nunca.

—Muchas veces me propongo probar—dijo Cuadrado,—pues realmente es una triste cosa no ser uno dueño de sí mismo.

—Hágalo, Gobernador, y luego se alegrará. Mucho bien haría á algunos de nuestros pobres compañeros ver á usted apartarse de ese vicio. A dos ó tres conozco, que con gusto dejarían de entrar en esa taberna, si pudieran.

Capitán, al principio, parecía ir mejorando, pero como era un caballo viejo, y sólo su portentosa constitución y el buen trato de Perico le habían hecho conservarse por tanto tiempo en el trabajo del coche, decayó muchísimo. El ve-

terinario dijo que podría enderezarlo un poco para que fuese vendido por unos cuantos duros ; pero Perico se negó á vender aquel animal que tan buen servicio le había prestado, para que fuese á parar donde le esperasen trabajos y miserias, pensando que lo más humanitario era poner una segura bala á través de su cabeza, con lo que acabarían todos sus sufrimientos, ya que no le era posible encontrar para él un amo en cuyo poder pasase tranquilamente los últimos días de su existencia.

El día después de haber tomado esta resolución, Enrique me llevó á la fragua para que me pusieran herraduras nuevas, y cuando volví á casa ya Capitán no estaba allí. Toda la familia y yo sentimos amargamente su falta.

Perico necesitaba hacerse de otro caballo, y pronto supo de uno, por medio de cierto amigo que era mozo de cuadra en casa de un gran señor. El animal era joven, y de precio, pero se había desbocado una vez, estrellándose contra otro carruaje, saliendo su amo despedido, y él lastimado en términos que no podía figurar ya en las caballerizas de aquel personaje, que ordenó á su cochero viese de venderlo lo mejor que le fuera posible.

—Yo puedo habérmelas con caballos de genio

—dijo Perico á su amigo,—siempre que no sean falsos ó muy duros de boca.

—No tiene el más pequeño vicio—contestó el otro,—y su boca es muy suave, creyendo yo que esto fué la causa del accidente. Había pasado varios días sin hacer ejercicio, porque el tiempo estaba malo, y cuando salió enganchado llevaba más vapor que una locomotora. El cochero le puso los arneses todo lo apretados que pudo, con martingala, engallador, una fuerte cadenilla barbada, y las riendas en la última anilla del bocado. Esto, en mi concepto, exasperó más al caballo, que era tierno de boca y estaba lleno de bríos.

—Es muy posible—dijo Perico.—Iré más tarde á verlo.

Al siguiente día, Corzo, que éste era su nombre, vino á casa; era un fino animal, de color retinto, sin un pelo blanco en todo su cuerpo, tan alto como Capitán, de hermosa cabeza y sólo cinco años de edad. Lo saludé afectuosamente, como compañero; pero no le hice pregunta alguna. La primera noche la pasó muy intranquilo. En vez de acostarse, estuvo agitando el ronزال de la cabezada, y haciendo golpear la valla contra el pesebre, en términos que no me dejaba dormir. Sin embargo, al día siguiente, después de cinco ó seis horas de trabajo en el

coche, volvió tranquilo y juicioso. Perico le acarició y habló mucho, y muy pronto se entendieron ambos, diciendo aquél que, con un bocado suave, y abundante trabajo, en breve estaría más manso que un cordero; de modo que si su señoría, el anterior amo, perdió un caballo de precio, un cochero de alquiler ganó una prenda en toda su pujanza.

Corzo lamentó su descenso en la esfera social, y le contrariaba verse convertido en caballo de un coche simón; pero, al fin de la primera semana, me confesó que una boca cómoda y una cabeza libre, eran cosas de mucha importancia, y que después de todo, más degradante que hacer aquella clase de trabajo, era llevar la cabeza y la cola amarradas á un sillín, tirantes como cuerdas de guitarra. En una palabra, transigió con la nueva vida, y Perico, con tal motivo, estaba contentísimo y le tomó afecto.

XXVI

EL AÑO NUEVO DE PERICO

La Pascua de Navidad y el Año Nuevo son épocas de alegría para todo el mundo, pero de gran trabajo para los cocheros y caballos de alquiler, aunque los primeros suelen recoger buena cosecha. Son tantas las fiestas, bailes y diversiones de todas clases, que no hay á veces descanso, ni aun en las altas horas de la noche. Con frecuencia, caballos y cocheros tienen que esperar horas enteras bajo la lluvia y el hielo, temblando de frío, mientras la gente baila y se divierte al son de la música, en abrigadas habitaciones. Creo que en medio de esas fiestas nadie piensa en el cochero que, rendido de cansancio, espera en el pescante, ni en el paciente caballo que á pie firme, siente sus piernas entumecidas por el frío.

Yo tenía que trabajar casi todas las noches,

porque estaba acostumbrado, y Perico temía que Corzo se enfermase. Durante toda la semana de pascuas tuvimos mucho trabajo hasta tarde, y mi amo se empeoró de la tos; cuando Paulina salía á recibirle con la linterna en la mano, parecía ansiosa é intranquila.

La víspera de Año Nuevo tuvimos que llevar á dos caballeros á una casa al extremo oeste de la ciudad. Llegamos allí á las nueve de la noche, y ordenaron que regresásemos á las once, añadiendo que tal vez tuviéramos que esperar algunos minutos.

Al dar las once nos encontrábamos de nuevo á la puerta, pues Perico era muy puntual. Dieron las doce, y la puerta permanecía cerrada.

Había llovido durante el día, y aunque la noche estaba serena, soplabá un viento tan frío y penetrante, que casi era inaguantable para nosotros que nos hallábamos á la intemperie. Mi amo se apeó del pescante, vino á ponerme una de mis mantas un poco más sobre el cuello, y dió dos ó tres paseos, pisando con fuerza como para que le entraran los pies en calor. Empezó á sacudirse los brazos contra los costados, pero esto le aumentó la tos, y abriendo la puerta del coche, se sentó en el fondo, con las piernas de fuera, de modo que tenía algún refugio. A las doce y media fué á tocar la campanilla y pre-

guntar si ya no necesitaban el carruaje aquella noche.

—¡ Oh! sí, no se vaya usted—le contestó el criado ;—la partida acabará pronto—con lo que Perico volvió á su puesto, y su voz era tan ronca que yo apenas podía oírle.

A la una y cuarto se abrió por fin la puerta, y aparecieron en ella los dos caballeros ; entraron en el coche y dijeron adonde deseaban ser conducidos, sin pronunciar una palabra más. Mis piernas estaban tan torpes con el frío, que algunas veces creí que me iba á caer. Cuando llegamos al fin de la carrera, que fué de más de dos millas, se apearon los señores, y en vez de decir que sentían habernos hecho esperar tanto tiempo, se molestaron porque les pareció excesivo lo que Perico les pidió ; pero como éste nunca cargaba más de lo justo, ni nunca recibía menos, tuvieron que pagar por las dos horas y cuarto que nos habían tenido de plantón, dinero que fué bien ganado por mi amo.

Llegamos por fin á la casa, y él apenas podía hablar, ni cesaba de toser. Paulina no le dijo nada al venir, como de costumbre, á abrir la puerta y á alumbrarle.

—¿ Deseas que haga algo, Perico?—dijo,—cuando estuvimos dentro del patio.

—Sí, trae alguna cosa caliente para Juanillo, y haz un cocimiento cualquiera para mí.

Esto fué dicho con una voz que casi no se oía ; respiraba con gran dificultad, pero así y todo, me frotó todo el cuerpo, como hacía siempre, y hasta subió al cuarto del henó para traer un haz de paja más para mi cama. Paulina me trajo un pienso de salvado remojado en agua caliente, que me sentó muy bien, y se retiraron.

Era ya tarde en la mañana, cuando entró Enrique en nuestra cuadra. Nos limpió, nos echó pienso, levantó las camas, y puso paja fresca otra vez, como en los domingos. Estaba muy silencioso, sin cantar ni silbar como acostumbra. Al mediodía volvió, para darnos otro pienso y agua ; esta vez venía acompañado de Dora, que lloraba. Por lo que les oí hablar, me enteré de que Perico estaba gravemente enfermo, y que el doctor había dicho que era cosa de peligro. Pasaron dos días, y notamos que toda la casa estaba en revolución. Nosotros no veíamos más que á Enrique, y algunas veces á Dora.

Al tercer día, cuando aquél se hallaba limpiándonos, sonó un golpecito en la puerta, y se apareció el «Gobernador Cuadrado.»

—Vengo á saber como está tu padre, muchacho—dijo.

—Muy mal—contestó Enrique ;—yo creo que

no podría estar mucho peor ; dicen que tiene «bronquitis», y el doctor opina que esta noche ha de suceder una cosa ú otra.

—Eso es malo, muy malo — dijo Cuadrado, moviendo la cabeza ;—de dos hombres sé que han muerto la semana pasada, de esa enfermedad, que no da tiempo para nada ; pero, mientras hay vida, hay esperanza, y es preciso no acobardarse.

—Sí, señor—contestó Enrique con viveza,— y el doctor dice que tiene más probabilidades que otros, de salvarse, porque no bebe.

El «Gobernador» pareció un poco confuso.

—Si los hombres buenos deben salir con felicidad de esos apuros, nadie lo merece como tu padre, que es el mejor que conozco. Mañana volveré, á saber de él.

En efecto, á la mañana siguiente, y bien temprano, estaba allí.

—¿Qué hay?—preguntó al entrar.

—Mi padre está mejor—contestó Enrique,— y mi madre dice que el gran peligro ha pasado.

—Mucho me alegro—dijo el Gobernador,—y ahora lo que le conviene es estarse quieto, y no ocuparse de nada. En cuanto á Juanillo, yo creo que le vendrá muy bien descansar una ó dos semanas, y tú puedes sacarlo á la calle un ratito, de cuando en cuando, para que estire las pier-

nas ; pero este otro, si no trabaja, podrá suceder que al engancharlo luego haga alguna avería.

—Ya está bien vicioso—contestó Enrique,—y á pesar de que le he acertado la ración de grano, hay veces que no puedo gobernarlo.

—Lo comprendo—dijo Cuadrado,—y oye lo que te voy á decir : si tu madre no tiene inconveniente, yo puedo venir todos los días para trabajarlo, hasta que dispongan otra cosa, y de lo que gane, la mitad se la entregaré á tu madre, para ayuda del pienso de los caballos, que no le vendrá mal. Volveré al mediodía por la contestación ; y sin esperar más, tomó la puerta.

Yo creo que al mediodía habló con Paulina, pues él y Enrique vinieron juntos á la caballeriza, pusieron los arneses á Corzo, y se lo llevaron.

Por espacio de una semana, ó más, continuó sacándolo todos los días, y cuando Enrique le daba las gracias, ó le decía algo acerca de su bondad, él se reía, y decía que la ventaja era para él, pues mientras tanto, descansaban un poco sus caballos, que de otro modo no hubieran podido lograrlo.

Perico continuó mejorando constantemente, pero el doctor dijo que no debía pensar en volver nunca al trabajo de alquiler, si quería llegar á viejo.

Una tarde que Enrique estaba limpiando el barro á Corzo, que habíá vuelto del trabajo muy sucio, entró Dora precipitadamente, como si tuviera algo importante que comunicar á su hermano.

—¿Quién vive en Fuenlabrada, Enrique? Madre ha recibido una carta de allí; se puso muy contenta al leerla, y corrió con ella al lado de mi padre.

—¡ Calla ! Ese es el pueblo de la señora de Alberico, la antigua ama de nuestra madre, que nos mandó una véz un duro á cada uno.

—¡ Ah ! sí, ya me acuerdo ; ¿pero por qué le habrá escrito?

—Porque madre le escribió la semana pasada —dijo Enrique ;—tú sabes que tenía dicho á nuestro padre que, si alguna vez se decidía á abandonar el trabajo de alquiler, se lo avisase ; pero no sé lo que ahora dirá. Corre, Dora, á enterarte, y vuelve para decirme lo que averigües.

Enrique volvió á su limpieza de Corzo, con todos los movimientos de un experimentado mozo de caballos, y á los pocos minutos vino Dora, brincando de contento.

—¡ Oh ! Enrique, ¡ qué bueno ! ; la señora de Alberico dice que vayamos todos á vivir allí. Hay una casita desocupada, cerca de la suya, á propósito para nosotros, con jardín, y gallinero, y

árboles frutales, y todo. Su cochero se marcha en la primavera, y ella quiere que nuestro padre ocupe su plaza ; en los alrededores hay muy buenas casas donde tú puedes obtener colocación en el jardín, en las caballerizas, ó de paje ; y hay también una escuela para mí ; madre unas veces ríe, y otras llora de alegría, y padre parece tan feliz con la noticia.

—¡ Sí que está bueno eso !—dijo Enrique,— y es justamente lo que nos conviene á todos ; yo no quiero ser paje, pero seré jardinero, ó mozo de caballos.

Se convino desde luego que en cuanto Perico se encontrase bastante fuerte, se trasladarían al campo, y que el coche y los caballos fuesen vendidos lo más pronto posible.

La noticia era triste para mí, pues no era ya joven, y no podía esperar mejora alguna en mi situación. Desde que salí de Buenavista, nunca había sido tan feliz como con mi querido amo Perico ; y después de tres años de trabajo en alquiler, aun en las mejores condiciones, yo sentía que no era ya lo que había sido.

Cuadrado dijo desde luego que él compraba á Corzo, y varios cocheros del puesto querían comprarme á mí ; pero Perico dijo que en manera alguna consentiría que yo saliera de su poder para continuar en aquella clase de trabajo, por

lo que el «Gobernador» se encargó de buscar un lugar que fuera adecuado para mí.

Llegó el día de la partida. A Perico no le habían permitido aun salir del cuarto, y nunca lo volví á ver desde la noche de Año Nuevo. Paulina y los niños vinieron á decirme adiós.

—¡ Pobre Juanillo!—dijo aquélla,—¡ mi querido Juanillo! Yo quisiera poder llevarte con nosotros.

Me pasó la mano por la crin, y acercando su cara á mi cuello, me dió un beso en él. Dora lloraba y me besó también. Enrique me acarició muchísimo, pero sin pronunciar una palabra, y con la cara muy triste. Se alejaron, y yo fuí conducido á mi nueva plaza.

CUARTA PARTE

XXVII

BLAS Y LA SEÑORA

Fuí vendido al dueño de una panadería y almacén de granos, á quien Perico conocía, y en cuyo poder consideró éste que yo tendría un trabajo regular, y buen alimento. Al principio todo iba bien, y si mi amo se hubiera hallado siempre á la vista, no creo que hubiese permitido que sobrecargasen el carro como lo hacían ; pero había allí un capataz que siempre estaba de prisa y apurando á todos, el cual, frecuentemente, aunque viese que la carga era ya toda la que debía ser, ordenaba que la aumentasen. Mi carretero, cuyo nombre era Blas, solía decir que aquello era demasiado, pero el otro mandaba, y había que obedecer.

Blas, por supuesto, como todos los demás carreteros, me llevaba siempre con el engallador, lo que me impedía trabajar con comodidad, y al cabo de tres ó cuatro meses empecé á observar que mi vigor se resentía de una manera notable.

Un día que cargaron el carro de una manera aún más excesiva que de costumbre, á pesar de que iba empleando todas mis fuerzas, me veía obligado á hacer constantes paradas. lo cual no era del agrado del carretero, que me tendía el látigo, sin piedad, llamándome perezoso y cuanto se le ocurría. Los dolores que aquel látigo me producía en los ijares, eran grandes, pero aún eran mayores los que mi espíritu sentía al verme tratado con tanta injusticia. Verme castigado y ultrajado cuando iba haciendo todo lo que podía, era cosa que me llegaba al corazón. Engolfado se hallaba en aquella lucha conmigo, cuando acertó á pasar una señora que, deteniéndose al verlo, le dijo :

—No, hombre, no haga usted eso ; el animal está haciendo cuanto puede, y la cuesta es muy pendiente.

—Si, haciendo cuanto puede, no sube la carga, es preciso que haga más de lo que pueda, señora—contestó Blas.

—¿ Pero no es excesiva ?—preguntó aquélla,

—Sí, señora, lo es ; pero no tengo la culpa de ello ; el capataz, después de haber cargado yo el carro convenientemente, me hizo aumentar como tres quintales de peso, y mi obligación es obedecer.

Volvió á levantar el látigo, pero la señora le contuvo, diciéndole :

—Espere usted ; yo le voy á ayudar.

Blas se echó á reir.

—¿ No ve usted que llevando la cabeza como la lleva sujeta con ese engallador, le es imposible hacer uso de todas sus fuerzas ? Quíteselo y verá cómo trabaja mejor. Pruebe usted—añadió con un tono persuasivo.

—Está bien, señora—contestó Blas, sonriendo ;—voy á complacerla ; ¿ cuántos puntos quiere que lo afloje ?

—Quíteselo del todo y dé completa libertad á su cabeza.

Así lo hizo Blas, y lo primero que hice fué bajarla hasta tocar con mis rodillas. No es para dicho el consuelo que aquello me proporcionó. La moví repetidas veces para ver de aliviar los dolores que sentía en mi cuello.

—¡ Pobre animal ! eso es lo que necesitabas—dijo la señora, acercándose á mí y acariciándome. —Ahora—añadió, dirigiéndose á Blas,—háblele usted, pruebe de nuevo, y verá cómo es otra

cosa.—Blas me tomó por la rienda diciéndome :

—¡ Arriba, Negrito !—y afianzándome en la collera, hice un esfuerzo, poniendo el carro en movimiento y llevándolo con firmeza hasta lo alto de la cuesta, donde me detuve para tomar aliento.

La señora siguió á nuestro lado por el andén del camino, y cuando me detuve se me acercó y me acarició de nuevo, como nunca lo había sido desde mucho tiempo hacía.

—¿ Ve usted cómo estaba dispuesto, siempre que se le facilitase el modo de hacerlo? Estoy segura de que es un noble animal, que se ha visto mejor de como ahora se ve. No vuelva á ponerle eso.

—Está bien, señora ; no puedo negar que tiene razón, y le doy las gracias, prometiendo tenerlo presente en otra ocasión como ésta ; pero ha de saber usted que, si lo llevo siempre sin el engallador, seré el objeto de las burlas de todos mis compañeros. Usted sabe que eso es lo que se usa.

—Se usa por los tontos que quieren seguir una moda ridícula ; pero hay también muchos que no la siguen, y con mis caballos jamás lo consiento. Pero no quiero detenerle ; usted se convencerá de que mi consejo es más provechoso que su látigo. Adiós—y dándome una palmadita

en el cuello, se despidió, sin que haya vuelto á verla nunca.

—Esa sí que es una señora—dijo Blas para sí, luego que aquélla se alejó ;—me ha hablado con tanta política como si yo fuera un caballero ; de todas maneras, seguiré su consejo en las cuestras arriba ;—y debo hacerle justicia diciendo que desde entonces me aflojó varios puntos el engallador, y en las cuestras siempre me lo quitaba por completo ; pero el exceso de carga continuó lo mismo, lo cual no hay caballo que pueda resistir mucho tiempo. Llegaron á destruirme de tal modo, que al fin tuvieron que comprar un caballo joven que ocupase mi lugar.

Debo mencionar aquí otra circunstancia que me hizo sufrir en aquella casa. Había yo oído hablar de ello á otros caballos, pero nunca había experimentado el mal por mí mismo. Me refiero á las cuadras mal alumbradas. En la nuestra había una sola ventana, muy pequeña, en un extremo, y el resultado era que estábamos casi en tinieblas. Además del efecto deprimente que ejercía en mi espíritu, me debilitó la vista en tales términos que, cuando era sacado repentinamente de aquella obscuridad á la luz del día, me dolían los ojos. Varias veces tropecé en el umbral, porque apenas veía por donde andaba.

Creo que si hubiese estado allí mucho tiempo me hubiera vuelto miope, lo cual habría sido una gran desgracia para mí, pues á varios hombres he oído decir que es más seguro un caballo ciego completamente, que uno de vista imperfecta, que se vuelve tímido por lo regular. Escapé, por fortuna, de aquel peligro, y fui vendido al dueño de un gran establo de coches de alquiler.

XXVIII

TIEMPOS DUROS

Nunca podré olvidar á mi nuevo amo ; tenía los ojos negros, la nariz de pico de loro, los dientes más grandes que los de un perro de presa, y la voz más áspera que el ruido de las ruedas de una carreta sobre un camino lleno de guijos. Se llamaba Nicolás Cantueso, y era cruel con los caballos y con los hombres.

Yo había oído el refrán «ver para creer» ; pero opino que es más acertado decir, «sentir para creer», pues por mucho que había visto anteriormente, nunca, hasta entonces, comprendí lo mísero de la vida de un pobre caballo de coche simón.

Cantueso era dueño de una colección de coches de tercera clase, conducidos por cocheros de la misma categoría. El era duro para éstos,

y éstos para los caballos. Allí no había descanso en los domingos, ni aun en el rigor del verano.

Algunos domingos por la mañana se presentaba una partida de hombres alegres, á alquilar un coche para todo el día ; cuatro de ellos se apiñaban dentro, y otro se montaba en el pescante con el cochero, y yo tenía que salir á recorrer una distancia no menor de quince millas á la ida y otras tantas á la vuelta, sin que ninguno pensase nunca en apearse en las cuestas, por pendientes que fuesen, y por mucho calor que hiciese, á excepción de cuando el cochero temía que yo no pudiera más, encontrándome á veces á la vuelta, tan rendido y sofocado, que ni podía comer el pienso. ¡ Cuánto echaba de menos el afrecho que, con un poco de nitro, acostumbraba darnos Perico los sábados por la noche en tiempo de calor, y que tanto nos refrescaba !

Mi cochero era tan duro como su amo, y usaba un látigo con algo cortante á la punta, que algunas veces hacía brotar la sangre de mis ijares, donde con frecuencia me castigaba, cuando no lo hacía en la cabeza. Semejantes indignidades lastimaron mi corazón profundamente ; pero así y todo, aguanté sin hacer resistencia, porque, como decía muy bien la pobre Jengibre, los hombres son más fuertes.

Mi vida era un suplicio, y, como Jengibre,

deseaba morirme para acabar con tanta desdicha, lo cual un día estuvo á punto de suceder.

Nos hallábamos en el punto á las ocho de la mañana, después de haber hecho varias carreras, cuando se ofreció una para la estación del ferrocarril. Un gran tren estaba para llegar cuando dejamos allí nuestro pasajero y nos situamos en la fila para ver si lográbamos un viaje de retorno. Cuando llegó el tren, que venía atestado, todos los coches que se hallaban delante de nosotros fueron ocupados, y al nuestro le llegó también su turno. Lo tomó una familia compuesta de cuatro personas : un señor grueso y muy gritón, con su señora, un niño y una jovencita, y por añadidura un gran número de bultos de equipaje. La señora y el niño entraron en el carruaje, y mientras el señor ordenaba lo conveniente acerca de los bultos, la muchacha se acercó á mí, me miró con atención, y dijo :

—Papá, este animal está muy débil y cansado ; no va á poder llevarnos, á nosotros y el equipaje, á tan larga distancia.

—No hay novedad, señorita—contestó mi cochero ;—le sobran fuerzas para ello.

El mozo de la estación, que estaba ayudando á cargar los bultos, indicó al caballero la conveniencia de alquilar otro carruaje, porque le parecía demasiada la carga.

—¿Puede ó no puede el caballo?—dijo, con su ruidosa voz.

—Sí, señor ; perfectamente—contestó el cochero,—puede conducir mucho más que esto ; ¡ arriba, mozo !—y entre los dos colocaron sobre el pescante un baúl tan pesado, que sentí vencerse los muelles.

—¡ Papá, papá !—dijo la muchacha, con tono suplicante,—tome usted otro carruaje ; esto es una crueldad.

—Déjate de tonterías, Engracia, y entra con tu madre, sin meter más bulla. El cochero sabe lo que trae entre manos.

Mi bondadosa protectora obedeció, y bulto tras bulto, fueron colocados todos sobre el techo del coche y en el pescante ; entró el caballero, y después del consabido tirón de riendas y un par de latigazos, nos separamos de la estación.

La carga era demasiado pesada y yo había estado trabajando desde muy temprano ; pero hice cuanto pude, como era mi costumbre, á pesar de la crueldad y de la injusticia.

Todo fué bien hasta que llegamos á la cuesta de los Cipreses, donde mi cansancio llegó á su límite. Luchaba por sostenerme en pie, excitado y medio trastornado por los constantes tirones de las riendas y latigazos, cuando de pronto y sin saber cómo, me faltaron las cuatro patas á

la vez y caí pesadamente sobre uno de mis costados, pareciéndome que lo repentino y fuerte del golpe arrancaron de mi cuerpo el último aliento. Permanecí inmóvil, pues no tenía fuerzas para hacer otra cosa, y creí firmemente que había llegado para mí la hora de morir y descansar. Oí una especie de confusión á mi alrededor, voces descompuestas y ruido como de descargar el equipaje, pero todo me parecía un sueño. Creí oír también una voz dulce y suave que decía :

— ¡ Oh ! ¡ pobre animal ! ¡ lo hemos matado !

Otro decía :

— Está muerto ; no se volverá á levantar.

Uno me quitó el engallador, y otro me aflojó la cincha ; pero yo permanecía con los ojos cerrados y respirando apenas. Me arrojaron agua fría sobre la cabeza, y me echaron una manta encima. No sé el tiempo que había permanecido así, cuando sentí que me volvía la vida, y que la bondadosa voz de un hombre me hablaba y me animaba á levantarme. Me hizo tragar algunas gotas de un cordial, y después de dos ó tres tentativas, pude ponerme en pie, siendo conducido con mucho cuidado á una caballeriza que había cerca. Allí me colocaron en una cuadra con buena cama, y me dieron á beber una tisana caliente, que apuré con ansiedad.

Por la tarde me hallé suficientemente resta-

blecido para poder ser trasladado á casa de mi amo, donde creo que hicieron cuanto pudieron por mí. A la mañana siguiente entró aquél en la cuadra, acompañado de un albéitar, que, después de reconocirme con detención, dijo :

—Esto es efecto de excesiva fatiga, más que de enfermedad alguna, y si le da usted un descanso de seis meses en un buen potrero, volverá á estar útil para el trabajo ; pero, hoy por hoy, no hay una onza de fuerza en él.

—Pues tendrá que ir á que se lo coman los perros, pues yo no tengo potrero para cuidar caballos enfermos, además de que no es seguro que se reponga, y eso no me conviene ; mi sistema es trabajarlos hasta que no puedan más, y luego venderlos por lo que den, aunque sea para que hagan botones con sus huesos y parches de tambor con su pellejo.

—Si fuera cosa de los pulmones—dijo el albéitar,—aconsejaría á usted que lo sacrificase ; pero no es eso ; y como sé que dentro de unos días han de venir por aquí á comprar caballos de desecho, si le da usted completo descanso y buen alimento, puede enderezarse lo bastante para que saque por él más de lo que vale el pellejo.

Nicolás Cantueso, aunque no de muy buena gana, siguió el consejo, dando sus órdenes para que me cuidasen y alimentasen bien, y el mozo

que se encargó de cumplirlas, afortunadamente para mí, lo hizo con mejor voluntad que la de su amo al ordenarlo. Diez días de completo reposo y abundante pienso de avena, heno y afrecho mezclado con linaza cocida, levantaron mi espíritu, y me devolvieron las fuerzas de una manera prodigiosa, hasta el punto que empecé á pensar que era mejor vivir, que ir á ser comido por los perros. El duodécimo día después del accidente fuí llevado al lugar de la venta, á unas cuantas millas de Londres. Iba haciendo mis cálculos acerca de que cualquier cambio que se efectuase en mi situación había de ser para mejorar, y con esta idea, levanté la cabeza y tuve esperanzas.

XXIX

EL SEÑOR VALLADARES Y SU NIETO

En el lugar de la venta, como era natural, me encontré en compañía de caballos completamente arruinados, unos cojos, otros asmáticos, otros viejísimos, y algunos para los cuales hubiera sido ejercer un acto de caridad pegarles un tiro.

Los compradores y vendedores, en su mayor parte, no eran mucho más lucidos que los pobres animales, objeto de sus contratos. Había algunos viejos, tratando de adquirir un caballo ó jaco por unos cuantos duros, para engancharlo en algún carretón de carbón ó leña, y hombres pobres que venían á vender animales destruidos, por doce ó quince duros, mejor que matarlos. Algunos de aquellos hombres parecían como si la miseria y los malos tiempos los hubieran castigado ruda-

mente, y había otros á quienes con muy buena voluntad me hubiera prestado á servir por el resto de mis días, pues si aparecían raídos y miserables, en su voz comprendía que eran bondadosos y humanos. Yo estaba ansioso, pensando en lo que pudiera sucederme. Viniendo de la parte principal de la feria vi acercarse un hombre que parecía un caballero labrador, acompañado de un muchacho. Era bien formado, de facciones rudas, aunque parecían bondadosas, y cubierta su cabeza con un sombrero de ala ancha. Cuando llegó al grupo en que yo me hallaba, se detuvo y nos echó una mirada como de compasión. Noté que desde luego se fijó en mí; yo conservaba todavía una buena crin y cola, que contribuían en algo á mi buena apariencia. Enderecé mis orejas y lo miré atentamente.

—He aquí un caballo, Alfonsito, que estoy seguro ha conocido mejores tiempos.

—¡ Pobre viejo ! — contestó el muchacho ;— ¿ cree usted, abuelito, que ha sido alguna vez caballo de coche ?

—Indudablemente, hijo mío—dijo, acercándose más á mí ;—puede haber sido cualquier cosa cuando joven ; fijate en su nariz y en sus orejas, y en la forma de su cuello y pechos ; estoy seguro de que este animal tiene mezcla de pura

sangre. Me dió unas palmadas en el cuello, y yo acerqué á él mi nariz, como agradecido á sus bondades ; el muchacho me acarició la cara, diciendo :

—¡ Pobrecillo ! ; mire usted, abuelito, cómo entiende nuestras caricias. ¿ No podría usted comprarlo y volverlo joven, como hizo con Mariposa ?

—Hijo mío, yo no puedo rejuvenecer caballos viejos. Mariposa no era muy vieja, sino que estaba muy mal tratada.

—Bueno, abuelito, yo no creo que éste sea tampoco muy viejo ; mire usted su crín y su cola. Véale la boca para saber su edad. Aunque está tan flaco, sus ojos no están hundidos como los de los caballos viejos.

El señor se echó á reír.

—Vaya con el muchacho, que es tan aficionado á caballos como su abuelo.

—Mírele usted la boca, abuelito, y pregunte el precio ; estoy seguro de que se volverá joven en nuestro prado.

El mozo que me había conducido para venderme, terció entonces en la conversación.

—El niño es inteligente en caballos, señor. La verdad es que el animal no tiene más que los efectos de haber sido trabajado con exceso en el alquiler ; no es viejo, y he oído decir al veteri-

nario, que con seis meses de suelta en un potrero se pondrá enteramente cambiado. Yo lo he estado cuidando durante los diez últimos días, y aseguro á usted que no he visto animal más noble y agradecido, siendo digno de que cualquier caballero dé veinticinco duros por él, y pruebe lo que es. Apostaría á que en la primavera inmediata vale cien duros.

El señor se rió de nuevo, y el niño lo miró con ansiedad.

—¿No dijo usted, abuelito, que había vendido el potro por veinticinco duros más de lo que esperaba? Compre éste con ese dinero.

El labrador me tentó cuidadosamente las piernas, que estaban hinchadas y con vejigas; me miró después la boca, y dijo:

—Trece ó catorce años; hágale trotar un poco.

Arqueé mi pobre y delgado cuello, enderecé un poco la cola, y salí trotando lo mejor que pude, atendido el estado de mis piernas.

—¿Cuánto es lo menos que quiere usted por él?—preguntó el labrador cuando regresamos.

—Veinticinco duros, señor, es el último precio fijado por mi amo.

—Es una exorbitancia—dijo, moviendo la cabeza, al mismo tiempo que sacaba su bolsa muy despacio;—¡una exorbitancia! ¿Tiene usted al-

gún otro negocio aquí?—añadió, contando las monedas.

—No, señor, puedo llevárselo á la posada, si usted quiere.

—Llévelo, que yo voy con usted.

Salieron por delante, y el mozo me llevaba por el ronzal. El muchachito apenas podía contener su alegría, de la cual el viejo caballero participaba al verlo. En la posada me echaron un buen pienso, y después, un criado de mi nuevo amo me montó y me condujo despacio á la casa de éste, donde me soltó en una gran pradera que tenía un cobertizo en uno de sus extremos.

El señor Valladares, pues este era el nombre de mi bienhechor, dió sus órdenes para que por las mañanas y por las noches me dieran un pienso de avena y heno, y que todo el día lo pasara suelto en el campo.

—Y tú, Alfonsito, échale tus miradas, de cuando en cuando ; á tu cuidado lo dejo.

El muchacho se manifestó orgulloso de su encargo, que atendía con la mayor seriedad. No se pasaba un día sin que viniera á hacerme una visita, á veces sacándome de entre los otros caballos y dándome alguna zanahoria, ú otra cosa buena, y otras veces permaneciendo á mi lado mientras yo comía el pienso. Siempre me acariciaba y me hablaba con afecto, y, como era na-

tural, le tomé gran cariño. Me llamaba Compadre, y yo le seguía por el prado, como un carnero. Solía hacer venir á verme á su abuelo, que miraba á mis piernas con gran atención.

—Esta es su parte débil, Alfonsito—decía,—pero va adelantando paulatinamente, y creo que lo veremos muy cambiado en la primavera.

Aquella vida de descanso, buen alimento, piso suave y moderado ejercicio, renovaron mi primitiva condición y bríos. Yo era de una excelente constitución por parte de mi madre, y como había sido tan bien atendido en mi primera juventud, sin ser puesto al trabajo hasta que estuve completamente desarrollado, no fué difícil mi reposición, y casi me sentí joven otra vez. Llegó la primavera, y un día del mes de marzo determinó el señor Valladares probarme en el faetón. Me alegré mucho, y Alfonsito fué mi conductor. Mis piernas habían recobrado su elasticidad, permitiéndome hacer mi trabajo con completa soltura.

—Se está volviendo joven, Alfonsito ; ahora vamos á trabajarlo todos los días un poquito, y para el verano lo vamos á ver tan bueno como Mariposa. Su boca y su paso no pueden ser mejores.

—¡ Oh ! abuelito, ¡ cuánto me alegro de que usted lo comprase !

—Y yo también, hijo mío ; pero él tiene más que agradecerte á ti que á mí ; ahora tenemos que buscar para él una casa buena donde sepan apreciar lo que vale.

XXX

MI ÚLTIMO HOGAR

Un día, en el inmediato verano, el mozo me limpió y me compuso con tan extraordinario esmero, que desde luego supuse que algú:: cambio se iba á efectuar en mi situación ; me hizo las cuartillas, me dió betún á los cascos, me peinó la cola y la crin, y hasta me partió el moño. Creo que los arneses participaron también de una limpieza extraordinaria, y Alfonsito parecía medio ansioso y medio alegre, cuando montó en el tílburí en compañía de su abuelo.

—Si las señoras lo compran—dijo éste,—quedarán servidas, y él también. Allá veremos.

Como á dos millas de distancia de nuestra casa nos aproximamos á una muy bonita, con un cuadro de césped y arbustos en el frente, y un ca-

mino que, por el centro, conducía á la puerta principal. Alfonso llamó, y preguntó si la señorita de Riotinto, ó la señorita Elena estaban en casa. Estaban, y mientras Alfonsito se quedó cuidándome, el señor Valladares entró en la casa. Como á los diez minutos volvió, acompañado de dos señoras : una, alta, pálida, de ojos negros y fisonomía alegre, envuelta en un chal blanco ; la otra de más edad, y de un aspecto majestuoso, era la señorita de Riotinto. Se acercaron á mí, me miraron con detención, é hicieron varias preguntas á mi amo. La más joven era la señorita Elena, que comprendí desde luego que le había gustado, y así lo manifestó. Dijo que su otra hermana, la señorita Elvira, siempre se ponía un poco nerviosa cuando su carruaje era conducido por un caballo que se hubiese arrodillado una vez siquiera, y que si yo lo hacía, otra vez, era seguro que nunca se vería libre del susto.

—Ustedes saben, señoras—contestó mi amo, --que muchos caballos de primera clase pueden caer una vez y lastimarse las rodillas, por descuido del que los conduce, sin que sea de ellos la culpa, y creo que con respecto á éste, algo ha habido de eso ; pero no quiero hacer presión sobre ustedes. Si se hallan inclinadas á comprarlo, pueden probarlo cuantos días quieran, y su cochero dirá lo que opina.

—Siempre ha sido usted nuestro buen consejero con respecto á caballos—dijo la más alta,— y su recomendación es muy valiosa para mí. Si mi hermana Elvira no tiene inconveniente, lo probaremos, y doy á usted las gracias por ello.

Quedó convenido que al siguiente día mandarían su cochero á buscarme.

Por la mañana se presentó un joven que parecía muy listo ; al principio le gusté ; pero cuando vió mis rodillas pareció muy desencantado.

—Nunca creí, señor Valladares—dijo,—que usted recomendase á mis señoras un caballo con semejante tacha.

—Joven, no hable usted antes de tiempo—contestó mi amo ;—el caballo va á prueba, y estoy seguro de que ha de quedar usted contento de él ; pero si no fuese tan seguro como cuantos caballos haya manejado, devuélvame lo.

Fuí conducido á mi nueva casa, y puesto en una buena cuadra. A la mañana siguiente, cuando el cochero estaba limpiándome la cara, dijo :

—Tiene una estrella igual á la que tenía Azabache, y es de su misma altura. ¿ Dónde estará aquél ahora ?

Continuando la limpieza se fijó en el pequeño nudo que había quedado en mi cuello en el punto por donde me sangraron. Dió un brinco y em-

pezó á reconocerme todo minuciosamente, hablando consigo mismo.

—Una estrella en la frente, calzado de la mano izquierda, el nudito en el cuello y este lunar blanco junto á la cruz... ¡tú eres Azabache! ¡Azabache! ¿no me conoces? ¿no te acuerdas del pequeño José Contreras, que por poco te mata?—y me acariciaba sin cesar, dando muestras de la mayor alegría.

Yo nunca hubiera podido reconocerlo, pues estaba hecho un arrogante joven, con patillas negras y la voz enteramente cambiada; pero cuando vi que me había reconocido, y que él era José Contreras, sentí también una alegría muy grande. Acerqué mi hocico á él, dándole á entender que quería que fuésemos amigos. Nunca he visto un hombre más complacido.

—¡Quién sería el pícaro que te puso las rodillas en este estado, mi querido Azabache! Debes haber sido muy maltratado; pero yo te prometo que, en cuanto de mí dependa, lo vas á pasar bien ahora. ¡Si te viera Juan Carrasco!

Por las tardes me engancho en un carruaje de mimbre, y me llevó á la puerta. La señorita Elena me iba á probar, y él iba á acompañarla. Noté en seguida que sabía guiar muy bien, y la oí celebrar mi paso, así como todo lo que José

le decía asegurando que yo era el caballo Azabache, del caballero Gordon.

Cuando volvimos, las otras hermanas salieron á preguntar cómo me había portado. Ella repitió lo que José le había dicho, y añadió :

—Voy á escribir á la señora de Gordon, haciéndole saber que su caballo favorito ha venido á poder nuestro. ¡ Qué contenta se va á poner !

Después de esto me sacaron diariamente, por espacio de una semana, y cuando se convencieron de que era completamente seguro, la señorita Elvira se aventuró á salir conmigo en el coche. Decidieron cerrar el trato con el señor Valladares, y que conservase mi antiguo nombre de «Azabache.»

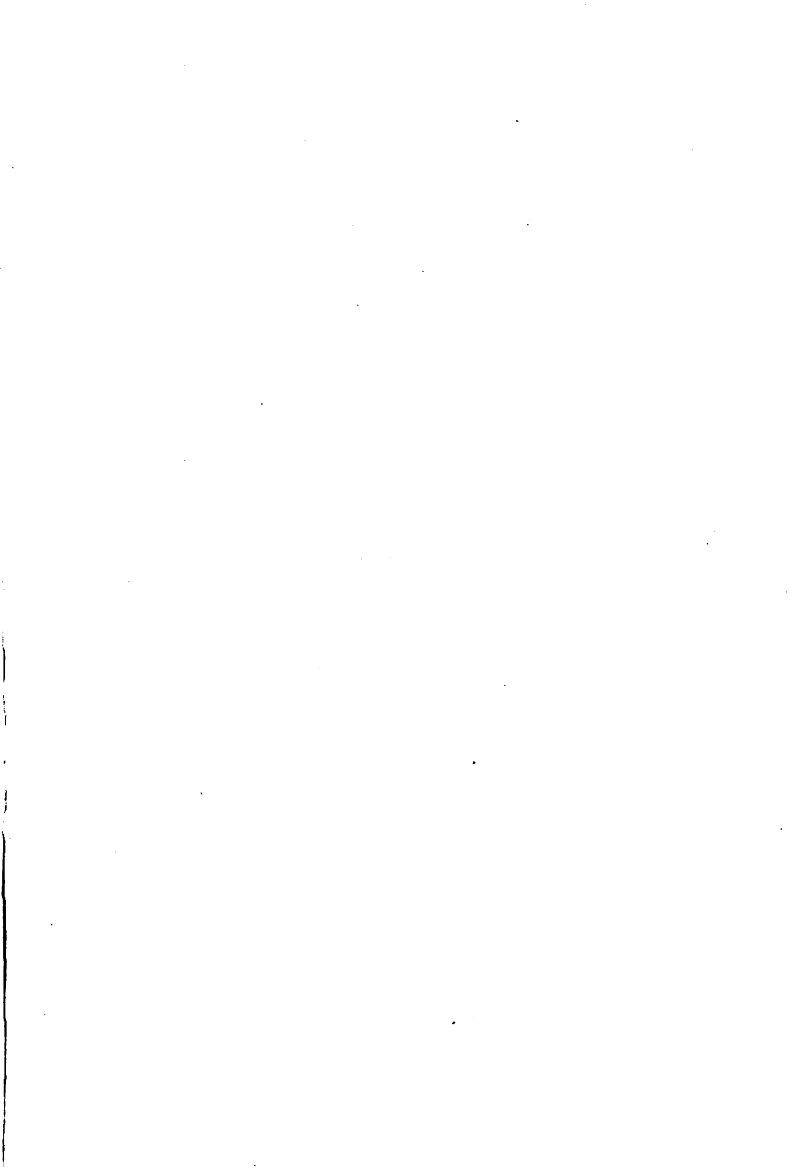
Se ha cumplido ya un año desde que vivo en este feliz lugar. José es el más bueno y cariñoso de los cocheros. Mi trabajo es cómodo y agradable, y siento que todo mi antiguo vigor y alegría han vuelto á mí. El señor Valladares decía á José el otro día :

—En poder de usted este caballo llegará, en buen estado de servicio, hasta los veinte años, ó tal vez más.

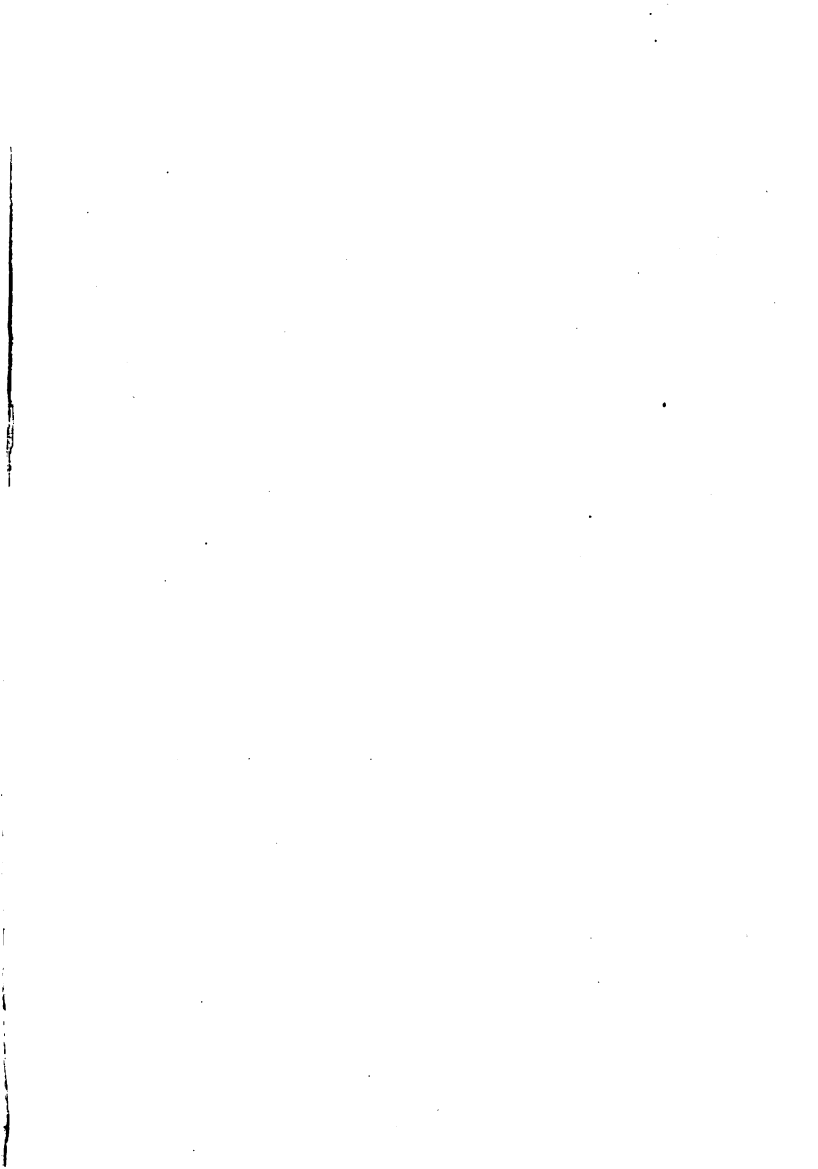
Alfonsito siempre me habla, cuando puede, y me trata como su especial amigo. Mis señoras han ofrecido no venderme nunca, por lo que ya nada tengo que temer ; y con esto doy fin á mi

historia. Mis penas han terminado para no volver jamás ; tengo un hogar seguro para el resto de mis días, y esto me deleita tanto que algunas veces hasta sueño hallarme en las arboledas del parque de Buenavista, á la sombra de los manzanos y al lado de mis antiguos amigos.

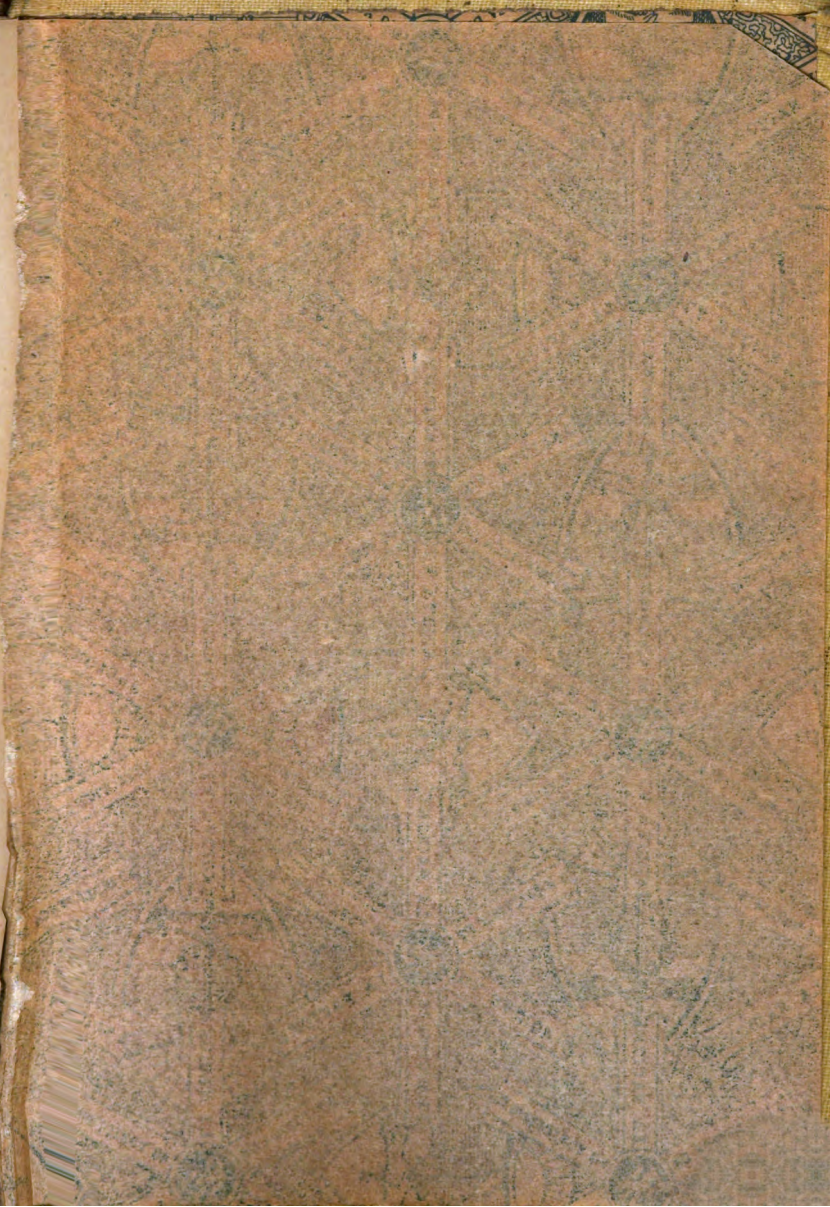
FIN



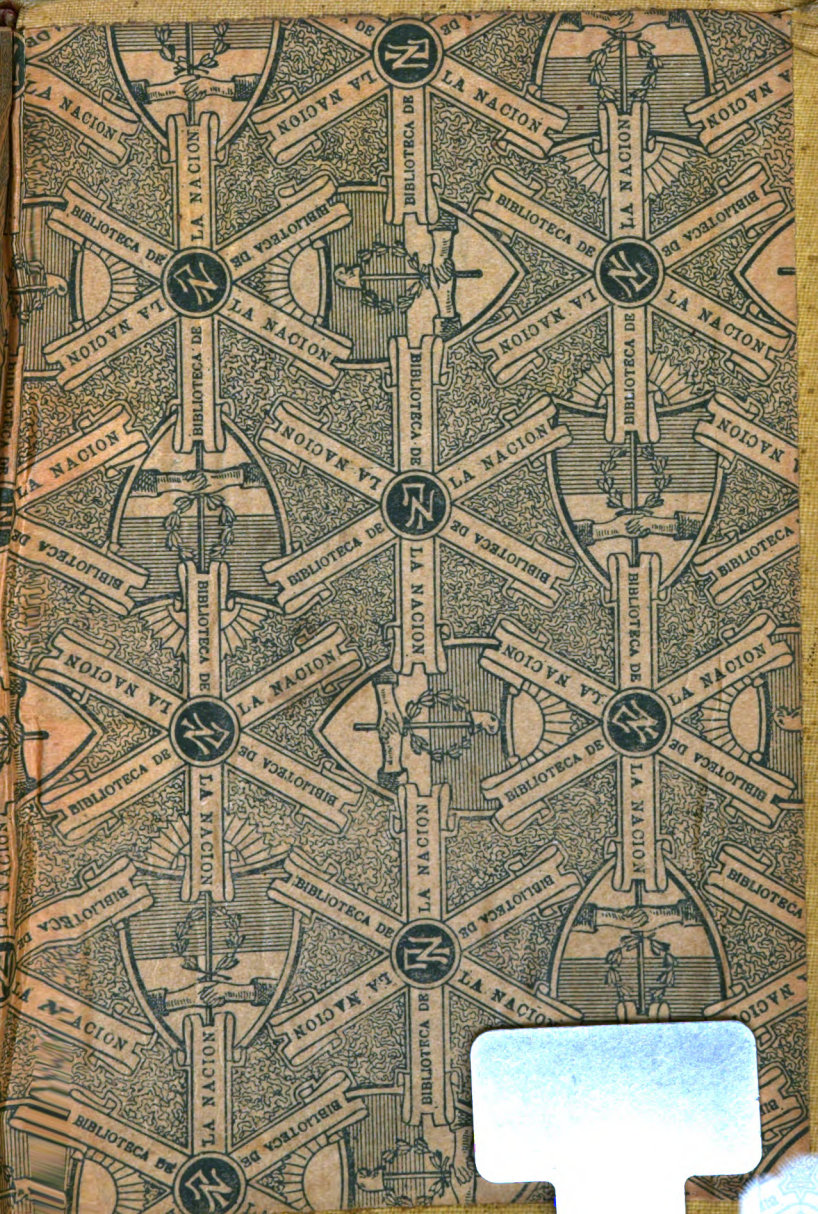












UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3025246093

0 5917 3025246093